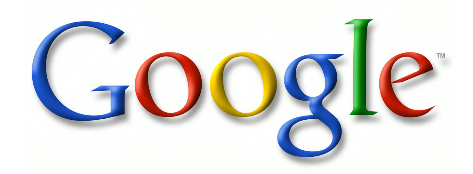
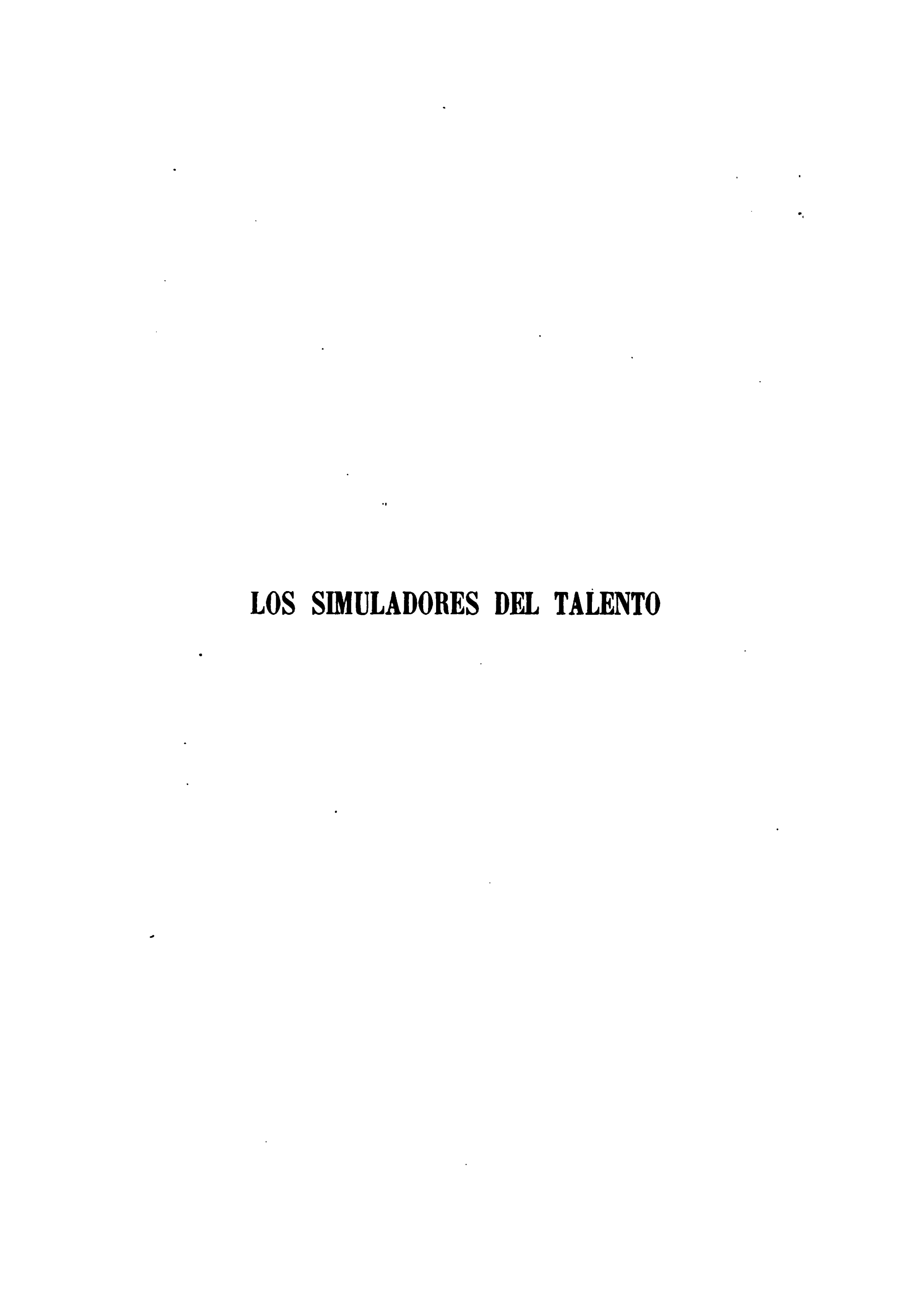

Google


NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07024701 4





LOS SIMULADORES DEL TALENTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina, 1ª y 2ª parte.

Estudios clínicos de neuropatología y enfermedades mentales.

La locura en la historia. Ensayo de psicología mórbida.

Las multitudes argentinas. Estudio de psicología colectiva para servir de introducción al libro «Rosas y su tiempo».

PRÓXIMAMENTE

Rosas y su tiempo.

EN PREPARACIÓN

La Familia delirante. Estudio de patología mental.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA

LOS SIMULADORES DEL TALENTO

EN LAS

LUCHAS POR LA PERSONALIDAD Y LA VIDA

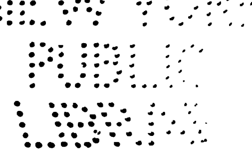


BUENOS AIRES

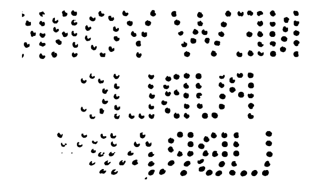
FÉLIX LAJOUANE & C.ª — EDITORES

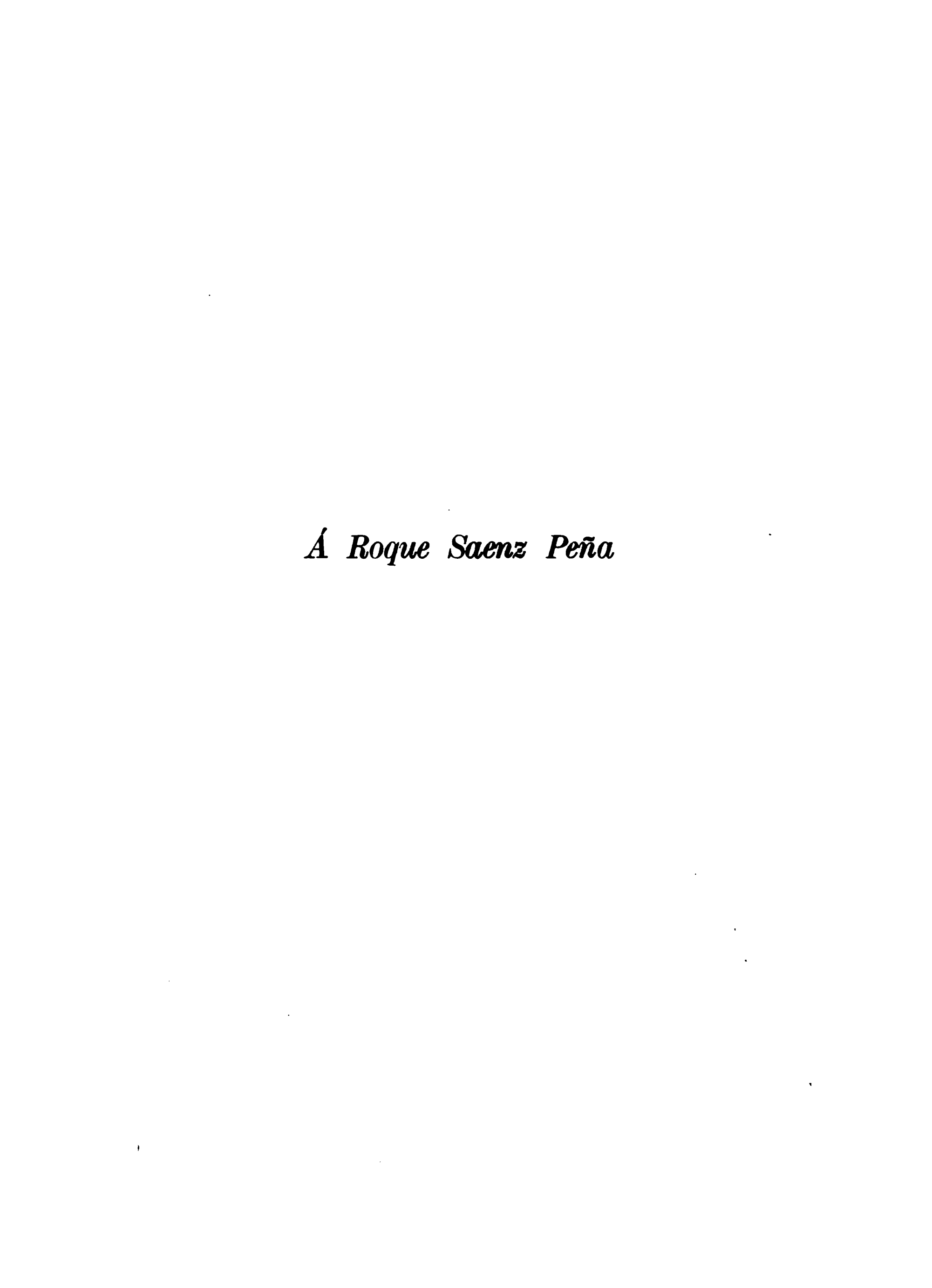
143 - CALLE PERÚ - 143

1904




IMPRENTA DIDOT
Buenos Aires





Á Roque Saenz Peña

INTRODUCCIÓN

En la literatura científica la bibliografía de la «simulación» es muy rica en libros y monografías de gran valor. Fenómeno curiosísimo y de un soberano interés para el filósofo de la naturaleza, ha constituído de treinta años acá, tal vez, el filón más explotado y que mayor campo ha ofrecido á los excursionistas diletantes, amantes de la emoción fácil y del tema novedoso. Esa ha sido una de las razones de su fecundidad bibliográfica.

Desde la ya anticuada obra de Laurent sobre la simulación de la locura, hasta los bellos trabajos de la moderna sociología, se podrían contar por docenas los libros que tanto la ciencia especulativa como la de vul-

garización han producido en Europa y América. Cuando Laurent publicó su libro, fué para el mundo médico una inesperada revelación, porque la simulación de la locura parecía casi imposible, y más aún, que los locos pudieran simular otra forma de alienación que la suya. Más adelante otras manifestaciones aparecieron, aumentando el interés hasta hoy, que sus complicaciones constituyen una verdadera literatura.

Darwin, estudiando el origen de las especies, demostró que el mimetismo (mimicry), es una de las formas más eficaces de adaptación á las condiciones de lucha por la vida; el animal adapta su forma ó su color á la forma ó color de los objetos y del ambiente en que vive, consiguiendo por ese medio pasar inadvertido á las especies enemigas, ya sea para defenderse de sus ataques, ya sea para atacarlas sin ser visto. Russell Wallace sintetizó todos estos fenómenos en uno de los más interesantes capítulos de su obra clásica sobre el darwinismo, agregando nuevas observaciones á las

primitivas de Darwin y ensayando metodizarlas dentro de una taxonomía sencilla, pero muy útil para aclarar su comprensión. Guenot [1] se ocupa detenidamente de los fenómenos miméticos, dilucidando especialmente su significación como factor defensivo en la lucha por la vida entre las especies. De Lanessan, divergiendo en parte del concepto darwiniano, los estudió otra vez, intentando atribuirlos á la acción del medio sobre las especies, antes que á los resultados de la selección natural. El debate de esa misma cuestión ocupa un brillante capítulo de la obra de Le Dantec dedicada á equilibrar el valor de las doctrinas de Darwin y Lamarck para interpretar las fuerzas que impulsan la evolución de las especies; é incidentalmente vuelve ese autor sobre dicho tema en su reciente y ya clásico estudio sobre los principios fundamentales de la biología. Ingegnieros [2] reunió todos esos estudios,

---

(1) *Les Moyens de défense chez les animaux.*

(2) *La Simulación en la lucha por la vipa.*

proponiendo una clasificación de los fenómenos del mimetismo, fundada en el carácter accidental, consciente ó voluntario de su función como medio de lucha por la vida.

Tres teorías se han expuesto para intèrpretar los fenómenos de simulación entre los animales. Los de la teoría selectiva (Darwin, Wallace, etc.), creen que esas semejanzas de color y forma son el simple resultado de la selección de los mejor adaptados. La teoría emigratoria (De Lanessan, Moritz, Wagner, etc.), considera que los animales han buscado voluntariamente el ambiente donde predominara su propia forma y color, poniéndose conscientemente en las mejores condiciones para luchar por la vida. La teoría fotográfica (Wood, etc.), admite una influencia refleja de la coloración ambiente sobre el animal. Las tres teorías son parcialmente exactas y ninguna basta, aisladamente, para explicar todos los fenómenos miméticos.

La simulación en el hombre, como medio de lucha por la vida, es un hecho en ex-

tremo general y difundido como lo demuestro más adelante. Se anastosa con otros medios fraudulentos de combate por la existencia, como son la mentira, la imitación, etc.; en ese orden baste recordar las obras clásicas de Nordau y Tarde. Pero la simulación, propiamente dicha, sólo ha sido sistemáticamente estudiada por Ingenieros, (1) *quien sostiene que á cada una de las formas revestida por la lucha por la vida entre los hombres, corresponde una forma especial de simulación como medio de lucha, existiendo un franco paralelismo entre las formas de lucha y las simulaciones adaptivas; para la muchedumbre anónima saber simular equivale á saber vivir: sólo algunos hombres superiores escapan á esa ley. Este último concepto ha sido brillantemente evidenciado por C. A. Becú* (2) *en un estudio crítico comparativo de la moral*

---

(1) *Op. cit.*

(2) *En «Arch. de Psiquiatría y Criminología», Buenos Aires, 1903.*

darwiniana y la moral nietzschista; la «adaptación» en las sociedades humanas se limita á la adopción de similitudes, ya sea en forma de imitación involuntaria ó de simulación activa, pero los «héroes ó superhombres» escapan á esa ley, pues tienen una moral aparte, opuesta á la que Nietzsche llamó «la moral de los esclavos».

Esas simulaciones, útiles en la lucha por la vida, requieren una adaptación psicológica especial; en algunos individuos esa aptitud para simular alcanza un desarrollo especial, constituyendo una mentalidad sui generis, es decir, «predominante en el carácter individual». Ferriani señaló tal peculiaridad en muchos criminales fraudulentos, y varios autores se refieren á ella al estudiar los rasgos psicológicos fundamentales en la psicología de la mujer y del niño. Como hecho general, la psicología de algunas clases de simuladores fué tratado por Ingegnieros, quien los clasificó en diversos grupos según el origen y modalidad de sus aptitudes para simular;

Paulhan analizó incidentalmente, en varios artículos, la influencia de la simulación en la constitución de otros tipos psicológicos, de otros caracteres.

Pero sólo consideró la simulación del carácter y creo que nadie, hasta ahora, ha abordado el tema que estudio yo en este pequeño libro y cuyo primer capítulo publiqué hace dos ó tres años en los «Anales de la Facultad de Derecho» que dirige el Dr. J. A. García (hijo). En él como en las «Neurosis de los hombres célebres» (1872) y en «Las multitudes argentinas» (1900), el núcleo para el desenvolvimiento de la tesis, era el «caudillo» argentino, cuya psicología así como la de las masas anárquicas que los seguían desarrollaba ampliamente. Este libro, no es, pues, otra cosa que el estudio de esas «facultades defensivas» que ellos aplicaron á su gestión política, consideradas en la sociedad general, y particularmente en la nuestra.

Con criterios más restringidos, numerosos médico-legistas han estudiado las enfermedades simuladas, respondiendo siem-

pre la simulación á un propósito defensivo en la lucha por la vida; y merecen recordarse los libros clásicos de Boisseau, Duponchel, Foderé, Derblich, Devergie, Slocker, etc. Y por fin, especializando aun más el tema, diversos autores, médicos y filósofos, estudiaron la importancia clínica y legal de la simulación de la locura; son dignas de mención las monografías de Laurent y Penta.

LOS SIMULADORES DEL TALENTO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS APARATOS PARA LAS SIMULACIONES DEL TALENTO

Son sin duda grandes y admirables los medios protectores que tiene el organismo animal. Parecería que la naturaleza previsora se hubiera complacido en multiplicarlos, de tal manera son numerosos y tan cumplidamente llenan sus funciones sencillas dentro del complicado mecanismo de la vida.

En la serie de los seres, la relativa superioridad del hombre le evita el trabajo de emplear los groseros modos de protección, hasta cierto punto burdos, que le exige á los otros animales su inferioridad evidente. No tiene, por ende, que recurrir á la coraza de los moluscos y de los gasteró-

podos, al líquido negro peculiar de otros indefensos organismos, y las cambiantes coloraciones del mimetismo y el uso de los extraños procedimientos de autonomía que para escapar á los graves peligros de la caza, poseen otros de su especie, le serían sencillamente inútiles. Pero no por eso deja de ser menos animal, cualesquiera que sean los perfeccionamientos alcanzados; en el más completo de ellos váis á encontrar siempre un dejo sensible; en sus hábitos y hasta en su cuerpo mismo, rastros imperecederos proclaman el remoto origen de su estirpe.

Solamente que los medios de protección tan socorridos en variados recursos, han experimentado, como en el resto de las funciones generales, un perfeccionamiento gradual; se han adaptado á los usos y á las circunstancias; en una palabra, se han espiritualizado; dejando de ser función material, segregación de líquidos, actitud de músculos, para convertirse por natural ascenso en un conjunto de sentimientos, ideas é institnos, cuya oportuna combinación y

diestro empleo llega á constituir, como en aquéllos, un verdadero aparato de protección y de defensa.

La función de la coraza con que la naturaleza ha dotado al crustáceo, la acción eficaz del movimiento, el alcance trascendental del disfraz cromático, estarían aquí reemplazados por el uso de una ó muchas aptitudes, por el despliegue de facultades y procedimientos puramente mentales creados y perfeccionados por él, los peligros frecuentes y el juego providencial de los instintos alarmados. El hábito de la defensa física ha concurrido al adiestramiento de su estrategia protectiva, y en el orden psíquico, con respecto á su personalidad moral, va á proceder como en el orden físico con respecto á su cuerpo: previendo y distinguiendo con visible trascendencia los peligros que le acechan. Con su oído y sus amplias funciones de equilibrio y orientación evita los obstáculos materiales, mide las distancias; con su vista, su sensibilidad y demás funciones aleja y se defiende contra todos los agentes que, como la luz, el

calor, el frío ó la humedad, pueden encerrar algún peligro.

Cuando estos agentes benefactores bajo muchos puntos de vista, obran con demasiada energía, aquellas defensas entran en acción y moderan su influencia dentro de límites convenientes.

Nada da una idea más acabada de la amable protección de la naturaleza, que las veladas funciones de la misteriosa glándula que tan indiferentemente llevamos en el cuello y que sin embargo nos defiende, según cavilosos fisiólogos, de la decrepitud prematura; vela por la buena distribución de la temperatura, por la composición regular de nuestra sangre, por la inocuidad de nuestrasorinas. Basta suprimirla para poner en evidencia sus fines trascendentales.

Y nuestra admiración es mayor cuando observamos que tanto en lo que se refiere á las defensas físicas como mentales todo eso es automático, mecánico. La inteligencia, ó diré más bien, el pensamiento, porque esa palabra me dá una sensación mayor de lo que es elevado y perfecto en

el cerebro, está allí ausente ó mudo, aun cuando la perfección relativa de esos mecanismos y el cumplido fin de sus funciones, dé al espíritu cierta impresión de inteligencia directora, de conscientes aplicaciones. Tan bien se desempeñan, que cuando los ve funcionar siéntese uno movido á imaginarse, que si no es talento mismo, algo debe haber detrás, que en tan curioso psiquismo protector se le parezca, cuando menos una alma peculiar; aquellos espíritus *vitales* del viejo Asclépiades tal vez.

Que una causa vulnerante ó destructora se haga sentir y vereis con que rapidez y perfección entra el primero en movimiento y opera su providencial defensa; que un agente de otro orden en la lucha social por la vida amenace la posesión de un bien cualquiera y vereis como el segundo opera la suya, como concurren todas las aptitudes á darle movimiento desplegando los recursos que el ejercicio del aprendizaje combina inconscientemente. Nunca es más animal el hom-

bre que cuando se defiende así, buscando en la simulación la fuerza de su impotencia. En su momento y con cierto particular sentido de la oportunidad entran en función sus aparatos, como en los animales inferiores, los mil recursos prodigiosos que les sugiere su debilidad.

Estos hombres mediocres ó inútiles, que son la expresión humana de aquella animalidad defensiva, tienen en su espíritu, como los paralíticos y los mudos en su cerebro, *suplencias* de extraordinaria aplicación; el dón de espera del batracio oportunista, las trasmutaciones de la forma, el uso del color, las aptitudes, las complicadas comedias de todo lo que hiere el sentido alerta de sus enemigos. Todo ello no les sirve para agredir, sin embargo, porque la iniciativa es propiedad del talento como la fecundidad de la vida, pero se defienden con armas cuyo uso y mecanismo ignora aquél, porque es inocente y sin malicia frecuentemente.

Cuando Gunther, con los colores de una rica fantasía describía los extraños sapos

del jardín zoológico de Paris, en su máximo despliegue de recursos protectivos, sentía, á mi pesar, surgir en la memoria el cuadro abundante que en la vida social reproducen estos anencéfalos, que en ciertas circunstancias y por un raro capricho de la ironía, son, á veces, de una eficacia tan aplastadora. Para acentuar más y haceros más viva la imagen de tan extraños *aparatos* que el peligro y las necesidades de la vida han sugerido á la personalidad humana, habrá que recordaros todavía, que ciertos anfibios y reptiles que no poseen espinas erizables, ni músculos que produzcan este movimiento, inflan el cuerpo bajo la influencia del terror ó de la cólera, tomando dimensiones y actitudes sugeridoras, que ahuyentan á sus adversarios ó engañan á sus víctimas.

Leo en el *Viaje de un naturalista,* que ciertos sauros se hinchan cuando están irritados y que algunos como el Tapayo Douglassi, que es lento é inofensivo, que no muerde jamás, tiene toda su protección en estas apariencias feroces con que regala la

imaginativa de los naturalistas. Sus adversarios le tienen cierto respeto salvador y sin embargo es un falso Cid; asusta con el artificio, ó como decimos nosotros, con *la parada*. En la India existe una serpiente que careciendo de otros medios de defensa, imita admirablemente las actitudes de la terrible Cobras de Capello, y á la aproximación del enemigo engrosa su cuello imitando su silbido y abriendo la boca para producir el aspecto formidable de la terrible culebra.

Pero aquel pez maravilloso que para vivir entre las algas simula sus colores y sus formas caprichosas, supera á casi todos esos grandes estrategas de la protección. Reclus, que le ha observado con su habitual curiosidad, decía que ningún caballo de la apocalípsis poseía más fantástica apariencia y cabellera más hermosa y flotante, cuando convertido en un paquete de cintas glaucas, disimulaba sus ojos fúlgidos detrás de las hojas verdinegras. Amarrado á alguna rama por su cauda prehensible, se balancea entre las on-

das con el mismo movimiento de otras algas; va, viene y ondulando su cuerpo, blanda y muellemente se desliza, despistando el ojo penetrante de sus adversarios. Y si forzando apenas el recuerdo, traeis á vuestra memoria los gratos recuerdos de amena zoología tantas veces saboreada por vuestra juvenil curiosidad, aun vais á ver desfilar innúmeros ejemplos de tan peculiar manera de defender la vida y labrarse posiciones sin más trabajo que el de la combinación instintiva de estas pequeñas aptitudes, que tan grandes aparatos llegan á formar. Se os presentarán aquellas especies débiles y tan mal dotadas que, ó se entregan á las fuertes y bien dotadas como pasto fácil de su voracidad, ó tienen que recurrir á tales medios de engaño y simulación; imitan y simulan las especies comestibles para defenderse de las otras, y como la simuladora cuenta siempre un número relativamente reducido de individuos porque no todos poseen en el grado necesario semejantes aptitudes, el éxito es por eso más seguro.

La simulación está, pues, en la naturaleza misma; simula la planta, simula el animal más desprovisto, y hasta simulan vida las cosas inorgánicas, si hemos de creer en los obscuros resultados de cierta filosofía, que da alma y sensibilidad al reino inanimado de la piedra. La simulación es un recurso trascendental de la vida, es en la especie humana el talento de los impotentes, la pierna de palo y el brazo artificial con que el arte de la cirugía ortopédica suple á maravilla el déficit que deja la enfermedad.

En la vida social esta otra singular ortopedia del engaño, armado con el gran instrumento de la prensa, hace geniales creaciones, poniendo á los cerebros valetudinarios circunvoluciones artificiales, como ese otro arte simulador, los diversos miembros ausentes. Así es como, por obra suya, veis caminar á los que antes eran cojos, manejar la elocuencia de la acción á los mancos y lucir cabezas de artificio á los acéfalos que no la llevaron jamás. El contraste entre los apetitos y el

escaso vigor del instrumento que debe satisfacerlos, es en algunos ejemplares, tal vez en todos, la característica especial. La desesperación y la necesidad aguzan el ingenio y fustigan al instinto para obligarlo á sacar fuerzas de flaqueza: el hombre mentalmente desarmado pide al animal lo que no puede darle la perfección de su propia especie. Por eso se le parece tanto en esa lucha cruel, bajo cuya dura ley no se siente tan deprimido cuando desciende de su alltura de Adán degenerado para pedir al mono perfeccionado, lo que no puede darle el orgullo de la divina imagen y semejanza.

Las peculiaridades de la vida moderna y la urgencia de sus necesidades han modificado de tal manera las condiciones de la lucha á ultranza, que parecen haber obligado á modificarse profundamente hasta la misma estructura mentalde los hombres.

Las tendencias de nivelación llevadas con tanta insolencia hasta el sagrario del genio, han difundido el concepto equivocado de que todos somos aptos para todo, y siéndolo, justo es que nos baste estirar la mano

para obtener con tal facilidad lo que otros obtienen con el talento ó la virtud. Conquistada por la casualidad, el engaño ó tantos otros medios, una posición, la defensa sugiere prodigios; el cerebro, torturado por la misma impotencia, encuentra dentro de la relativa obscuridad del bajo psiquismo, reflejos que simulan la luz, actitudes, gestos y movimientos que hipnotizan los sentidos provocando las deformaciones sugeridoras de la ilusión. El material intelectivo real, es escaso en el simulador y claudica apenas se le pone en acción; como es lámpara cuya lumbre se extingue si ligeros vientos soplan adversos, echa mano de estas combinaciones de colores diestramente distribuídos para que la ilusión de la luz y de la vida sea completa y eficaz.

Ciertas aptitudes dispersas, que por una educación progresiva han llegado á un desarrollo considerable, establecen por el uso la corrección falaz de un funcionamiento complicado, alcanzando á constituir verdaderos aparatos mentales que invitados

al movimiento por cualquier remoto peligro, entran en la acción con la regularidad de un mecanismo registrador. Tales aparatos están generalmente constituídos por grandes ó pequeñas disposiciones para la simulación; *aptitudes* y *actitudes*, ambas combinadas, porque en el fondo no hay otra cosa que un histrionismo desvergonzado. Por aptitudes de los instintos y de las pasiones adiestradas de cierta manera, y por todo ese mundo ignoto de las funciones cerebrales subconscientes que recogen todas las necesidades y todas las impresiones, de que uno sólo se da cuenta cuando suben á imponerse á las capas superiores de la mente. Por *actitudes* del físico, cuando dispone de singulares bellezas ó de sugestiva fealdad, calidades de estatura y esqueleto, disposiciones mil para adaptar la dócil musculatura á la plástica maravillosa de su mimetismo.

Como el Dorifero de Polícleto expresa en su cráneo lleno de serena fiereza, el dominio de la fuerza en la robustez del cuello y del brazo, en el amplio pecho y la espalda ro-

busta, la resistencia para la lucha y la completa sensación del mando; así ellos sugieren, sólo con sus actitudes falaciosas, la misma sensación, pero con completa ausencia de la fuerza efectiva; son los atletas del circo, cuyos pintados deltoides hacen prodigios de destreza sobre las balas de madera que imitan el duro hierro. Tienen en el espíritu todos los elementos de la ilusión y un dispositivo teatral por medio del cual, combinando simples manchas, dan en el lienzo la sensación completa de cosas que á la distancia resultan acabadas; con la escoba sugieren la sensación de un hombre, con un diario una bandera, con el bastón un cetro, y si el público tiene cierta disposición que las preocupaciones y el interés de otro ha suscitado, resultan: estigmas de la gloria las erupciones, cicatrices los traumatismos y rastros de la vigilia estudiosa las ojeras libertinas de la mala noche.

Esa vacía cuba cerebral tiene que llenarse de doradas virutas para que la penetrante radiografía popular no vaya á des-

cubrir su completa orfandad de ideas; todos los huecos, y son muchos, están repletos con la arena esteril, pero pesada, que imita las auríferas; dentro del obscuro meandro está preparado y armado ese ilusionismo con los cubiletes mentales que la vanidad les sugiere.

Nada hay más cómico, pero ¡ay! más fructífero al mismo tiempo, que la silenciosa solemnidad del imbécil afortunado.

Siempre que los veo huir del contacto imprudente de la gente, envueltos en la pedantesca discreción con que se defienden, me viene el recuerdo de aquellos vagones que ya vacíos de explosivos, ostentan sin embargo la terrible palabra *¡peligro!* que sigue ahuyentando á los medrosos é infundiendo el profundo respeto de la muerte. Si el defensivo puede agregar á su solemnidad y á su silencio la colaboración de la calumnia biográfica, tan útil y tan benevolente cuando procede de amigos interesados, el *aparato* se completa á maravilla y sus efectos trascendentales, escapan á los límites de la vida privada; los sim-

ples goces de la canongía subalterna se dilatan hasta la celebridad mundial y sobre el erial de su mente franciscana, esos amigos calumniadores levantan enormes fábricas, monumentos de arquitectura híbrida que tienen del cuartel y de la penitenciaría y que al fin y á la postre hay que voltear á latigazos para dejar expedito el camino. No los sorprendereis jamás en desarme ni con la puerta abierta; la vida entera funcionarán así; porque una vez montados caminan por la propia virtud de su automatismo. Un ejemplo histórico de esta gravedad defensiva lo tendreis en aquel general don Frutos Rivera, de tan risueña memoria: «cierta afectación de gravedad estudiada que probablemente era una forma adquirida después de haber llegado á ser entidad—dice quien le conoció de cerca—y con la que disimulaba la falta de proporción entre la posición que asumía y sus méritos reales, parecía ser una especie de precaución íntima contra la fama de embrollón y tramposo que bién sabía él que se le reprochaba». La grave-

dad era una rueda importante de su aparato de protección.

No concurre menos, á crear de todas piezas estas curiosas armazones, la complicidad eficaz de la pública ignorancia, dispuesta siempre á magnificar con sus habituales tendencias megalomaníacas todo lo que de suyo es pequeño y precario.

Basta que le entregueis el uniforme ¡qué digo el uniforme! un galón, la hoja fugitiva de un flamante entorchado para que de ella haga un general, luego un gran estratega y por fin el génio mismo de la guerra, el número de cuyas batallas ganadas por los amigos excede, con mucho, al de las famosas listas de don Juan Tenorio. Y sin embrago, apenas penetrais más allá del dintel de la puerta, el vacío sorprende con su olor de tierra húmeda como en los sepulcros y en los sótanos abandonados. El silencio que reina al rededor, ese silencio lleno de misterios de las casas desocupadas, os intimida sin embargo.

Es que el silencio es el vigoroso volante que da movimiento y vida al *aparato* cuan-

do diestramente colocado puede dominar todo el singular rodaje. He dicho, diestramente, porque en efecto hay destreza, diré más, suele haber, algo á modo de verdadero talento en la simulación por medio de su empleo, de las grandes aptitudes del genio y de la virtud, tanto más ausentes cuanto mayor es el uso de su fantasmagoría protectiva. Su colaboración negativa consiste en dejarse vestir por la inexplicable complacencia de la amistad y luego desempeñar los papeles ajustándose á las circunstancias y al ambiente; suerte de mimetismo del cerebro, si me dejais pasar lo exótico de la imagen (y volviendo de nuevo á mis comparaciones zoológicas) que permite á la pobreza mental vestir la púrpura del talento y deslizarse imitando sus coloraciones: como el instinto de la vida, los variadísimos cromos á que recurre el pescado, que va cambiando de aspecto á medida que se transforma el *medio* líquido en el que se desliza precipitando la fuga; como las aves de las ingratas regiones, los abigarrados tintes defensivos con que el sol,

acariciando de cierta manera el dorso movedizo, transforma su pluma dándole analogías salvadoras.

En la esgrima de estas aptitudes de protección, el *defensivo* suele tener golpes de éxito que lo equiparan al genio; porque llegar á la cumbre sin talento, ilustración, virtudes domésticas elementales, siquiera, es sin duda poseer un género singular de superioridad. ¿No lo tiene, acaso, el que por medio del silencio recamado con la falsa pedrería de los gestos, de los monosílabos y exclamaciones, mantiene por largo tiempo la sensación de su misteriosa existencia? Hay un arte, casi estoy por decir que es una ciencia, que enseña á vislumbrar los provechos del silencio y revela el secreto de sus usos, educando la perseverancia y el dominio tan útil sobre la fisonomía y los nervios. Poseerlo es una de las características más humanas de la protección. !Cuántas cosas no teje detrás de él la imaginación popular! Pero ¡ay! de él el día en que el *defensivo* á fuerza de tironeársela, pierde en un ins-

tante de desequilibrio la preciosa virginidad de la lengua, entregándose á un verdadero *libertinaje* verbal que le arranca violentamente de aquel olimpo prestigioso de la sombra.

En la historia argentina, los caudillos silenciosos por anemia cerebral, han dado más días de oprobio á la República que toda la zarandeada tiranía de Rosas.

La gravedad solemne, el silencio sugestivo y el valor personal evidente, para la *rompida* y el entrevero, constituían las principales piezas de su aparato defensivo, tan eficaz como fué. El único caudillo risueño (¡y qué risa!) fué Rosas; los demás carecieron de este atributo tan característico de la personalidad humana; no rieron jamás, por temor de descubrir aquella oreja alerta y aquel colmillo prominente que fijaba su filiación y revelaba la naturaleza de sus prestigios. Si recordáis la famosa conferencia, tan cómica como famosa, entre el general Bustos y Carreras, que refiere el doctor López en el tomo 8º de su obra, vais á tener de bulto, y diré así,

accionada, la verdadera intervención perturbadora del silencio defensivo, en el juicio de los más inteligentes espíritus. El zurdo mutismo del héroe de Arequito, produjo en la desordenada imaginación del oficial chileno, la extraña sensación de mil proyectos é ideas trascendentales, que el buen burgués no tuvo jamás. Lleno de instintos de defensa, no había hecho otra cosa, sin embargo, que ocultarse en la maleza de sus aptitudes protectoras, como el molusco en la dura coraza que lo sustrae á la agresión.

Con cierto conocimiento de la vida, valor personal indudable aunque sin brillo; y sobre todo con esa viveza que da al animal el claro sentimiento del peligro y los medios de orillarlo, había Bustos combinado los suyos, asegurándose, por breve tiempo, una situación política que, á tener mediano talento, hubiera sido para él, para su provincia y tal vez para la República misma, de trascendentales resultados.

Haciéndose el palurdo bonachón, supo deslizarse en el afecto de los comandantes

de cuerpo, todos ellos hombres medianos y vulgares, pero de avería, que teniéndole por buen compañero y sin ambiciones intentaban levantarle para hacer fortuna á su lado. Ese rasgo psicológico, en todos ellos presente, con su habitual invariabilidad atávica, estaba en él más vivamente fijado; sin embargo, es el mismo cliché que se reproduce en cada uno, como la aptitud para la nidificación en todas las aves, sin olvidar un detalle. Detrás de su aspecto simple, funcionaba cómodamente aquella larga vista de la astucia que parece dar á cada ojo una visión singular y á cada dedo una antena sensible, con las que el instinto toca las cosas de la vida y discierne, en lo que atañe á la propia conservación, con una seguridad que no tiene el genio seguramente. Cierta sensatez vulgar, su pesada negligencia y ese abandono complaciente, no falto de habilidad, con que aparentaba mirar las dificultades, sugerían la impresión corriente de modestia y de bondadoso retraimiento, detrás de los cuales su ambiente sospechaba, co-

mo era lógico, grandes condiciones que explicaban su exaltación y la importancia que dejaban trascender. La captación animal de su instinto había llegado hasta conquistar la estimación del mismo general Belgrano, que era un espíritu simple y sin malicia «incapaz de sondar á un tartufo que parecía indolente, pero que cultivaba con respetuosa asiduidad y cuidado el trato de su general». La especie, naturalmente calumniosa, de que Bustos era su consejero político y militar, él la dejaba correr, despertando la sensación de su ficticio valer. Con ella se granjeó las amistades valiosas de San Martín y de O'Higgins, magnificadas por medio de hábiles y constantes manejos de unas pocas cartas vulgares, arrancadas á la necesidad política de mantener al general Carreras de este lado de los Andes.

El raciocinio era sencillo para el criterio popular; debía ser de una indudable importancia moral aquel cuya modestia y talento estaban abonados con la amistad de hombres tan justamente admirados por la

América entera; afinidades epistolares tan afectuosas procedían sin duda de una importancia igual entre ellos. Y si á esto se agrega aquel garbo que la apostura del oficio y la vida del cuartel daban á su físico, su continente de tan cómica solemnidad, tendremos al héroe mediterráneo incorporado de lleno al elenco rumboso de las celebridades argentinas de su tiempo. Por esta hábil simulación de amistades ilustres llamaba sobre sí la atención de todos los que en ese tiempo clamaban por una personalidad suficientemente importante, que, á su posición militar reuniere el afecto de aquellos grandes luminares, por lo ajenos á las pasiones del momento, en mejores condiciones para discernir la verdad. Por un instante logró hacer creer que en caso de que San Martín viniera á sostener el orden constitucional, él sería el elegido para realizar la obra de paz y de organización que se esperaba de su influencia. Esa era la sensación de la época, y tanto en Córdoba como en Buenos Aires nadie hubiera dicho entonces, que Bustos no fuera lo que la

personalidad artificial que él se había fraguado demostraba con tan hábiles artificios de pura protección animal.

Y sin embargo, todos sabemos hoy que fuera de lo que esta combinación de peculiares aptitudes, le daba, Bustos no fué otra cosa que un pobre hombre de indudable pobreza mental; un militar mediocre y adocenado, sin ninguna de las calidades del oficio: empuje é iniciativa en el momento crítico del combate para discernir siquiera la oportunidad de la cooperación espontánea. El general Paz, que como es notorio tenía el talento y la escuela de un eminente militar decía: que era «una figura de paja que después de hacerlo servir de espantajo se le ponía á un lado como inútil». En sus Memorias afirma, que jamás había conocido hombre más inepto y de una negligencia más vergonzosa.

El tiempo roe al fin la dura caparazón y la luz se hace camino á través de las más tenaces resistencias; el molusco abre imprudentemente sus anillos á la mirada curiosa y agresiva del público que entra, cu-

chillo en mano, entregándose á una verdadera *débauche* de anatomización. Llega, pues, la hora de hacer aquella autopsia popular que la frialdad implacable del público, con igual y alternativo furor fetiquista é iconoclasta, hace á veces con tanta eficacia.

Habló Bustos, por mal de sus pecados, con el lenguaje torpe de sus actos y más le valiera no haber hablado; porque cuando llegó el momento de justificar los méritos que había mentido, fué tal su ineptitud, tal la impericia y la indolencia suyas, que graves historiadores afirman que su campaña contra Ramírez y Carreras pudo clasificarse de vergonzosa. Cayó en tan completo descrédito «que al operarse la pacificación general en 1821, nadie lo consideraba válido ya, para servir de centro á la reorganización nacional, ni había provincia alguna donde su influencia fuera aceptada como digna de consideración». Mientras vegetó satisfecho en la inútil holganza de su pereza, contento con su lote local y sin más ambición que conservarlo

así, chiquito, mediterráneo, obscuro y aislado, vivió tranquilo [1]; pero el día en que desarmó el *aparato* y quiso tentar sus propias fuerzas, acabóse todo, volviendo como antes á la obscura penumbra de su indolencia vegetante.

Entre otros muchos, más desteñidos, este es uno de los ejemplos que muestran mejor el papel político de estos *aparatos de defensa mental.* Esa luz engañosa que en ocasiones confunde, pero que en realidad no ilumina, los hace á veces grandes por adiposidad no por musculatura; brillantes en ocasiones pero sin expresión duradera, «sentimentales sin ternura». Fromentín diría que son superficiales como pintura de lienzo bizantino, donde la masa de color destituída de matices y sin las virtudes del relieve, no alcanza á mentir el bulto.

No es menos defensiva, en muchos casos, la misma oratoria, cuando como ese silencio fructífero, se emplea para ocultar

---

(1) López, V. F. Historia de la República Argentina.

pobrezas mentales vergonzantes. Ese orador verboso, pero estéril, de todos tan conocido, es el tipo del *defensivo* superior; mezcla curiosa de tintorero astigmate, por la abundancia de colores chillones que maneja, de pirotécnico por el ruido inútil que produce, de cómico por el gesto abusivo, la *pose* sugeridora, el ademán del atleta y de augur confundidos fraternalmente, con que sugiere la sensación de plenitud, en el vacío. Nadie, como él, más feliz cuando despliega sus trapos abundantes de serpentina, dominando la atención de la simplicidad de espíritu, con aquella verbosidad venturosa que pone láminas á su inútil facundia. Es el espíritu más consumado de la prestidigitación psicológica, el mentiroso emotivo por excelencia. Su charla no es jamás vehículo de ideas, ó si á las veces existe alguna, lo que parece bien raro, es sólo en un estado tal de dilución que no sería posible pescarla en aquel mar de papelitos de todos colores.

Algunos más alados que otros, suelen

en ocasiones suspenderse un poco arriba de la tierra; porque con la maravillosa inflexión de la voz y algunas otras raras cualidades puramente externas, ó encantan el oido ó sorprenden la sensibilidad tocándola con mansedumbre. Por ese medio acaban por dominar el corrillo, desterrar el aburrimiento de la espectativa y conquistar el privilegio de la atención en los cerebros dóciles al engaño. Su habilidad protectiva está principalmente en detenerse cuando ya asoma dentro de su incoercible verborragia la vaga silueta de aquél delicioso *macaneador*, cuyo espíritu tan ingenuamente expansivo, vela siempre experto dentro del alma del orador.

Hay que reconocer, con todo, que tiene la facultad de hacerse oir siempre en los más graves problemas, por la audacia en el abordaje, la felicidad envidiable en la cita y aquella rara habilidad con que pone al servicio de todas las inteligencias, la chispeante vulgarización de las arduas cuestiones.

Todo lo allana su incierto y débil ra-

ciocinio; la verbosidad que alternativamente, tiene algo de la ducha y de la lluvia menuda, simula la total destrucción de las dificultades; todos los problemas hallan una solución fácil, que al fin no encuentra, pero cuya sensación falaz sugiere con su mímica de convención, solemne ó alegre, según los casos, y con su voz flexible con reminiscencias de la lira y del cascabel. Jamás los vereis concebir un proyecto en que se vea palpitar el sentimiento de una necesidad pública, escribir un libro trascendental, pronunciar un discurso con un pensamiento que lo anime, porque toda la intelectualidad del *orador defensivo,* no pasa más allá del tegumento, oprimidos los meollos por un despliegue invasor de la circunvolución de Broca y de todas sus adyacencias, movilizadas por un verdadero erotismo verbal.

Viven así, engañando por medio de este artificio con que deforman su propio ser, en esta eterna preñez de aire, que no llega jamás al alumbramiento y que los lleva indefectiblemente al fracaso cuando van á la

acción del pensamiento ó de la voluntad. Si llegan á un elevado puesto público vegetan ó claudican torpemente, yerran cuanto más apuntan, si comen se atoran, si caminan caen al precipicio. Están destinados á la *inacción activa,* que diría un gran político argentino, pero puesta en música y en pantomima, porque ese simulador impenitente no puede dejar de hablar y de gesticular, para sus fines de protección.

Entre éste y el *silencioso* hay otro género intermediario.

Cuando el silencio ha agotado su eficacia y otro recurso no procede, tienen que hablar irremisiblemente; pero como hablar es suicidarse, la agresión apura y el ojo insiste en penetrar con su inclemencia escrutadora la sospechada vacuidad de la calabaza cefálica. El momento es sin duda supremo, hay que entregarse, capitular... Entonces anímase de pronto la fisonomía, muévense los surcos orbiculares con las ondulaciones fibrilantes de la inspiración verbal y una frase rompe en sus labios

que, como un puñado de tierra arrojado á los ojos del adversario, lo deja por un momento ciego mientras huye precipitadamente. La curiosidad pública, entrégase mientras tanto á la esmerada disección de la frase, vuélvela de un lado á otro, la pesa, la mueve á la derecha, á la izquierda... ¡nada! La percusión convulsiva sólo arranca aquellos ruidos de *pot fêlé* como llamara Laennec al pavoroso que le daban las lagunas pulmonares. Pero esa revelación es tardía, el enemigo no está ya á su alcance, el aparato defensivo por la deflagración de aquel humazo que tiene la virtud de producir admirativas cegueras tan oportunas, ha salvado el honor cubriendo la retirada. El cuerpo ampuloso del fantasma hechizo, sigue moviendo zurdamente los brazos para simular la vida y dispensar sus virtudes de protección.

En las sociedades modernas, todas esas funciones de la vida colectiva aparentemente pueriles, tienen una trascendencia en la que la Sociología antigua, con su rigidez escolástica no había parado mientes.

Como los pequeños hilos de agua que discurren por la montaña llevando al conjunto su parte de fuerza para engrosar el cauce tan voluminoso al fin, ese grueso tejido está también formado por ligerísimas fibras, por todas estas imperceptibles telas de araña de las pasiones obscuras y humildes de cada uno, de los pequeños intereses tan voraces como pequeños y cuyas funciones veremos en el capítulo siguiente. Cuando el espíritu escucha, parécele que mil insignificantes sonidos apenas sensibles para el oído inexperto, pero suficientes para constituir rumor, brotan en la naturaleza humana del fondo de las almas impotentes, con su metal de voz, peculiar á las cosas que no la tienen articulada, por inferioridad de instrumento. Deben tener, y la tienen sin duda, una función prevista, todos estos *defensivos inferiores* que en ocasiones flotan tan arriba, subsisten y se mantienen por raras virtudes de organización animal, hasta por encima del talento excelso y de los verdaderos méritos. En tan complicada dinámica, ¿no habrá algu-

na ley de equilibrio que reclama su menudo concurso, como en las trascendentales de la vida, la tiene el gusano y el molusco, que trasforman la naturaleza de los terrenos y alteran el curso de los ríos por simple acumulación? Ya que no pueden sacar de sí mismo la fuerza que necesitan, se injertan otra alma, suerte de autoplastia moral que les permite usar una postiza y hacer alarde de la abundancia falaz que transitoriamente los redime de su inferioridad.

Una cierta tendencia asociativa duplica sus fuerzas. En virtud de la ley por la cual los semejantes buscan á los semejantes, todo *defensivo* se siente atraído por su homónimo cefálico. De ahí procede ese género de epidemicidad de la insignificancia intelectual que suele *plasmar*, como diría el inolvidable Estrada, sobre la sociedad en ciertas épocas de calamitosas pobrezas. Las afinidades electivas que juntan cuerpos de igual atomicidad y valencia, forma, en la sociedad como en la química, combinaciones que dan por resultado fuerzas de valor

relativo dentro del medio que crean casuales circunstancias. El concepto se invierte entonces y el talento deja de ser para ambiente semejante, un valor real: la imitación que es más chillona y alegre, halaga mucho más al sentido amortecido de la muchedumbre, que la realidad discreta y la oleografía triunfa sobre el cuadro al oleo: Watteau y Rembrandt son derrotados por *Caras y Caretas*.

En tales circunstancias, la solución no está en tener talento ó calidades de otro género, sino al contrario, en no tenerlas para poder subir: aptitudes defensivas y aquel poder de mimetismo concurrente que hace de la vida un carnaval solemne, en el cual los inútiles aprovechan de su accidental cotización para aplastar con su vientre la excelsitud del cerebro alado; tanto más fácilmente, cuanto que la míope simplicidad popular confunde á menudo las anfractuosidades del abdómen con las circumvoluciones cerebrales. Por otra parte, la substitución del cerebro colectivo por el de unos pocos elegidos, que es la fórmula

de la tiranía, es otra de las causas de la resistencia que levanta el talento, y del triunfo accidental de la inocuidad defensiva como expresión de la voluntad general y como exponente de la media mental reinante.

La torpeza del burgués mortificado por la natural soberbia de la superioridad, busca consagrar á su igual, cuyo acceso le es fácil y en cuya psicología encuentra los medios de ser satisfecho y comprendido. ¿Queréis nada más eficaz como instrumento defensivo que la acción de su dinero? Es tan insinuante é invasor de las conciencias, aún en sus manos torpes, que puede llegar hasta comprar, como cualquier objeto de comercio, prestigios y benevolencias de juicio de incalculables resultados. La fortuna goza de los prestigios del misterio y de la sugestión del silencio, porque como es es-quiva y discreta, nadie sabe á cuánto asciende la de cada uno, entre tanto que opera magnificada por la natural tendencia á la exageración de la muchedumbre y de los ávidos. La posibilidad de partici-

par de sus migajas en la forma consoladora del préstamo vergonzante, la buena mesa, la opípara y perfumada mesa, vivo contraste, tal vez, con la propia oliendo á escasez y á mala droga; la dulce temperatura, la luz en abundancia, el suave y delicado licor: en suma, á sueño de hadas por día y de *balde!* El contacto con el rico dadivoso pone sordina á las penas que provienen de necesidades urgentes, y predispone el ánimo para la admiración. El estómago que ha sido llenado por el arte de la mesa, es el más leal admirador mientras duran los efectos de aquellas digestiones féricas que lo embriagan con dulzura. Modificada de este modo la base física del sentimiento, la naturaleza emocional del individuo se altera favorablemente y se hace blanda para la adhesión y el bajo culto; esta adulación de la materia por el bienestar físico adormece las facultades críticas, dejando libre al instinto, que espoloneado por visiones mágicas de abundancia, adquiere aquella elocuente inventiva que con tanta facilidad encuentra procedimientos inespe-

rados para explicar el éxito de los *inútiles* que cultiva.

Con dinero y algunas aptitudes defensivas complementarias, el burgués intelectual, entra en la lucha desvergonzadamente modesto y retraído.

Su inocuidad amorfa se adapta con docilidad, y en su virtud transformativa está el éxito; como es incoloro, es fácil darle el matiz de las circunstancias; como no tiene ideales orientaciones, no es difícil fijarle el timón en alguna determinada por sus bajas necesidades, satisfechas sin violencias y sin los peligros y aventuras á que es tan ocasionado el talento. Su proteiformismo maravilloso le permite pasar sin ruborizarse de la cruz al puñal, ser lo mismo una escoba que un crucifijo; salir del amplio límite del gobo inflado para acomodarse dentro de una bombilla, como si toda la vida hubiera vivido en ella. Ese tipo mental de moderna extracción y sugerido por la impotencia, acabará por constituir un verdadero y nuevo género de superioridad, porque en ese esbozo de un arte futuro

constituído por el hábil ejercicio de sus aptitudes defensivas, existe ya, desde el momento que se sobrepone al verdadero mérito y aquí ha producido artistas y *virtuosos* que lo honran.

En esta fiebre de falsificación que anima á la industria de nuestros días, ¿no llegará á ser una derivación mental suya, ese arte falaz que combina tan felizmente los medios de imitar el talento y sus méritos, el carácter y la virtud? Vagamente se dibujan en la prensa diaria, los primeros rudimentos de esta *mágica* del porvenir, que ya tiene entre nosotros, lanzados al mercado sus primeros productos.

Habría, pues, en ella una superioridad peculiar análoga á la que existía en aquel tosco personaje de la *edad de piedra*, cuyo silex tan simple pero ya diversificado, no ha podido imitar el hábil obrero de nuestros días. El arte *Magdaleniano*, posee dentro de su inferioridad, una rara excelsitud que la grosería de los tiempos primitivos no alcanza á ocultar; la curiosidad de nuestros sabios halla que el golpe bru-

tal quc hace saltar del *nucleus* la fina lámina chispeante, proviene de una mano diestra que no ha sido superada aun en su obra ingenua por el talento industrial moderno. Esa es la superioridad de la simple *capacidad* en las cosas de la vida, sobre el mismo genio desde cuya altura se distingue mal el pequeño escollo y la *treta* oportuna con que triunfa el ganglio sobre la corteza gris.

Todavía más; la delicadísima organización de esta última, tiene en la vida otra inferioridad que procede de su misma perfección; como las aptitudes *defensivas* de que generalmente carece el talento, es un atributo de la animalidad inferior, en la que el instinto de conservación predomina, armada de los mil artificios que le sugiere el peligro; fácilmente se insinúa, como hemos visto, dentro de medios, circunstancias y formas á que no se expone la inadaptabilidad á lo grotesco y lo vulgar que inhabilita al segundo. En el imbécil (otra prerrogativa suya) la decadencia no encuentra presa, sino cuando raya francamente en la

enfermedad; cava, cava siempre sin hallar al noble tejido encargado de la función excelsa; es menester que meta la mano sacrílega hasta el puño para que lo rinda á la obscuridad; mientras que en el segundo, cierta acción electiva que para él posee la enfermedad, apenas le toca, le mancha y le ciega.

¡Loado sea Dios! Sólo la democracia del hospicio y del manicomio los iguala real y positivamente en esa hermandad del infortunio en el que ambos se reconocen animales. Rota en el hombre el ánfora ideal que guarda al pensamiento, las fuentes conocidas de la vida carecen de un agente que la reponga; empañada la bruñida superficie, no dispone la naturaleza de una fuerza que restablezca la alterada faceta de aquel diamante, que desde su atómica grandeza irradia la vida por todo el orbe en el polvo de la luz de sus obras. Esa es otra de sus peculiaridades grandiosas; la augusta imperfección del talento frente á las habilidades zoológicas de la acefalía cerebral.

La vanidad suya ¿no sentirá alguna vez la vaga aspiración hacia esa inferioridad que colma á los *inútiles* de tantos éxitos? Se cierne demasiado alto para que el vaho que sube del festín alcance hasta sus sentidos embriagados por el beato perfume de la altura.

CAPÍTULO II

LA EXPANSIÓN INDIVIDUAL

La lucha por la vida es función elemental de la animalidad y del mundo orgánico en general; y conocido es el provecho que para el desenvolvimiento de su monumental teoría ha sacado Darwin y sus continuadores, de este recurso tan importante para la *adaptación*.

Sabemos hace ya rato que es el procedimiento por el cual el ser viviente se defiende mejor y triunfa sobre los que no son aptos para verificarla. Sería tal vez pueril entrar en las largas y lacrimosas descripciones del *implacable combate,* con las que los autores de manuales de Zoología estimulan la curiosidad del poco aprovechado estudiante.

Pero para establecer las diferencias entre ambas luchas: «la lucha por la vida» y «la lucha por la personalidad», hay que decir que la una, es puramente función de nutrición y la otra de relación y perfeccionamiento. Todos los instintos se aguzan y movilizan, en la primera, para defender lo que la vida tiene de más animal: el alimento; mientras que en la otra, todo el ingenio y lo que el cerebro posee de más humano se combina y perfecciona para adquirir lo que la animalidad superior en sus avanzados tramos, tiene de ideal é intangible y sin embargo trascendente y eficaz: la personalidad moral. La primera es por esencia inferior, función de ganglio y de larva; la segunda, humana y de perfeccionamiento.

Esta última, en sus más violentas y activas formas, es función social de moderno origen, porque nunca la expansión de la individualidad ha adquirido mayor amplitud que en estos tiempos en que el individualismo toma formas realmente delirantes; y digo así, con tanta mayor propiedad cuanto que es bien notorio el trágico

final patológico de su convencido y caloroso apóstol. Es pues una vigorosa y característica expresión de la vida social moderna que se siente cada vez más fuerte y busca en esa flor de la voluntad su más libre y particular desarrollo.

Sus desvíos y viciosos caminos, hijos tal vez de la misma expansibilidad, están en ese individualismo intemperante que desemboca á menudo en las dolorosas doctrinas de la anarquía y del nihilismo. A la democracia que amenaza con la nivelación de todo, al socialismo y al anarquismo popular, Nietzsche, opone, una aristocracia nueva que sería el triunfo de ese su individualismo á ultranza, y en la que ve la única salvación posible de la civilización. Al hombre medio, igual, mediocre y parecido á todos los demás, sin discrepancia de un ápice, opone «el superhombre», es decir el despotismo de la personalidad superior, del individuo contra la colectividad. La doctrina del autor de *Zarathrusta* es la sanción, mejor dicho, la santificación, en una forma un poco extraviada,

del vigoroso empeño que las fuerzas morales y las necesidades de los tiempos modernos en sus tendencias á la expansión, hacen para sintetizarse en el gran instrumento de la *personalidad,* que es la que una vez constituída, transforma toda la virtualidad de los valores mentales en fuerzas y tendencias de actualidad y de creación.

Tan encarnizada lucha, signo de la poderosa aspiración hacia ese perfeccionamiento progresivo que Nietzsche canta, ha hecho hasta desaparecer de las sociedades modernas todas aquellas formas de padecimientos cerebrales que implicaban una regresión alucinatoria hacia la personalidad animal: la *zooantropia,* la *licantropia,* que ya no se ven en nuestro tiempo, desde que la idea de ser lobo, caballo ó perro, no puede implantarse en el cerebro humano, el cual ni en el hipnotismo, que reduce la independencia moral á un servilismo tan grande de la voluntad, acepta tales formas de disgregación.

Los hombres podrán creerse transfor-

mados en mujeres, sin ninguna anomalía sexual que justifique esta metamórfosis, convertirse en aves y hasta en objetos inanimados; pero siempre, la mujer será una reina ó inspirada sibila, el ave, de rapiña, el objeto inanimado algún fantástico submarino ó locomotora colosal que atraviesa fulgurante el espacio devorando las distancias. Hasta en los delirios, la tendencia que domina, es la difusiva lucha contra la reducción digregante de la persona, lucha que infunde en la mente un índice de expansión tan considerable.

En la actualidad los *poseídos* y *demoníacos,* vivos ejemplos de un servilismo fatalista y que antes abundaban, tampoco son ya tan frecuentes; lo propio de lo que pasa con otras formas de negación que ha descrito Cottard y que tienden, ellas mismas, á escasear en la patología. Aquel estado en que «el espíritu se piensa bajo la forma de la eternidad y aparece como fuera del tiempo y del espacio» de que han hablado los metafísicos panteístas, no atormenta más á la mente moderna, porque

es contrario á las tendencias actuales que gobiernan la voluntad y que en ese caso se traduce por confiscación absoluta de la actividad cerebral, en la que una sola idea fija domina: la del aniquilamiento de la personalidad que como decía Amiel «se desata, se disuelve, vuelve á tomar su estado primitivo, á hundirse en la fluidez original, sin figura, sin ángulos, ni formas acentuadas», es decir, en la difluencia del idiotismo.

Ninguna forma de alienación es tan común como aquella en que la expansión individual afecta proporciones enormes: la *parálisis general*.

Signos demenciales aparte, ¡cuán exhuberante es la personalidad del hombre en las vicisitudes de aquella delirante odisea, en que el loco toma á la embriaguez y al sueño los colores más vivos para confeccionar las magníficas tapicerías de sus triunfos y riquezas faraónicas! Cuando en el principio de la grave dolencia, se le oye delirar, la idea de ser, uno mismo, actor de un cuento de algún Pöe mu-

sulmán, le viene á la fantasía. Cierto sabor macabro de dolorosa realidad le invade el espíritu, é involuntarios esfuerzos de liberación sugieren á la voluntad movimientos como de sonámbulo, que huyera de algún grave peligro, que en las sombras del raro sueño accionado, se desenvolviera rápidamente. La verdad sea dicha: á mi me dan vértigos las cimas á donde ellos se trepan en la desordenada y progresiva ascensión; sobre todo cuando la lucidez normal, ya en retirada sin embargo, mantiene todavía algo de la férrea y saludable disciplina que muy pronto la sombría demencia hará pedazos.

La imagen del triunfo de la individualidad en sus más orgullosos excesos ¿no es ese *paralítico* en completo desenfreno cerebral y cuya fisonomía, gestos y actitudes dan la acabada sensación del orgullo humano, del sentimiento de la fuerza y de la despreciativa superioridad del individuo? Es el *super-hombre*, mirado por vidrio de aumento.

En su abundante etiología, el afán de la

fortuna, que crea fácilmente personalidades superficiales, las preocupaciones de la ambición con sus sueños de grandeza y predominio, son las que á menudo concurren á producirla. Más que de los intelectuales, (aunque ellos mismos no escapen) es enfermedad de la inferioridad mental, que sin instrumento suficiente para la expansión individual dentro de ciertas regiones superiores, quiere forjar la grandeza por medio del azar y del dinero. Suerte de Palissy caricaturesco, ese *parvenu* aurífero, hecha al horno la vida y sus jugos más preciados, y cuando se aproxima la hora del triunfo, halla que sus pobres sesos han sido devorados en los febriles apresuramientos de la tentativa. En tan extraña forja, fúndese la vida con el metal, y el oro rutilante escapa del horno con la mente ardiendo en el delirio. La demencia triunfa sobre la avaricia que ha consumido á fuego lento la verdadera y más preciada riqueza de la vida: la tranquila mediocridad de un bienestar, sin abundancias sospechosas.

Las grandes fortunas (por lo menos en

nuestro país) no conocen la longevidad de la mente. La lucha por el dinero, es una causa de disgregación de la personalidad, lejos de servir para forjarla, en la forma sólida y definitiva que otros instrumentos de trabajo. La misión de cuidar *la plata* y de reproducirla, sin más fin que las especiales sensaciones que produce el verla acumulada, debe tener y sin duda alguna la tiene, oculta letalidad para el cerebro. Porque los hechos, así como al azar recogidos en la sana observación de la vida, comprueban en nuestros hombres más ricos, una visible y prematura predisposición á las enfermedades del noble aparato. Veinte años de usurero, y tienen alma de tal, los que no abrigan otra idea que la práctica de ese culto obsesiente, consumen mayor porción de vida que ochenta años de meditación y de estudio. Más ó menos, casi todos ellos, cojean, diré así, de la médula y del cerebro. La personalidad que han formado, es socialmente tan estéril que á seguir así, llegarían á constituir una clase perjudicial por la inquinia que

naturalmente suscita la vida de hebraismo contemplativo en que discurren. Bajo ese punto de vista serán en el futuro tan antisociales como los malhechores y los vagabundos.

La expansión individual tiene formas de un exotismo sabroso é inesperado. En su incesante peregrinación hacia la definitiva formación de la personalidad, llega á veces hasta la estravagancia polimorfa del calcidoscopio. Si las diversísimas formas que afecta pudieran asimilarse al color, no habría cromos de más ricas variantes.

En sociedades tan nuevas como la nuestra en que no existen todavía cultos ideales y escuelas, consagradas por la tradición del éxito para la formación del carácter, la personalidad se forma por sí sola en las vicisitudes de la agitada vida que llevamos á diario, ó por las virtudes innatas de una materia prima rica en jugos de energía que se expande expontáneamente; ó como producto casual de una sociedad, grupo, clase ó pandilla, que hecha mano del arti-

ficio de la simulación, para conjurar peligros ó encaminar tendencias vivamente sentidas. Así surgen muchas, que vemos desaparecer del escenario tan rápida y mágicamente. Los apuros de la mentalidad colectiva cuando se siente estéril, hace el prodigio de una creación de carne y hueso, que es genuina expresión de su estado moral, en el que se mezclan aspiraciones puramente sensuales, algunas veces ideales de reposo y de conservación vegetativa. Se les necesita, por eso se les crea.

Por una especie de alucinación voluntaria, la imaginación popular hace verdadera paleografía y lee sobre aquel fragmento de hombre, sin un solo trazo que autorice la ilusión, las calidades y aptitudes que necesita utilizar, como sobre el bloc informe que el roce casual ha pulido, ve el arqueólogo iluso las coincidencias y revelaciones que la mente ingenua de los aficionados acepta convencida. Poseen lo que el intencionado vicio de refracción mental de la muchedumbre le atribuirá por un fenómeno conocido de constante

sugestión. Son los ingénuos *simuladores* malgrado suyo; prosadores sin saberlo de la política y de la historia. Ejemplos abundantes que no necesito citar huelgan, en la nuestra. Y sin embargo, suelen ser útiles estas personalidades así creadas; porque la blanda plasticidad de su estructura acepta más fácilmente las deformidades de las preocupaciones populares, que la resistencia y superioridad de una voluntad de otra pasta, resistiría con irritación.

Un pueblo de puras personalidades superiores, sería intolerable y hasta perjudicial, porque el cumplimiento de las leyes y de los usos que constituyen la economía social y aseguran su correcta marcha, exigen esta indispensable tolerancia de parte de la personalidad grumosa de los mediocres que crea la necesidad. Pensad que el cerebro con todas sus prerrogativas, no es capaz de presidir los modestos movimientos del intestino que elabora vitalidad y fuerza, y que el más humilde ganglio, tiene en las funciones elementales de la vida, papel más solemne é irremplazable que toda la

circunvolución de Broca con sus aristocráticas adyacencias. Esa es en la vida colectiva la providencial utilidad de los inútiles.

Ha dicho Sedwick-Minot que en política el obstáculo más grande para conocer el valor de los hombres, es el predominio de lo que él llama las *ideas de muñeca* (doll-idea); clasificadas así por analogía con lo que pasa entre ella y los niños. Aunque éstos conozcan la superchería que encierra el pedazo de trapo con que juegan, le asignan, sin embargo, pasiones, sentimientos y aptitudes que la ingenua ilusión, baraja con fines de pasatiempo. El niño llega á sentir verdaderos afectos, profunda simpatía por su muñeca. Se identifica de tal manera con la realidad que ha creado, que llora y ríe según la índole de los sentimientos que le atribuye; y aun cuando está persuadido que aquel lienzo inanimado y sucio, es la misma negación de la vida, la necesidad lo impone, porque la sugestión tiene poder tan grande y tan débiles son sus facultades críticas, que fácilmente llega á la más completa alucinación.

Para qué agregar como corolario, el lugar común que está en todos los labios: el pueblo es un niño.

La creación del mito histórico y político es en muchísimos casos una función de utilidad y de defensa social.

Y aquí, la silueta del inolvidable Juan Moreira baja precipitadamente á los puntos de la pluma, como impuesta por la oportunidad de su aplicación.

Aun cuando no fué creado con fin político alguno, sírvenos á maravilla, para mostrar cuál es el fácil dispositivo que tiene la imaginación popular para engendrarlo. Surgido de todas piezas en el breve espacio de una generación, fué llevado del humilde circo de payasos, hasta el aristocrático teatro lírico. Y si tal engendro, aun sin satisfacer necesidad social alguna, ha marchado tan de prisa, ¡cuál habrá sido la presteza de otros, que sin duda la llenaron, y que al llegar al presente, tranformados en vivas tradiciones ó en encarnación de ideas que ni remotamente conocieron, satisfacen el orgullo de partidos ó

de pueblos, que los consagran con su admiración y cariño!

Hay otro género de personalidades hechizas, que fabrican también las pasiones colectivas del momento, y que una vez calmadas, dejan como sedimento una víctima, en ese caudillo popular que han adorado como una realidad.

Hecho para un medio ambiente determinado, pronto se asfixia por falta de adaptación á la atmósfera ordinaria, una vez que se restablecen las cosas dentro de sus quicios naturales. Cuando la agitación toma grandes proporciones, el *ser caudillo* llega á constituir una profesión, y el arte de simular una personalidad, es fácil y hasta lucrativo. Las facultades plásticas de ciertos caracteres, permite á los que tienen buenas disposiciones simuladoras, formarse una, accidental y pasajera si se quiere, pero que si el temperamento se presta, llega á encarnar genuinamente voluntades y apetitos de determinadas fracciones, que le dan ponderación social.

El procedimiento es bien sencillo: re-

nuncian á su verdadera aunque opaca personalidad de antes, para tomar la que le confecciona ó impone el movimiento político. Como el populacho siempre escaso de *facultades de relación,* precisa un órgano que sintetice su pasión, un á modo de encrucijada sensitiva, á donde afluyan las diversas fibras del dolor común, y la de los apetitos inferiores de cada uno, lo modela á su imagen; materialmente, lo fabrica, sacando un alma y metiendo otra, sin más función que la de gesticular y accionar aquellas sus necesidades elementales. Hay en suma, una verdadera *depersonalización* ó substitución de personas. Eliminadas las circunstancias del momento, sucede que la primera, es decir, la antigua dueña primitiva del ser, y que es la que posee el sentido real de la vida, despierta al fin á la carnal existencia, turbia pero efectiva, sin decoraciones ni panoramas, que le hagan el relieve, sin los gritos que encelan las pasiones, ni los tiranos legendarios para sus gesticulantes discursos. La personalidad de fábrica, ha desaparecido como las visiones

de un delirio. Interrogado el instrumento que antes hacía prodigios de popularidad, no responde ya; el prestigio ha dejado evaporar su esencia una vez rota la redoma vistosa que reverberaba en la puerta del comité, y el caudillo empieza á comprender, recién, que en el trance ha perdido las dos personas: la suya y la artificial que le seguía. Estado moral inexplicable y análogo al del personaje del fantástico cuento escandinavo, que en los dinteles de la locura había extraviado la sombra de su cuerpo. Al bullicio de la lucha sucede el silencio de un estado mental ambiguo, en que uno mismo en igualdad de circunstancias se sentiría con ausencias de espíritu; vacío por dentro, como quien dice. Situación de angustia pasiva desarrollada alrededor de esa sensación de insuficiencia psicológica, en que prosperan después las ideas extravagantes de damnación social que terminan en el desastre de una emocionante tragedia.

Hemos visto en la historia de nuestros días, cuando las aciagas luchas alteraron

la tranquilidad del país, más de un caso de caudillos y sedicientes jefes de partido, que perdieron la gran personalidad accidental que las circunstancias le habían forjado, para luego caer en la interesante vagancia de los príncipes destronados. Sin embargo uno que otro incidente, algun periódico de lejana provincia retardado en sus informaciones, ó la tentativa arqueológica de un biógrafo entusiasta, nos vuelve á producir vivos recuerdos que por un instante le dan vida y actualidad en el abandonado escenario político.

Cruza por el campo de la visión actual, una de las dos, traída por el recuerdo y tal vez aplaudida; mientras la otra que aún discurre opaca pero real por el mundo, asiste al curioso espectáculo de un desfile estravagante en que él mismo presencia sus distintas actuaciones, como en el vidrio de una linterna mágica. Análoga sensación á la que experimentaba aquél muchacho enfermo que cita el curioso Seglas en su hermoso libro tan conocido, y que al ver pasar un tram-

way, le asaltaba el sentimiento de que su personalidad se iba en él, mientras clavado en el sitio y naturalmente confuso, lamentaba tan angustiosa situación de espíritu.

Aquello de que, *nadie es profeta en su tierra,* expresa un fenómeno psicológico que la fisiología social esplica con alguna verosimilitud. ¿No habeis observado que, á veces, la personalidad de un hombre, artista, filósofo ó político, sufre algo así como una emigración del propio cuerpo, en virtud de la cual actúa en otras regiones bien lejanas de su residencia? ¿que lucha y es discutida allí, como si se hallara presente; y triunfante ó derrotada circula desprendida de su físico que tal vez despreciado y arruinado, vive en la oscuridad de su residencia carnal? En su país anda como un divorciado de aquella esposa que ha huido de su lado, sin ser sentida y discurre, como digo, dentro del anónimo; afuera sus obras ó sus hechos le han formado otra personalidad que tiene en la imaginación, hasta un tipo físico, trabajado por ella dentro de líneas posiblemente

contradictorias con el verdadero. Con él circula la personalidad moral que el capricho imaginativo llega hasta reproducir en los periódicos ilustrados y si por acaso la persona material, cuerpo sin sombra, instrumento de música sin eco pero propietaria legítima, sin embargo, fuera á recoger las palmas que tan copiosamente le tributan, es indudable que le tomarían por loco ó por impostor.

En la imaginación pública la personalidad es algo muy peculiar, cuanto á su formación; una mezcla de hechos y circunstancias percibidas y sintetizadas por cada uno según la idiosincrasia de sus sentidos, combinaciones de imágenes y sensaciones que el cerebro baraja á su modo. Indudablemente se precisa cierta particular educación y perfeccionamiento para verificar correctamente, ese género de visión distinta y útil, de que no siempre participa el populacho. Cuando no se forma en la retina la sensación sintética por excelencia, cuando la conciencia pública no la percibe, es porque probablemente, los li-

niamientos y calidades que la constituyen, son superiores al grado de perceptibilidad que en ese momento posee el sentido general. Son personalidades para otro medio, de otra época en que la percepción en un grado mayor de evolución, posee aparatos más aptos para sentirla.

La popularidad, siempre efímera, no es otra cosa que la posesión real ó artificial de calidades que por lo elementales se hacen más accesibles á la sensibilidad actual. Las *personalidades fáciles* son las populares, como las músicas de las canciones y los versos amatorios. En cuanto á las otras, pasan los años, las generaciones se suceden, y de repente las grandes personalidades, que otrohora fueron turbias, las ve uno aparecer como un *revenant* que encontrára al fin su medio, buscado y esperado, tal vez por siglos inútilmente. Confusas é indistintas antes, parece como si se *encendieran* al tocar atmósfera propicia, tomando entonces posesión de los sentidos y del alma contemporánea, embargada por la sensación

de su grandeza. Se parecen á esos astros cuya luz recién percibe la tierra mil años después de haber desaparecido. Es indudable que la noción ó el sentimiento de la personalidad no necesita ser afianzada por el constante concurso físico visible. La personalidad de un hombre de cierta magnitud vive y actúa en la conciencia popular, como la alucinación que es, según se le define generalmente, «una sensación sin objeto».

En la encarnizada lucha por la expansión individual, sólo no bregan *los insuficientes* y los que yo llamaría por asimilación, *tuberculosos de la voluntad*.

Sin embargo, los primeros combaten á su manera empleando las desconocidas formas de actuación que veremos después; los segundos se entregan más fácilmente al pasivo fatalismo de su *abulia* servil é inerte. De la pasta de ambos suele formarse cierto género de disimuladores de que hablaré en el capítulo respectivo.

Teóricamente comprenden que es buena la actividad, que la lucha tiene sus

alhagos y sus recompensas; la conciencia de que pueden y deben obrar está en ellos despierta, pero al comenzar la idea á transformarse en acto, se detienen, la fatiga los invade y reducidos por la inercia contemplativa en que beatamente viven, vuelven á sus goces de placer sin trabajo. Dudan entre el «yo debo» y el «no debo» y la conclusión «quiero» que es afirmativa, no puede resultar de estas premisas dubitativas (Lapie). La inercia práctica es el resultado de su duda intelectual. Todos los casos son para ellos insolubles porque el entendimiento falto de energías y de luces carece de instrumento necesario para obrar, del estímulo y el impulso que es vigor de vida sana, de la facultad sintética que reune todas las impresiones y los deseos en una volición y un pensamiento.

Es una personalidad disgregada *ab ovo;* difícilmente se le reconstruye cuando la infección de la abulia es tan general.

En muchos de ellos, suele no ser una enfermedad sino una deformación ingénita ó adquirida de la voluntad, un desequi-

librio entre las necesidades y los instrumentos hereditarios con que deben satisfacerse. Los menos lesionados obedecen á la orden, aunque hay que indicarles el deber imperativamente, como quien fustiga la espontaneidad de esos nervios en relajación; hablar al animal estimulando al reflejo para obligarlos á caminar. En la vida social tan interesantes enfermos constituyen el grupo de los *bohemios* inteligentes, de los *conservadores,* sin más trascendencia en la acción que el despliegue de fuerza necesario para llenar aquellas necesidades más indispensables de la vida: el *pechador* activo y voluntario, solo, en sus singulares procedimientos de extracción, el *poeta talentoso* y alcoholista que trabaja una noche entera en cincelar un soneto pero á quien el menor esfuerzo de adaptación al trabajo, en cualquier forma, postra y abate como si un enorme peso gravitara sobre sus músculos. Y no deben escapar de este grupo, aquellos felices herederos de las grandes fortunas, cuya frágil naturaleza moral y dorado cretinismo los precipita dentro,

apenas han pisado los dinteles de la edad adulta. Carecen hasta de ese vigor en el libertinaje que acusa, si se quiere, vida desordenada pero con cierta energía interesante de la voluntad que aunque mal dirigida, les crea una personalidad *sui generis*.

Su gran falta—se ha dicho—está en esa desviación del trabajo que exige esfuerzos engrandecedores y fecundantes; no pudiendo ejercer sus facultades, el espíritu inerte queda afectado de una falta de desarrollo que lo detiene en el infantilismo, y lo entrega maniatado á la cómica explotación de la bohemia elegante, que lo circunda para devorarlo. Según Schopenhauer, los ricos son enfermos que sufren de una debilidad orgánica de la atención, de una dolencia incurable del deseo y de la voluntad, cuando no reproducen, íntegra, la ataxia moral del carácter histérico, la instabilidad mórbida de su desequilibrio. (1) Almas excitadas por deseos vivaces, pero generalmente servidas por órganos insu-

(1) Tardieu.—L'ennui, 132.

ficientes, tienen en todos sus actos los estigmas de la fragilidad del carácter. El gráfico de su vida sería, según Seguín, una línea loca á fuerza de ser quebrada, que en el tambor registrador reproduciría el galope del caballo que marcha al azar y en libertad.

Cabría igualmente en el género, pero sólo por su espíritu gregario é inapto para la lucha, aunque tal vez bondadoso, aquel *empleado antiguo* que es todo un tipo psicológico social y que durante cuarenta y cinco años no ha hecho otra cosa que seguir la rutina honorable de su empleo, en un ininterrumpido sonambulismo que lo sustrae á todas las expontaneidades del espíritu y de la voluntad.

Todo lo que es desviación del carríl, lo postra en la fatiga y suscita sus alarmas; para ellos el esfuerzo sería el estallido ó la muerte. Al verlos funcionar se le antoja, á uno, que han de ser honorables porque no tienen aparatos mentales para otra cosa; la malicia y el prurito de la tentación no encontrarían órgano en su

simplicidad de espíritu rayana de la imbecilidad. La costumbre de una misma función, exclusiva y absorbente, durante cincuenta años no ha permitido que se forme en el cerebro el centro psíquico-motor ó de ideación, que sugiera y ordene el mecanismo de un acto punible. Todos estos abúlicos por temperamento ó por la fuerza de la costumbre, fuera ó dentro de la administración pública, son los más sólidos basamentos de los despotismos, porque como carecen de personalidad, son números y no personas como los enfermos de los hospitales; su servilismo honesto y paciente no incomoda y se dejan conformar dentro del molde en que los vacía la mano que toma su masa dócil.

De la asociación de todos aquellos *insuficientes*, de tan variados aspectos, resulta una de las más curiosas personalidades de la vida social: las *personalidades coloniales;* es decir, formadas, como los animales descritos por Edmond Perrier: por la agregación de pequeños individuos, que para vivir y prosperar tienen que sumar

sus eficacias, en una colaboración que les procura inesperado éxito.

El mejor ejemplo á la mano es el voraz organismo que bajo el nombre alternativo de «sindicato», «empresa», «compañía» ó «congregación» constituye la personalidad por muchos conceptos imponente del *Vientre de presa,* peculiar de la fauna financiera argentina y por otras derivaciones, de la sociedad en general.

Es una personalidad homogénea y vigorosa, precisamente por el medio silencioso en que opera y el procedimiento rampante que por lo general emplea. Es como digo, uno de los géneros más curiosos de la expansión individual, sobre todo, en esta sociedad afectada de la obsesión mercantil y de la megalomanía plutocrática.

Se insinúa por todas partes donde hay reparto, obesidad de presupuesto, propuesta ó botín de cualquier especie. Según las épocas y las circunstancias económicas ó las modas financieras los *Vientres de presa* son especialistas en todo: en el acaparamiento de la tierra, en el monopo-

lio de las licitaciones, en la enseñanza, ó en la compra de buques y armamentos. Como tienen el don precioso del mimetismo administrativo, se ocultan tomando el color de todas las banderas, según las circunstancias y las necesidades. En la gestión de la tierra pública poseen la fecunda invención del nombre que les permite distribuir en varios bocados una misma lonja de tierra, abarcando provincias enteras. Y ya sea bajo el nombre falacioso de: *unos ingleses, viuda de fulano ó herederos de zutano,* el plano indiscreto no revela el largo intestino, sino en fracciones defensivas y modestas, dejando la ilusión del reparto equitativo que ha soñado la ingenuidad de la ley y los enemigos del latifundio.

Y hay que ver como desaparecen por las abiertas fauces, los dineros del Estado dentro de las anfractuosidades de aquellos vientres todo superficie digestiva. No sé qué don de taumaturgia olfativa les permite discernir, desde la metrópoli, las mejores tierras hasta con su sistema completo

de irrigaciones naturales, calidades de sus pastos, proximidades ferroviarias, á tal punto es certera su visión. Lo mismo pasa con la propuesta X ó con el proficuo negociado de otro orden, que antes de concebirlo el gobierno, ya ellos lo tienen resuelto en lo más íntimo de su enorme cólon, sin un centavo de falla ó diferencia.

Se insinúan lo mismo en los proyectos de educación nacional, cuando es congregación, ó en las grandes ubicaciones de tierra, como en todas las tentativas de colonización en grande ó pequeña escala; bajo la temperatura del sol abrasador del Chaco ó en las brumas heladas de la Tierra del Fuego; y cuando uno tantea en las obscuridades y mansedumbres de alguna de esas propuestas inocentes, y tan bien disfrazadas bajo la tupida red de deslumbrantes cifras ó de propósitos morales y patrióticos, que se arrojan como polvo de oro á los ojos del incauto, siente que el tacto choca contra aquel vientre blando tan dócil y plástico, casi inofensivo, para no despertar sospechas. Como la vela en las calmas, es puro

trapo inútil en el reposo del acecho, pero cuando el contacto de la mano, que, en el cuerpo humano es el órgano *que dá,* despierta la voluptuosidad de una próxima realización, hínchase el paño, como empujado por vientos bienhechores y entonces hay que verlo surcar garboso el tesoro público como si fueran aguas conocidas.

Es rico de vinculaciones sociales y políticas, porque sabe agarrar con sus ansas intestinales de oro, abogados, ministros, diputados, etc., etc., y á todos los que directa ó indirectamente puedan apretarle los ganglios sensibles. Saben insinuarse en la voluntad de todos ellos por granjerías y promesas que alejan el fantasma del hambre y estimulan la visión de una riqueza inmediata. Contaminan las mejores inteligencias, los caracteres más probos, los sanos corazones inocentes, con aquella abundancia sin reticencias, con que llaman á la puerta de la conciencia en el momento en que comienza á sentirse la necesidad, para echar por el ojo de la llave leve olor á dinero, sobre el oído ruidos suaves de me-

tal, montones de papel moneda sobre la visión extraviada. No emplean nunca el zarpazo, sino la contaminación lenta de la humedad, roen como la lima, avanzan como el aceite untando todos los resortes para resbalar en silencio.

En la gestión de la presa, poseen una filosofía mundana, que es una síntesis moral de su práctica de la vida, la antena invisible que guía su prudencia cautelosa: la necesidad—se dicen—es peor que la miseria, porque toma al hombre todavía en toda su integridad moral y sensitiva; como cierta conmoción del ánimo que ella ocasiona suministra á la conciencia una susceptibilidad un poco confusa, pero real para la percepción de las cosas, hay que darle al soborno los contornos del préstamo, la forma del auxilio ó del descuento; en la miseria plena, la personalidad moribunda ó fatigada, ha llegado á la digregación que abre ancha puerta á las más francas tentativas; y de ese bajo fondo de animalidad en que ha caído, tal vez en defensa estéril de su integridad

moral, nace un concepto escéptico y pesimista de la vida, que predispone á la tolerancia.

Tan especial epicureismo, mucho más provechoso cuando es discreto y prudente, que profesa el hombre que ha conocido hambrunas y no las ha satisfecho, lo pone á disposición del aterciopelado contacto del vientre y se entrega en cuerpo y alma. La primera es lucha con esperanza de triunfo pero haciendo prodigios de equilibrio para mantener á todo trance la actitud humana de pie; la segunda es una simple rendición; el uno es un beligerante todavía, el otro es un maltratado prisionero de tribu antrópofaga. Se lo devoran con intrépida desvergüenza, dejando chorrear la sangre para que todo el mundo se imponga del homicidio.

En las congregaciones religiosas y más especialmente, todavía, en la prensa, ya que la tenemos á la mano, vais á encontrar otros ejemplos de estas *personalidades coloniales* ó por agregación: sus eslabones como los de un anélido colosal van

juntándose hasta constituir su unidad definitiva.

El *diario* moderno, aquí especialmente donde el espíritu industrial domina, como en ninguna parte, pertenece al orden de esos animales compuestos, cuyo «carácter positivo», que diría Cuvier en sus apuros de clasificación, está en el aparato de nutrición, en beneficio del cual todos los demás le están sometidos. Cada diario, el diario-empresa sobre todo (y no conozco otra especie), es el mejor tipo de este género de expansión de la personalidad.

Una vez constituído el curioso organismo, la vecindad forsosa, la diaria y constante coabitación bajo un mismo techo; la continuidad casi material y hasta la unidad del aparato digestivo, establece tal género de relaciones, que todos acaban por sentir y vivir una misma vida, expresar una misma sensibilidad. Es el caso de las Esponjas y de las colonias de Pólipos que se juntan, estos últimos, para constituir la famosa Hidra. Cada individuo trasmite sucesivamente y por un procedi-

miento variable la sensación que experimenta y gracias á la cooperación de todos, aparece algo así como un órgano particular encargado de recibirlas y de trasmitir simultáneamente á todos, ciertas reacciones directrices que allí se forman y que son capaces de determinar movimientos combinados. Es curioso como se desarrolla esta individualidad psicológica que acaba por ser toda una personalidad. El individuo, director ó por otro nombre, la cabeza de la medusa multiforme, no ha llegado de un solo golpe á establecer su hegemonía. Para servirme de una feliz expresión de Alfredo Espinás [1] diré que es por una larga serie de delegaciones sucesivas por parte de todos que concentra la mayor actividad psíquica de la colonia; poco á poco ha ido recibiendo el mandato de más en más extendido antes de llegar á obtener la abdicación completa de sus asociados.

---

[1] Véase *Les Sociétés Animales*, 1878, y el bien pensado libro de Edmond Perrier, *Las Colonias Animales*, de donde copio toda la parte zoológica de estas aplicaciones sociales.

Las impresiones producidas sobre los diferentes individuos del agregado y aún ciertas impulsiones que de ellos emanan, llega al órgano que las concentra el cual fija la orientación diaria de sus aparatos de prehensión. La conciencia suya se agranda y crece hasta convertirse en la conciencia misma de toda la colonia; es él el que quiere por todos sus asociados dóciles al dictado del instinto de conservación que domina, y que establece al fin la unidad psicológica real é indiscutible del extraño conjunto. Es de este modo, más ó menos, que los animales superiores llegan á la noción de individualidad y que el *yo* se sustituye al *nosotros*, ese *yo* que no es otra cosa que el *yo* invasor y despótico de la persona, á quien circunstancias diversas, no el talento, han dado á las veces, en la colonia un lugar preponderante.

Una vez bien organizada la personalidad colonial, por este sistema de agregaciones, la función de conjunto se hace sola. Es tan celoso el mecanismo y tal el

hábito de moverse en determinado sentido, que el trabajo diario con su despliegue habitual de entusiasmos y de pasiones, marcha, puede decirse, solo. Determinados individuos deben producir automáticamente movimientos y actitudes ya previstas, otros sus gritos y exclamaciones prefijadas, segregar otros, el veneno sin necesidad de estimulaciones actuales. Y sin embargo, comparad la importancia, que dentro, tiene cada una de las insignificantes personalidades con la que poseen fuera de la colonia, y vereis cual es el valor social del *agregado* á los fines de defensa y de engrandecimiento, que por el socorrido sistema adquiere la insuficiencia microscópica.

El anillo solo ó desprendido del conjunto, nada puede cuando aislado. Es menester que las impresiones colectadas fuera, vayan á la conciencia colonial y de allí salgan transformádas en la dentellada ó la caricia que impone el aparato director.

En ese diario, la confección del veneno

se hace por una serie de pequeñas colaboraciones; las virulencias se suman y el tósigo que resulta, al fin, sólo necesita de la gota para emponzoñar una vida. Esta situación cómoda en que todos los resultados son impersonales, vagas é inciertas las responsabilidades, facilita enormemente el trabajo, porque el peligro se difunde en proporciones infinitesimales.

La importancia del diario actual radica en el hecho de haber llegado por el sistema de las colonias animales hasta constituir esta personalidad psicológica, que por simples movimientos reflejos va hasta producir fenómenos de actuación tan considerables. Ha suprimido al hombre y sustituídolo por la máquina; las interesantes torpezas del corazón humano han desaparecido y aun cuando en esos colosales organismos no se siente el calor sano del cariño ni aquella luz intermitente que *agita las montañas*, en cambio, rinde una suma de trabajo *útil*, mucho mayor que la que lograba el diario antiguo, en el cual el factor hombre, tan incómodo y

perturbador, palpitaba á cada instante en cada una de las líneas del mal impreso periódico.

Antiguamente, el director ó redactor de un diario lo caracterizaba imprimiéndole su personalidad; hoy es la unidad de esa alma industrial en cuyo fatalismo generalmente nada tiene que hacer el espíritu. Podeis sacarlo, substituir el talento por la imbecilidad, que la personalidad colonial no se altera. Cuántas congregaciones, cuántos grupos, no marchan sin cabeza, nada más que dirigidos por el instinto de la *agregación*. ¿No se mueve la Hidra, como el insecto de más elevación zoológica, sin el concurso del pensamiento y aun sin un sistema nervioso protector? ¿Variando su procedimiento de locomoción, cambiando de camino cuando no le conviene el que llevaba; fijarse ó escapar á voluntad, huir de la luz y hasta contraerse voluptuosamente cuando toma la presa ó alguien le hiere? El diente que muerde no tiene, por eso, conciencia de su función; del mismo modo la vesícula de la serpiente decapitada que se mueve en virtud de

reflejos establecidos, filtra con una rabia artificial la mortal ponzoña. No insulta ni alaba el protozoario, sino *el periódico*. El inferior organismo que trabaja en la garra como el que funciona en la vesícula de la hiel, ignora la amargura que destila, ó la miel con que unta el labio del acariciado; tienen cada uno la conciencia de la rueda que tritura, del cilindro que separa el grano de la broza.

Movimientos é impulsos que sugieren al observador esa impresión de completa conciencia, más aun, cuando ve al Pólipo apretado por una fuerte ligadura, atravesado por instrumento punzante ú obligado á tragar objetos indigestos, retorcerse ó mutilarse espontáneamente para escapar al peligro. Sin embargo, que obscura conciencia exista, no lo dudeis, pero rudimentaria para los actos que salgan del padrón fijado por su fatalismo económico. En las personalidades coloniales, el éxito resulta, en mucha parte, de esta ausencia del dolor físico ó moral de cada individuo. Cada uno de ellos tiene una sensibilidad personal, pero

otra es la del conjunto, la de la colonia como individualidad; el dolor colonial, diremos así, no es pues el personal y el agente vulnerante hiere generalmente aquélla y no ésta, salvo excepciones. La vida moderna, que ha sugerido tan admirable organismo, asegura por medio de estas y otras peculiaridades propias de semejante personalidad, la vida preciosa de tal entidad moral, felizmente intangible á los peligros, como útil en el juego de las instituciones públicas que salvaguardan los derechos de los pueblos y el dinero de los asociados.

La no menos interesante personalidad de los *grupos* tiene igual origen. Es también de ahí que proviene su resistencia.

Un procedimiento parecido les dá vida y cotización social relativa. El *grupo* es otra forma de asociación colonial como el sindicato, la congregación y la empresa, porque con todas ellas, tiene parentesco, y con algunas, estrecho. La notoriedad que por reflejo, recoge de allí el mediocre, es el recurso de ciertas voluntades

y mentes débiles para labrarse una posición suficiente. Suele ser al rededor de una persona más ó menos sobresaliente que se forma ese organismo de lucha. Asimilándose por elementales aptitudes de mimetismo, muchos rasgos suyos, pueriles pero aparatosos, logran producir una vaga sensación de analogía cuyo artificio no descubre el superficial análisis. A los fines de simulación se apropian sus actitudes y frases comunes; y como á veces la presencia de calidades amables de carácter, ó condiciones morales modestas pero eficaces, les dan cierta consideración social, surge de allí la ilusión de un volumen personal que facilita su circulación. Las deliciosas intimidades con los hombres de valor real cuya augusta benevolencia les proporciona fácil acceso al capital de prestigio que irradian, alumbra la opacidad de todos esos segundones.

A veces las cosas pasan de otro modo. Dentro del conjunto y articulado con la inteligente sagacidad que la defensa sugiere, el insuficiente obtiene en el organismo del

grupo una trascendencia inesperada, si llena cualquier función, útil aunque modesta; y todavía con mayor éxito si alguna de las calidades comunes, valor personal, fortuna, prodigalidad, etc., logra hipertrofiar la necesidad ó el uso artificial que hace el elogio de la amistad. Entonces desempeña en el conjunto algo así como la misión del *contrabajo*, aquel incómodo instrumento que con su ronca ampliación sonora, multiplica el volumen del modesto acorde, pero que aislado se hace insoportable hasta por el contraste del físico ampuloso con la miserable pobreza de sus recursos. En la asociación de grupo no siempre surge como en la personalidad colonial, aunque á su género pertenezca, una nueva, de la suma de todas las insignificancias que se reunen. Cada uno, conserva hasta cierto punto la suya, con todas las exigencias de su relativa autonomía; el relieve personal resulta de esta asociación de contrastes que distribuye la luz y las sombras que todos aportan, de manera que por defectos de perspec-

tiva queden alteradas las proporciones de las cosas, creando las ilusiones de magnitud, que tanto los favorece. En la comedia social el cariño ó las necesidades de todos, suele adjudicar á algunos de los más pobres el papel de *un carácter,* ya que su actuación no le permite el de *un talento,* ó el de *una voluntad,* como en el teatro el de «Espectro» ó de «Rey que no habla» al comediante inútil que no tiene sino su forzosa discreción de mudo ó la hermosa exhuberancia de algún detalle físico, predestinado para las funciones exhibicionistas.

La causa de la persistente notoriedad y del relativo éxito, que en la vida, suelen tener ciertos grupos de mediocres, no es otra, que propiedades de fácil articulación de los unos con los otros con firmeza vertebral hasta constituir verdaderos mecanismos de nutrición.

Así asociados y á pesar de su inferioridad cerebral, no necesitan de ningún aparato de perfeccionamiento para adquirir el sentido de las conveniencias vitales. En aque-

llos cuyo éxito de ascensión, tanto nos sorprende á menudo, la inteligencia no es un órgano indispensable en la dirección de los aparatos de acaparamiento. Para ellos el resultado vegetativo, que es lo que buscan, es el mismo con la inteligencia que sin ella. Uno, hace libros sin talento como ciertos insectos perciben la luz sin el aparato de la visión: otros acumulan multitud de empleos, sin la diversidad de aptitudes que requiere semejante multiplicidad de funciones, como el humilde grumo de protoplasma tantea el peligro y salva los escollos sin el requisito de la inervación motriz; suben y bajan, otros, como con más amplitud demuestro en otra parte (Capítulo I) sin más alas que la propia liviandad de su porosa índole, como el fragmento de papel ó la pluma ligera, que llega á la torre y se roza con la nube sin otra ayuda que la ráfaga de viento que la empuja.

Sucede también que un hombre de talento se forma un grupo para uso propio; la expansión de su personalidad necesita

de estos pequeños órganos de exteriorización, que además completan los matices del claro obscuro que lo hace destacar más vivamente; y elige medianías dóciles que él conforma á sus usos y necesidades. Es otra variedad de grupo: sólo difiere en el procedimiento de formación y en algunos detalles de funcionamiento. Por el diario, si lo tiene, ó la palabra, difundida de club en club, él les hace á cada uno una psicología de convención, adecuándola á su previsto fin; y como la imaginación popular está siempre dispuesta á ver *el camello y la ballena en la nube,* cual los veía el inmortal Polonio, no halla inconveniente en aceptarla de buen grado. Podría decirse que son para la personalidad expansiva que los edita ó los forja, como los objetos comunes, que suplen la ausencia del instrumento adecuado y que llenan su misión manual, menos por su adecuabilidad, que por la destreza del obrero cuyos dedos llenos de talento suprimen la deficiencia.

Estos terribles obreros de hombres, aca-

ban por convencerse que no manejan voluntades sino huesos; que cortan, pulen y articulan implacables, hasta completar el complicado andamiaje que necesitan para trepar. Proceden en sus trasmutaciones de personalidades, como el viejo alquimista que dominado por noble obcecación, pretendía sacar el oro de los desperdicios humanos. Metidos dentro de su intangible laboratorio verifican sus distribuciones de papeles según las conveniencias personales.

Pero así como pulen y bordan sus hechuras, así también con el uso vulgar y frecuente que hacen de ellas, «para un cosido como para un fregado», las lijan y las ensucian sacándoles el superficial barniz que le han prestado. Con ese criterio todos los hombres son iguales, tengan ó no alas, garras de voluntad ó talento; de manera que usan la más preciosa tapicería para tapar un agujero ó un vaso cincelado de la más rica metalistería para guardar píldoras ó dar de beber á las aves. No tienen el sentimiento de lo que

vale un hombre; ni los aman ni los respetan. Cuando éstos se ponen viejos ó inservibles los abandonan al desván; si tienen hambre les aconsejan «que trabajen» y como son previsores, cierran con siete llaves sus despensas, para evitar tentaciones famélicas ó veleidades caritativas. Nada hay más inoxerable que la ciega fuerza de expansión individual de un hombre político, porque su vampirismo es como la infección: los primeros órganos en peligro son siempre el corazón y la cabeza de sus colaboradores; y como tienen predilecciones de perro montaraz, son esos órganos tan vitales del carácter humano, los que arrancan á la dócil víctima en el cruel *dépeçage* selectivo que emplean en la cosecha de servidores.

La docilidad de todos ellos para soportar el anónimo de sus esfuerzos, es una condición de prosperidad, porque la altivez es puntiaguda como la hoja del sable y rompería la tersa uniformidad. Como único premio, se les asciende á la categoría de instrumento de información á modo de

sentido, por medio de los cuales extiende aquel su acción á distancia. Sírvenle para traer al centro de elaboración, todos los datos que en el cuerpo humano, el ojo, el tacto y el oído á los de construcción superior.

De esta manera obtiene todos los informes, las sensaciones del ambiente que necesita para sus fines de utilidad personal; órganos sensoriales que multiplicados y perfeccionados por un ejercicio inteligente, proveen á la conciencia colectiva de mil nociones sociales, callejeras é íntimas, cuya adquisición en los restigios y desvanes, donde las toman, no son accesibles á la voluminosa *personalidad nuclear* que ha formado el grupo. Es así como muchos insignificantes que viven del parasitismo colonial que dá prestigio social á su persona, adquieren cierta utilidad interna, precisamente por la resignada especialización de sus funciones humildes. Según su capacidad, son: el uno, el ojo que lee las insignificancias de los periódicos, que presencia el incidente escondido, que sorprende la furtiva confe-

rencia ó el apretón de mano sugestivo, trasmitiéndolo todo al órgano superior, como el pequeño filete nervioso que se ignora á si mismo, á pesar de su importancia funcional; el otro, el oído que pesca por la audición periférica la murmuración vergonzante, el rumor callejero, la crítica *soto voce* en el rincón del club ó de la tertulia que frecuenta á diario. Y así lo demás. Pero sin ir más adelante ni más arriba.

Dentro de las naturales limitaciones que lógicamente se supone, pasa con las funciones cerebrales, algo parecido á lo que con la materia llamada «bruta,» porque no grita ni gesticula: que no se destruyen sino que al disolverse en vez de desaparecer, se combinan para dar nuevamente otras formas y otras sensaciones á la conciencia. Adquiere, uno, en el estudio de sus muy diversas manifestaciones esa misma sensación de cambios y de nuevos aspectos, que aleja como en lo que á la materia se refiere, la idea de destrucción. Y el moderno concepto que informa la fisiología del encéfalo, de que todo en él se reduce á fenómenos

de combinación, la autoriza indudablemente.

Se le ocurre al observador que en las diversas expresiones y accidentes de la persona moral, debe haber algo así como la arquitectura molecular que hace con sus metódicas disposiciones, las maravillas del mundo de la química y de la física, y que á modo de moléculas se combinen en la vida las sensaciones, las ideas, las imágenes y sentimientos para producir ese otro mundo mágico y variado de la individualidad humana.

Nada se pierde; los elementos de un agregado de átomos que abandona aquí su cohesión y sus formas, va á otra parte y por influjo de las mismas leyes, á formar otros tan completos como ellos. Como las aguas y el medio aéreo que cubren y envuelven á la tierra, la condición de su funcionamiento es la constante agitación; el reposo de la mente en el sueño mismo es, como se sabe, muy relativo, contrastando su movimiento incesante con la estabilidad que uno le supone teóricamente.

Impulsadas como aquellas á moverse cambiando de aspectos y de forma á la menor influencia, las grandes masas de agua y de la atmósfera, viven moviéndose en eterno cambio de aspectos, buscando un equilibrio imposible, según los geólogos. El agua cuyas moléculas se deslizan unas sobre otras, ceden á las más mínimas presiones; aquí son río caudaloso y voraz, más alla, tranquilo arroyo serenamente fecundante; en otra parte tromba marina gigante y destructora. Y se dilatan por efecto del calor, cambian su estado físico y bajo su forma líquida vuelve el agua á perseguir, sin cesar, un nivel ideal que es incapaz de realizar, como la personalidad humana en perpetua expansión no llega jamás al reposo de un equilibrio que es también ideal é irrealizable. Las imágenes, ideas é impulsos que forman aquí el genio, determinan más allá la locura con otra colocación, al criminal, la monja ó el soldado, según las múltiples combinaciones de tan maravillosa arquitectura.

La personalidad es indudablemente un agregado de sensaciones, ideas, voliciones y sentimientos y varía según las diferencias de agrupación de los mismos elementos; la variedad de las combinaciones que no son sino arreglos diferentes de aquellos elementales *cuerpos,* pueden engendrar, como se comprende, la más completa heterogeneidad de aspectos.

San Francisco de Asís, no tiene nada más ni nada menos que lo que poseía Caserio, Ravachol ó Torquemada. Lo que hay, es que en el uno, está, diremos así, arriba, lo que en el otro está debajo; quiero decir, que priman en uno ciertos elementos de la personalidad, que en el otro se hallan en segundo plano guardando un silencio y quietud relativos. No hay almas de santos y alma de bribones; sólo parece existir desgraciadas combinaciones arquitecturales como sospecha la química en las distribuciones moleculares de los otros cuerpos; deformes ó casuales agregaciones que dan, en un caso, un ácido, en otros, una sal; que tal vez en el primero, desviaran

la luz á la derecha y á la izquierda en el otro, según esta polarimetría psicológica que habría que inventar como complemento de tan sugestiva teoría. En el uno es fanatismo político lo que en el otro religioso, tendencia á la embriaguez, amor filial, ó delincuencia, pero los elementos primarios, los átomos de tan singular construcción y la fuerza que los mueve, es la misma.

Si pudiéramos someter esas cosas, de suyo tan nebulosas, á los procedimientos de ensayo y experimentación, como estamos acostumbrados á hacerlo con la materia ¡cuánta luz en las inesperadas revelaciones de esa nueva fisiología, que llegará á tratar así las infinitas transmutaciones de la personalidad!

El cerebro que enloquece, no pierde por eso, ninguno de los elementos mentales, que hemos llamado primarios, para asimilar aquella divisibilidad material á la que suponemos sufriría el espíritu en tan escabrosos análisis; sino que con los mismos, combinados de otro modo, forma

otra ú otras personalidades cuyo antagonismo nos da esa falsa sensación de ausencia y destrucción que sugiere la locura. De un individuo que enloquece, se dice, generalmente, que *ha perdido el juicio;* cuando en realidad lo que hay en él es, sólo, una transformación. Un físico, recalcitrante materialista, apoyado en eso, diría con ciertos visos de verdad científica que: la locura es un estado alotrópico de la razón. Muchos ejemplos tomados á la historia de las mutaciones de la materia que inmortalizó Lavoisier, con sus trabajos, nos dará más vivamente la impresión de lo que puede ser ese pretendido transformismo mental. Imaginaos un sistema de cuerpos metidos, como en la caja del cráneo, dentro de un vaso herméticamente cerrado y colocado sobre el platillo de una balanza; todas las reacciones químicas capaces de modificar, de abajo á arriba, el estado de este sistema, nada pueden sobre el inmóvil fiel de aquélla. El peso total es el mismo, antes, durante y después. Mirando así las cosas, ¿no podría crearse otra *ley de Lavoisier* para las trans-

mutaciones de la personalidad humana?

Y si hemos de creer, sin sonreir, lo que afirma el espiritismo en sus audaces elucubraciones, los elementos de esa personalidad que se disuelve aquí, continúan más allá del mundo sensible, verificando las eternas combinaciones que la ley de la conservación de la materia impone á ésta y estableciendo para el espíritu otro género de inmortalidad, como el que la ciencia atribuye á aquélla. De manera que para él también «nada se pierde, nada se crea, todo se transforma». No porque la deficiencia de nuestros medios de análisis, establezca su imponderabilidad, han de ser menos ponderables las cosas que de él dimanan.

El hipnotismo con sus conocidos prodigios, llenos de supersticiosos influjos, también da cierto asidero á esos modos singulares de pensar. Él parece decirnos que dentro del alma llevamos un caleidoscopio con cuyos colores, á pesar de su reducida cantidad, es posible formar un número infinito de caprichosos cromos, diversidad de personalidades, antagónicas las unas de

las otras, como si fueran almas enemigas dentro una misma armadura corporal.

Decía Binet que por viciosos hábitos de lenguaje, por las ficciones de la ley y los resultados ilusorios de la instropección, estábamos acostumbrados á considerar cada persona como constituyendo una unidad indivisible, pero que las investigaciones actuales, modificando profundamente esta noción, demostraban que no era una entidad simple, sino un compuesto resultante de muchos elementos agrupados; y Richet, estudiando lo que él llamaba la *objetivación de los tipos,* citaba varios curiosos casos de sujetos sucesivamente transformados, en distintas personas, bajo la acción del hipnotismo. Transformación tras transformación, iban cambiando de personalidad como podrían hacerlo de vestido: en una paisana, luego en actriz, en general, en clérigo, monja ó marinero, con todos los rasgos firmes de cada una de las tres ó cuatro personalidades tan opuestas.

Curiosas formas de expresión tiene el



sentimiento y las pasiones que luchan. La existencia observada en los diversos incidentes que aquéllas producen, sugieren asimilaciones que á veces parecen exóticas y alucinatorias. Cuando se estudia á fondo este curiosísimo y multiforme fenómeno de la expansión individual, á cada momento, tropieza uno, con aspectos psicológicos realmente sugeridores; mil facetas inesperadas surgen en el peculiar pedazo de cristal humano, según el desgaste que el cincel de la herencia de la enfermedad ó del medio social le imprima en el diario agetreo de la vida.

Basta una simple vuelta á la *clavija*, para que esas circunstancias alteren radicalmente, en la persona moral, la acomodación de elementos; y para que el fuego de la pasión ó de algún vivo sentimiento transforme en el *espectro personal,* el rojo rayo de luz que da la sensación de carne en rebeldía, en el beato y transparente blanco de un divino extasis de santo. ¿No sentís en la inflamada prosa de Teresa de Jesús, que, por momentos, las líneas ce-

lestes de la santa se transforman, bajo cierta atmósfera de calor, en las de una velada hetaira que arde en los transportes de su sensual amor? Dentro de tan interesante extructura, siéntense dos personas que alternativamente se transparentan; la una en los transportes celestiales que le inspira el amor por su *divino esposo;* la otra en esos mismos arranques, cuando franqueando los límites sensibles, el frenético «mal de nervios» que inflamaba la carne con horripilaciones animales, arrebataba al delicado espíritu, lejos de las tranquilas regiones de la oración. Como si la misma redoma exhalara alternativamente el suave perfume de Margarita y el acre olor de la ponzoña de Mesfistófeles. Las mayores exaltaciones del asceta parecen condenadas á desembocar, con cierta diabólica fatalidad, dentro de las visiones calorosas del erotismo; la carne flagelada se venga á menudo, transformando al cenobita en el infernal genesiaco que pugna por triunfar, supliciando al cuerpo con los rigores brutales de la disciplina.

Alternativas tan crueles como frecuentes, vense en la patología mental, demostrando cuán fácil es que la pasión ó la enfermedad reproduzcan tan antagónicos cambios de personalidad.

El caso de Morel que refiere Richet, es, á este respecto, elocuente.

Érase una mujer entregada al vicio por su propia madre desde la temprana edad de catorce años. Sometida más tarde á todas las angustias de la vergüenza y de la miseria, no tuvo otro recurso que lanzarse á una casa de prostitución. Sacada de allí y llevada á un convento donde estuvo dos años, efectúose una reacción tan viva que la personalidad de la prostituta cambióse en la de una ferviente religiosa, cuya exaltación devota tenía la misma intensidad é igual fervor que aquella había tenido por el amor extraviado. Entregábase á las prácticas del culto divino con el «masoquismo fetiquista» con que antes al hombre; atravesaba períodos alternativos, en que se creía prostituta y religiosa, y en los cuales según fuera, una ú

otra cosa, su físico y sus actitudes expresaban vivamente una de las dos personalidades; ya con la unción de sus plegarias, en que el fervor y la sinceridad daban á sus exterioridades, reales aspectos de santa inspiración, ya con las miradas y actitudes lascivas, los ojos brillantes, la obscenidad de sus palabras llenas de provocativas insinuaciones. Cuando esto último sucedía, sus trajes, su sonrisa y sus miradas complementadas por ciertas desnudeces parciales, dejaban traslucir á la antigua meretriz. Pero de un día para otro y con la natural sorpresa de todos, el cuadro cambiaba y otra persona aparecía: dulce, tímida, que llevaba el sentimiento de la decencia escrupulosa hasta cambiar su nombre por el de Sor Marta de las Cinco Llagas, Teresa de Jesús, Sor María de la Resurrección. El espíritu exaltado por el entusiasmo de la piedad, veía ángeles que le sonreían y que le provocaban éxtasis y alucinaciones divinas.

Esa facultad de cambiar de personalidad, elaborándose la que necesitan según

las circunstancias y el clima social reinante, con los elementos que llevamos dentro, y sin más que la acción de invertir la propia, es lo que da facilidades tan grandes al *simulador*, á quien las penurias de la vida proveen de cierta educación y destreza en el manejo de *la clavija* misteriosa, que cambia á la santa en prostituta y al monje en marinero.

Otros casos, que á cada momento encuentra uno en los libros especiales, completarían esta sensación de personalidades bicéfalas, sino fuera tan larga como inútil la enumeración.

El ejercicio de las aptitudes en defensa de la integridad personal, despierta esfuerzos saludables hacia un relativo perfeccionamiento de la mente, en lo que tiene ésta de más actuante y efectivo. El hábito de la simulación del talento acaba, algunas veces, por hacer inteligentes á los simuladores, cuando tienen leve virtualidad mental.

En otros organismos el constante trabajo en esa forma produce una sobreactividad que exagera la función y acrece el

órgano siguiendo una ley de fisiología. Un sentimiento correlativo de exuberancia se produce en la conciencia del individuo y del valor excesivo que de su personalidad adquiere, nace un fenómeno de desdoblamiento; una sensación de intensidad, de magnitud, que necesita crear, como diría un nichista. Especie de estado alucinatorio de la personalidad en virtud del cual se percibe doble á fuerza de sentirla grande y vigorosa. El tono de la vida cambia. Prodúcese para las cosas del físico, una euforia exagerada, una noción desmedida de los órganos y de su funcionamiento, sobre todo, en los organismos que sienten de hierro al músculo, el tendón de acero, la arteria palpitante de fluído, como si esa abstracción que llamamos *fuerza*, se materializara en el rutilante y generoso líquido que circula hirviendo en los vasos.

Sentimiento de bienestar, al principio únicamente físico, que, como observa Ribot, se propaga á todo el aparato nervioso, suscitando, en masa, sentimientos de expansión. Probablemente se sienten

dobles, porque la conciencia orgánica, es decir, la que el animal tiene de su cuerpo, se transforma por raras combinaciones de la herencia psicológica, en otra personalidad. La puramente física, que se forma por la percepción de las sensaciones orgánicas que vienen de todos los tejidos, de los movimientos producidos, de los estados del cuerpo, se ha desdoblado en otra moral que se asocia á la material existente, resultando así, dos psicológicas en la percepción final. Es un caso análogo á la sisiparidad en que la célula desarrollada hasta sus límites extremos por excesiva nutrición, necesita dividirse en dos, desdoblarse. Bismarck solía decir expresando ese estado curioso de sensibilidad: *Bismarck no quiere eso, Bismarck no hará nunca tal cosa,* como sino se tratara de él mismo sino de otro que mandara.

Es una sensación peculiar de las personalidades leoninas, de los hombres grandes de cuerpo y de alma, circunstancia que confirmaría la idea de una confusión de ambas conciencias, la física y la moral.

Rosas, el precioso documento psicológico nunca suficientemente explotado, tenía también estos desdoblamientos singulares. Había adentro de la aparente unidad personal, un Rosas que mandaba, vigoroso, actuante y hasta agresivo; y otro Rosas que lo admiraba. Cuando la curiosidad del filósofo revuelva su abundante archivo, con especialidad aquellos documentos que emanan de su literatura personal y privada, notará al golpe, esta rara sensación de coexistencia. Hablaba del general Rosas como de otra persona; de un Rosas meritorio y abnegado á quien el *otro* defendía y cuyos méritos exaltaba. El primero, agente pasivo, se dejaba admirar; el otro, activo, no parecía tener otra misión que la servíl, del elogio y de la defensa violenta.

Allá por los años de 1829, su más activa época de disimulador, esta segunda personalidad estaba en el apogeo de su admiración por la primera, y decía: «Juan Manuel Rosas es un hombre de bien, un labrador honrado, amigo de las leyes y de la felicidad de su país. Tiene en él una

fortuna arraigada, esposa, hijos, padres, hermanos y treinta y cinco años que los más los ha pasado en el retiro de una vida obscura que es lo más acomodable á su temperamento» (1). Y seguía enumerando los méritos de ese otro Rosas que admiraba tanto el Rosas que firma la carta. A propósito de la fundación del Banco de la Provincia afirmaba en un documento: «Rosas es el verdadero fundador, fué el gobierno de Buenos Aires presidido por el general Rosas, etc., etc.» (2). En otra ocasión: «que el modo como habría de hacerse el convenio y las personas que habría que nombrarse se acordarían entre el general Rosas y el general Lavalle»; en otra: «que desde que no le era posible al general Rosas despachar con prontitud todos los asuntos de más elevación nacional su opinión había decaído, etc., etc.»; finalmente en otra:

---

(1) Carta de Rosas al General Pacheco. Cañuelas, Julio 24 de 1829.

(2) Carta de Rosas al Dr. D. José María Rojas, 1870.—Saldías, tomo 2°, pág. 274.

«que esa idea se consultara con la ilustrada opinión del general Rosas. [1]

La personalidad llega aquí á sus mayores límites de expansión y se desdobla siguiendo una tendencia natural del crecimiento. Parecen como dos hermanos ó dos amigos que se completan; el uno simple y sencillo al parecer, que habiendo sufrido la influencia anemiante del medio urbano y familiar, que era entonces de servilismo colonial, acepta el papel pasivo de obediente admirador del otro, sano y robusto, si se quiere brutal, pero que no ha perdido el vigor de alma que lo hace dominante é imperativo; eminentemente representativo de ese fuerte individualismo rebelde á la absorción. Como la personalidad viril y sana del bárbaro septentrional, conservaba las energías de sus instintos medio selváticos y se dejaba admirar con cierta voluptuosidad inconsciente.

Sarmiento podía ser otro caso de estos estados semi-anormales de la sensibilidad

(1) Carta de Rosas á Pacheco, Marzo 10 de 1829.

y que (si me permitís este otro exotismo) yo llamaría, *egomegalia*.

Todos nosotros hemos asistido á estas curiosas expresiones de lo que clasificábamos popularmente como la *proverbial vanidad* del inmortal autor de *Facundo* y *Arjiropolis*. Cuando escribía en el viejo «Nacional» aquellos artículos vibrantes de ira y de talento, distribuía los excesos de fluídos que abundantemente le habían sobrado del pequeño esfuerzo exigido, en la animada plática íntima, en la que con su acostumbrada y encantadora desvergüenza elogiaba los artículos del *Sarmiento* que él amaba y admiraba. En la caprichosa y admirable verba de sus conversaciones periodísticas y domésticas desfilaban los hechos de su biografía, los indiscutibles méritos y sacrificios que resultaban vivamente iluminados. Aquella megalomanía daba corte de leyenda y proporciones de gigante á los hechos y á los hombres que habían actuado en su agitada vida. El general Sarmiento, decía algunas veces blandiendo el bastón ó la pluma «estuvo en

esa ocasión realmente admirable»; otra vez le he oído decir: «toda la propaganda contra la tiranía fué obra de Sarmiento». En otras ocasiones y con la misma iluminación genial de la fisonomía y de las actitudes, he observado en él este desdoblamiento de la personalidad que acabo de apuntar en Rosas. En sus vértigos de admiración hacía girar sobre la cabeza el inseparable bastón y entre las carcajadas y los truenos de su ira de inesperada elocuencia, describía aquellos sus siete trabajos de Hércules: la campaña del *Ejército Grande,* sus penurias en Chile, sus trabajos para *desembestiar* las masas, la Tiranía, el Fraile y el Facundo.

Podría decirse que tanta fuerza al salir de madre multiplica las facultades creadoras dando lugar á otro *yo* que prolonga en otra forma la vida que en ella desborda. Es la manera más general de expresión que tiene la vida universal: el desdoblamiento.

Muerto el cuerpo brotan de sus despojos miriadas de alados agentes que

la resumen y la difunden en las mil variadas formas en que es inagotable la naturaleza. Plateados insectos de negras patas, hermosas lucilias de un verde metálico, ricas en reflejos caprichosos, comienzan á revolotear al rededor, apenas el silencio definitivo se hace á su lado. Brillantes esmeraldas vivientes, de frente blanca y de negruscos reflejos, que marchan al acompasado murmullo de las sarcófagas, abandonan la soledad, una vez creadas, para dejar su lugar á los lepidópteros de todo género, defundidores gozosos de la nueva forma en que aquella vida, aparentemente extinguida, se espande alegre y vibrante en el ancho espacio. La sensación de desdoblamiento vital se completa con un rasgo hermoso y pintoresco: mariposas de suaves colores que descansan durante el día bajo el verde de las hojas y vuelan en el crepúsculo al rededor de la luz, surgen de la misma descomposición; otras, como si hubieran nacido al calor de la pasión, todavía no bien extinguida, llevan pequeñas alas de un

rojo cobrizo manchado de negro ó amarillo vivo, sin un solo estigma que interrumpa la sensación luminosa del pequeño cromo movible.

Más allá hay todavía otro género singular de expansión individual: la miriada de las personalidades que viven de la miseria y que discurren en una zona inaccesible á la curiosidad del ojo desnudo. No por ser tan pequeñas son menos interesantes algunas de ellas.

Las estudiaremos en otro capítulo.

CAPÍTULO III

LOS DISIMULADORES DEL TALENTO Y DE LA ENERGÍA

Rico campo de estudio, mucho más, tal vez, que el de los *simuladores*, es el de los que usan de poderosas facultades de discreción, para ocultar, con fines ambiciosos, la verdadera fuerza del carácter y del talento. Les conviene reducirlas á su mínimum de expresión, achicar el volumen para saltar más lejos, imitando al gato y á los demás felinos. Y es tan grande y amplio el grupo, porque, mezclados, se confunden con los que dentro de la zona vecina se hallan afectados de males del espíritu. Son naturalmente tan expansivos en sus caprichosas manifestaciones infinitas, que tienen que ocultar,

bajo la disciplina de prodigiosos instrumentos defrenación, los delirios que con tanta frecuencia agitan el espíritu.

Para conocer hondamente la fisiología de este ocultismo mental, habría que estudiarla en éstos, antes de entrar en el campo de los hombres normales. ¡Qué maravilloso aparato de inhibición poseen! ¡qué vigor de voluntad para obligar á guardar silencio á las más bulliciosas pasiones, al perpetuo delirio que no abandona la presa ni en el reposo del sueño, en el que habitualmente hasta el estómago suele ser discreto y sometido! Llevan un infierno entero bajo la cúpula muda del cráneo. Y, sin embargo, ¿quién lo conoce?

Estos disimuladores, ya sea de talentos ó de los extravíos, son, sin duda alguna, eximios atletas de la voluntad; porque no es otra cosa aquel que la tiene suficiente para domar un delirio ó una pasión, que parece poseer músculos como un potro y garras como un leopardo. Domesticarlos, pues, hasta hacer de ellos un animal inteligente y dócil que obedezca á la voz y á la

mirada, es realizar el más ideal y completo desarrollo de esa facultad que en los tiempos modernos, vale, en ciertas ocasiones, más que el talento.

Cuando se llega á triunfar en estos juegos olímpicos, en que concurren al *estadío* las más antagónicas fuerzas del espíritu, un sentimiento despreciativo de superioridad, sobre los demás hombres, debe surgir en el alma del singular triunfador. Me explico que esos héroes del disimulo, cuando son normales y lleguen por su genial ejercicio á sobreponerse á los demás, pierdan las nociones de proporción y de distancia, sintiendo relajadas las vinculaciones humanas que á ellos los ligan. La constante ocultación obliga al ejercicio de una táctica en que las actitudes acaban por crear, como en el hipnotismo, sentimientos correlativos que no existían; la fría indiferencia y la insensibilidad prosperan aquí por injerto. El hábito de manifestarlas en el gesto, acaba por crearlas en el alma.

En cierto orden de individuos que con-

finan con la *frontera*, más á menudo que en otros, la vida se pasa, así, manejada de adentro por grandes ó pequeños *tics* que á fuerza de insistir, ampliándose constantemente, llegan á determinar orientaciones que el error de observación atribuye á la sana reflexión. El mundo de los disimuladores está lleno de ellos. La «manía de la duda», de «la interrogación», de «los presagios», de «las verificaciones»; las manías mentales de asociación, de los símbolos, como las agitaciones espirituales y difusas que tan discretamente ocultan tras la despreocupada apariencia del equilibrio, constituyen el estado mental ordinario de un veinte y cinco por ciento de una humanidad ignorada por el setenta y cinco por ciento restante. En cada individuo parece como que coexistieran dos personas, una que se exterioriza, que circula, diré así, en la superficie y que es la que llena, en la vida común, los fines de utilidad social; la otra que queda en el desván, el *alma natural*, sin talla educativa y po-

seedora de todos los atavismos, con sus francas desnudeces; y que, obligada por la necesidad y la disciplina, á veces brutal, que la mantiene enclaustrada, discurre como la *Cenicienta* en el fondo más obscuro de la casa. Del concurso de ambas, de las locuras de una y de las sensateces de la otra es que se hace esa personalidad definitiva que nosotros tratamos habitualmente. Son dos personas que viven en secreta cohabitación, controlándose la una á la otra, resultando del equilibrio de sus respectivos derechos, la relativa salud mental de que hacemos uso.

Todo lo que puede la voluntad como elemento de disciplina, se ve ampliamente en el funcionamiento tan eficaz de ese poder de coersión que hace los prodigios del disimulador. La lucha con el desvarío y con la pasión es la forma más cruel de nn martirio que ignoramos los que no lo sufrimos; porque hasta el vulgar consuelo del desahogo en la forma verbal, tan común, es precisamente de lo que están privados. La personalidad en peligro ha cons-

truído con el disimulo un verdadero aparato defensivo que á fuerza de usarlo duplica su destreza haciéndolo casi invencible.

En el delirante parcial la disgregación de la persona moral normal, viene inmediatamente que lo desarman ó capitula, lo mismo que en el disimulador fisiológico, cuando la más leve indiscreción ó torpeza en el dispositivo, há dejado ver la juntura de alguna de sus articulaciones.

El maniaco de la «interrogación» y de la «duda», no encontrando como cortar sus hesitaciones por una afirmativa espontánea, busca la solución de sus arduos problemas, en las *virtudes* que á objetos externos atribuye, en las decisiones incomprensibles de la suerte interrogada en la forma de pequeños actos equívocos; su tranquilidad está así entregada al azar de sus misteriosas respuestas. Es por ahí que suele fallar el disimulo, porque entregados á este extravagante sonambulismo que los lleva de aquí para allá, el ambiente acaba por percibir los determinantes de sus angustiosas peregrinaciones. De manera que para

ocultar el interno desequilibrio, nada visible generalmente, necesitan de una corrección externa de conducta cuyo ejercicio requiere suma tal de ingenio, que en algunos llega hasta el talento.

En tan curiosos perseguidos, con pequeñas convulsiones mentales, la vida íntima, la verdadera vida del espíritu se desenvuelve en este vaivén de alternativo predominio de las dos almas y bajo el peso de sus problemas extravagantes. La circunstancia embarazosa de tener que resolverlos sin que el ambiente se aperciba, complica de tal manera la existencia, que el trabajo mental se hace doloroso, y aunque las facultades creadoras se estimulan dando lugar á mil subterfugios geniales de salvación, la fuerza acumulada tiene que buscar su escape en la errante deambulación que crea, de todas piezas, al famoso *peregrino* que ha descrito Meig con admirables rasgos. Aquellos viajes inesperados, aquellas ilógicas desapariciones, el ir y venir de tan discreta y contenida apariencia y que no responde sin embargo á la

lógica de la personalidad conocida, son actos y determinaciones que sugiere *la otra,* dando la sensación de aventura ó de ocultas vinculaciones con circunstancias dramáticas, á las que sin embargo, son completamente ajenas.

Todo este conjunto de actos, de movimientos, gestos y pensamientos en copiosa gestación, que pasan desapercibidos tras el disciplinario disimulo, á menudo desembocan en peculiar é interesante literatura. Trozos enormes de poemas sentimentales ó macabros, inconclusos, en que el amor y el honor desempeñan interesantísimos papeles, surgen en el solitario escenario; á veces hasta páginas enteras de bella inspiración, gritos sin eco, porque van de la mente al oculto cajón de la basura ó á la lumbre que los devora inéditos. Individuos hay, que consagran la vida entera á la persecución, á través de la penumbra, de extraños enemigos, que no encuentran jamás, aunque los buscan con el habitual empeño de su obsesión; de formas corpóreas, de ideales y de amores

que han creado con solo la fuerza expansiva de su alucinación. ¡Y cómo no van á perseguirlos si la torcida percepción les ha hecho sentir hasta el beato placer de la emoción física brindada en un contacto, ilusorio, sí, pero para ellos real y efectivo, en esos transportes de la pasión satisfecha á medias! Gozan y sufren sin embargo con las exageraciones de la enfermedad sin que os apercibáis jamás. Las puertas y las ventanas bien cerradas permite á la *Cenicienta* entregarse en las sombras del escondrijo á la satisfacción del amor ó del dolor enorme con todos los *íncubos* nocturnos del desordenado delirio; ¡á solas, que es la más cruel de las angustias!

Es evidente que este valeroso *defensivo* necesita, desplegar fuerzas de astucia tal, que, como dejo dicho, llega hasta el verdadero talento, á su vez disimulado para ocultar el agente, con el que de una manera artificial sugiere la salud, con tanta perfección. Nunca he sentido con mayor vigor su peculiar mentalidad, autora de mecanismos tan adecuados á su fin, que

cuando disfrazaban los delirios con la estrategia que le es característica. Bien se les alcanza que la sensación de equilibrio que buscan producir, debe proceder de un estado de salud que es todo sencillez y naturalidad, no debiendo dejar sentir la impresión del artificio que su genio elabora. Son por eso á la par que disimuladores de su locura, del talento que les sirve para ocultarla. Les conviene hacerse pasar por *infelices,* almas ingenuas y hasta torpes que dan la sensación de ignorar esos recursos. Como reacciona el organismo cuando un agente mortal hiere las fuentes de la vida, por una exageración de la actividad vital, del mismo modo la personalidad moral, cuando se halla en inminente peligro de disgregación, llama en su defensa todas las fuerzas de la mente. Manifiéstase entonces su actividad, en mil inesperadas fosforescencias del espíritu, vigores y hombrías del carácter, que duplican sus energías. Pronto desaparecen porque es efímera su vida, pero no sin haber llenado su salvadora función.

Según Parchape, es así como la enfermedad y la pasión suelen hacer surgir espontáneamente, de una alma inculta, todo lo que hay de más elocuente y poético en la naturaleza humana y que sólo por el esfuerzo de una sabia reflexión, el genio obtiene.

El *disimulador fronterizo* es un tipo que pertenece á la psicología popular, razón por la cual es más susceptible de ser bien observado. No posee las condiciones de los grandes disimuladores que estudiaremos después, porque su mente es frágil y su visión mental confusa, pero oculta con éxito, la verdadera personalidad que lo dirige sin ser sentida dentro de la zona normal, hasta que la crisis definitiva estalla con todos sus fuegos de variadísima lumbre.

Por lo general lo veis vagando bajo el discreto velo del anónimo; irreprochable al parecer, correcto y con esa reservada lucidez del comensal del Esquirol. En su complicada hurdimbre, es que el medio político con sus agitaciones y calor, hace los *reformadores*, los *mártires* y los *caudillos*.

Mientras este interesante aventurero de la penumbra, conserva los medios de disciplina mental nadie se apercibe de sus dificultades.

Cuando todo queda dentro del hogar doméstico y sólo es la familia la que recibe resignada ó sorprendida las copiosas elucubraciones, todo marcha bien. Sólo allí, á la hora íntima de la sobremesa, el oscilante pensamiento libre de testigos imprudentes, desarrolla sus bizarras doctrinas de regeneración política, sus programas de gobiernos ideales. Es menester observarle así para verle abrir el alma de par en par, dejando fluir el agua turbia pero salpicada de arenillas auríferas, que se eleva de la fuente como el borbotón de la oculta napa, alegre al encontrar una válvula. ¡Qué movilidad de fisonomía! ¡qué iluminación en la mirada! ¡qué verbosidad convulsiva! Como si un *gnomo* ebrio hubiera puesto un manubrio mágico, sobre aquella tercera circunvolución, que tiene el privilegio de las fascinaciones verbales, dándole vuelta agitado por un acceso risueño

de epilepsia demoniaca. Parece imposible que todo eso pueda disimularse en la forma eficaz con que lo verifican y que el variado coro que uno ve con asombro desfilar, pueda desaparecer como las figuras de la linterna mágica, una vez aplicada la disciplina y franqueada la puerta del hogar. Cuando algún grano, un poco acre, del magnífico delirio de sus grandezas, adoba la mente convulsiva, múltiples desdoblamientos tienen lugar haciendo surgir en el escenario preparado, todo el amplio y variado elenco, que con frecuencia hallamos, en el mundo de los clubs, y en los partidos políticos. Esa prensa abigarrada de combate, es en estos tiempos, tribuna y refugio último del matoide, antesala del manicomio para el loco, cuando el *disimulador* ya cansado del disfraz y gastados sus frenos por el calor y las penurias del medio, tira la máscara y se arroja al agitado mar, tremolando en sus discursos sangrientos, el último girón de su escaso equilibrio cerebral.

Dentro del género semi-patológico ó *mi-*

toyano hay todavía otro tipo de disimulador más terrible aún.

Espíritu hosco que vive oculto tras la personalidad convencional de que hablaba al principio, y en quien un buen día rompénse los diques de la disciplina y se desborda en el asesinato ó en la simple agresión compensadora. Es un místico con cuya hebra se teje el asesino político. Preparado el espíritu por un clima propicio ó por naturales y secretas evoluciones de extraviadas doctrinas, que se guarda bien de exteriorizar, apodérase de su espíritu la obsesión del asesinato, que pronto comienza á prosperar.

Al estado normal, esa idea, que algunas veces surge de repente en la conciencia, es, como dice el maestro Morselli, ahogada por la serie de representaciones adversas, rechazada por los centros superiores que no pierden ni su control ni la influencia moderadora, sobre los centros inferiores. Pero en el organismo trabajado por una predisposición evidente, aunque contenida en razón misma del de-

fecto de equilibrio nativo, de la disociación de sus centros superiores y á causa de la disminución de las resistencias cerebrales, la idea obsesiente, la áspera espina del pensamiento fijo, crece y se espande como el fuego del incendio, porque nada la detiene en su voraz desarrollo. Bien pronto es bastante poderosa para aniquilar toda otra representación, para ocupar sola y sin rival el campo íntegro de la conciencia: las imágenes adversas se presentan, tratando de resistir la invasión... pero en vano. Una angustia extrema, algunas veces un profundo dolor moral, seguido de toda la serie de los fenómenos físicos de la emoción, se apodera del individuo y cede. La lucha se enardece, la obsesión aumenta, tanto más exigente, cuanto más viva es la resistencia. Agotado al fin, á *bout de forces,* corre como á una liberación á verificar el acto experimentando después un alivio, especie de relajación de todo el ser que produce la indefinible sensación de bienestar

tan conocida [1]. El deseo violento ha roto los frenos de la disciplina y el disimulador perece en la franca agresión que lo exterioriza tan rudamente.

Ese es el tipo del agresor por desequilibrio, del asesino neurótico, frontero de la locura, sin estar completamente dentro de ella, pero bebiendo en tan turbias fuentes la inspiración y el impulso irresistible, que lo empuja.

A esta larga familia pertenece el epiléptico y en general todos los anormales que obran por obsesión de ideas é impulsos morbosos. Monjes es su tipo, el campeón de la serie. Pasado el ataque, no parece que hubiera disposición á repetirse, sino vuelven las circunstancias á formar el medio ambiente moral que en 1888 colmó aquella *botella de Leyden* que según Van der Kolck, es menester cargar dentro del bulbo raquidio, para que se produzca el impulso homicida ó convulsivo. Los que no conocen la fisiología patoló-

---

(1) Véase Magnan, Clinique des maladies mentales, pág. 43.

gica de estas fieras indomesticables, creen que cultivándolas de cerca y pasándoles las manos por el lomo son suceptibles de amansamientos. Error: nadie mejor que ellos disimulan la bestia que llevan dentro.

En el acceso repentino, no tiran sus manotones por odio ó noble pasión sectaria, que tal es el caráter de otro tipo que en el orden gerárquico viene después. Su zarpa ciega la pone en erección homicida un mecanismo cuyos movimientos no obedecen al centro motor del sentimiento fisiológico; se mueve y actúa casi como las vesículas defensivas de ciertos animales: por acción refleja y sin que participe la conciencia, puesto que el epiléptico pierde la memoria de su delirio y á veces, hasta se arrepiente sinceramente. Colmada la *botella* entran en acción violenta las células encargadas del brutal impulso, el brazo se arma, la fisonomía toma, su siniestro aspecto de mascára trágica y hiere; hiere, acompañando la acción con aquel gruñido, que no es grito ni sollozo, sino algo que

escapa á la clasificación de los sonidos humanos; algo cuyo recuerdo no olvida jamás el oído que lo haya percibido una vez. Hiere lo mismo á su padre ó á su tierno hijo, si él es el primero que se ha puesto bajo su brazo en el supremo momento de la crisis.

Hay naturalmente variedades que matizan el tipo con atenuaciones más ó menos acentuadas; el tono viene degradando el color desde el rojo sangre del epiléptico ciego, cuyo homicidio es un simple equivalente del ataque, hasta el que maneja sus pasiones y sentimientos reflejando sobre ellos la triste lumbre de su actividad comicial. Entre los dos, caben todos los ejemplares del asesino político, porque hasta en los menos acentuados, existe la levadura que el calor del ambiente moral desenvuelve con especial exhuberancia.

No es tanto la presencia de la víctima como las circunstancias del momento, las que en tan terrible disimulador como el *agresor larvado* de este género, determina la súbita impulsión.

Es menester que la solemnidad del acto solicite vivamente la tentación; que todo ese conjunto de agentes externos que hieren los sentidos y la imaginación fácilmente excitables, de tales temperamentos, sea el *amorce* del fulminante. La acción de sustraerlo al mundo de los vínculos y al terror de las responsabilidades para echarlo en el vértigo, se hace eficazmente por la acción de ese culto externo de las grandes fiestas públicas. Los acordes solemnes del himno patrio, por ejemplo, sonando en el momento en que los clarines lanzan en notas graves el toque de *atención*, el movimiento acompasado de las armas, el brillo de las bayonetas, y sobre todo, la solemne espectativa en que las miradas se concentran curiosas sobre un solo hombre, á través de un prestigio lleno de sortilegios para el fronterizo, todo eso, despierta é incita la animalidad del instinto homicida, que parece relinchar de placer al sentir sobre el olfato susceptible, el olor capitoso que le produce la alucinación de la sangre. La mano tiembla, sua-

vemente sacudida por la emoción que baja de los nervios en hilos fulgurantes, el labio se mueve como en una musitación placentera y todo el ser entra en una inesperada vitalidad, y se agita como el caballo de raza que siente correr á su costado. El acto se consuma entonces, echando el delincuente su vida entera en el acceso.

Al lado suyo hay otro *disimulador,* que llega al asesinato por una serie de operaciones intelectuales tranquilas, de raciocinios fríos y hasta me atrevería á decir, linfáticos. No hay propiamente obsesión enfermiza, sino convencimiento frío; parece el resultado de un lento proceso geométrico en el que se caminára por fórmulas y deducciones, derecho á ese resultado; pero sin impulsos ni violentos apasionamientos. El problema se resuelve como los del álgebra común: los términos de la ecuación se van desenvolviendo en el desnudo desfile de signos y números hacia un resultado infalible.

Ese es el *fanático razonador,* de temperamento incoloro, de aspecto seco, de

muda é inconmovible fisonomía. Es el más terrible de los disimuladores. Si no es hoy, —se dice—será mañana; ¿no podrá ser mañana? será entonces pasado, dentro de cuatro días, dentro de diez, de cincuenta, pero será! La *x* de su problema está encontrada sin apresuramientos ni imprudentes precipitaciones. Ni el sol, ni la variable temperatura, ni la emoción ó el dolor, ni el medio moral ambiente ó la alteración de circunstancias de cierto orden, que en otro puede cambiar ó desviar el impulso, alteran una tilde su estructura. Marcha como la fatalidad antigua, arrastrada por prevista corriente hacia su fija derivación. Ese no lucha, porque nadie resiste internamente. Su cerebro está de antemano preparado para semejante trabajo: es un aparato cuyas ruedas y engranajes tienen en su movimiento la inconsciente rutina de todas las maquinarias. No procede poraccesos ni acusa repugnancias, ni fobias, ni abulias que perturben el reposado andar del raciocinio. Llegada la oportunidad ha terminado el período de disimulo y produce la crisis.

Para demostrar toda la fuerza defensiva que tiene la voluntad en esta función mental de la disimulación, había que recurrir á la patología, porque el instrumento de la enfermedad penetrando tan hondamente en el misterioso funcionamiento de la vida cerebral disipa, hasta donde es posible, las sombras que habitualmente envuelve á la patogenia de sus claudicaciones. Como decía Claudio Bernard, y es ya viejo su axioma á fuerza de ser tan conocido, la enfermedad llega á ser un sutil escalpelo de análisis, y en experimentos por otro medio inaccesibles presenta al observador, la ocasión de ver lo que la misma fisiología no le permite.

La simulación es el recurso de la impotencia, la disimulación es á menudo, la táctica del talento y de las energías de la voluntad. Pero debo recordar que un factor generalmente inesperado complica, á veces, el problema propuesto á la observación. Los mismos simuladores pueden llegar á imitar este disimulo por medio del cual producen cierta sensación de modestia travie-

sa, de discreción intencionada, con el fin de hacer creer que ocultan fuerzas cuya magnitud y trascendencia el ojo profano tiende á magnificar. Así como hay quien simule el talento para vivir y triunfar en la lucha por la vida, así también hay quien con el mismo fin, lo disimula; de manera que frente al grupo numeroso de los simuladores está el de los disimuladores.

La disimulación es una función tan defensiva como la otra que le hace *pendant*. Difieren ambas en que aquélla tiene un carácter de mayor pasividad y es menos dramática en sus procedimientos. Y sin embargo es más difícil *disimular*, que *simular*, porque el disimulo que no tiene el poder sugerente de la mímica y del ruido, se presta más fácilmente al análisis y al examen de la curiosidad que á menudo fracasa frente á la deslumbrante movilidad de ésta. La impenetrable quietud del disimulador ofrece un procedimiento menos rico de recursos y de engaños que la inquieta variabilidad del simulador.

En el reducido despliegue de sus aptitu-

des defensivas, aquél, se limita generalmente á *achicarse*, á reducir la superficie de agresión para ofrecer menos flancos al ataque y pasar más fácilmente desapercibido. Posee un dominio genial sobre las funciones de relación, la fisonomía y la emotividad, de manera que ningún agente de perturbación sensitiva pueda tomar de sorpresa á la más inquieta fibra muscular ó al más humilde de los cilindros nerviosos que conduce impresión ó movimiento. La oclusión completa de todos los canales de exteriorización para que todas las funciones circulatorias de la sensación se hagan debajo de la superficie tegumentaria, constituye algunas de las tantas ruedas del aparato destinado á imitar la muerte y el silencio, la indiferencia y la insensibilidad más completa á los fines de ocultación provechosa.

El suave deslisamiento, la cautelosa reptación, es su habitual procedimiento de marcha: diríase que no pisa, al caminar, de tal manera pierde uno la noción del movimiento cuando se acerca á la pre-

sa. Otra virtud suya, y también fecunda por cierto, es aquel *don de espera* que obliga todavía más su prudencia. Parece imposible que esa á modo de invernación de las ambiciones, cuya voracidad y violencia contrastan con su docilidad á la disciplina, sea un don matriz en estos caracteres que son todo fuerza y expansión. Años enteros duermen sus pasiones en el silencio de la muerte aparente en que la naturaleza sume á los animales de cierta especie, sin que siquiera el sueño en alta voz de las pesadillas, (y esas ambiciones suelen tenerlas más angustiosas que cualquier otro estado del cerebro) las traiciones en ningún momento de la vida.

La embriaguez que la proximidad del triunfo procura, no tienta jamás su locuocidad; más bien paraliza la lengua que como tirada de adentro por fuerzas superiores se resiste á funcionar: la garganta pierde las aptitudes de instrumento de fonación y el grito que expresa la sorpresa de las satisfacciones inesperadas, se apaga en las primeras tentativas. La cara siempre

igual parece haber cortado con el alma todas sus comunicaciones habituales, dejándole para animarla y dar á la fisonomía cierta expresión de vida, el último pensamiento, la postrer que emoción ha quedado como rastro de su pasada espontaneidad.

Este es el tipo del disimulador fisiológico, especialmente de aquel disimulador político trascendental que ya ha desaparecido de la escena argentina, dejando dos ó tres ejemplos históricos que analizaré después.

Hay otro género de disimulador que constituye un raro ejemplo de abnegación y de ignorado desprendimiento.

Hace gala de algo así como del *vicio* de la maternidad; y digo vicio, porque su productividad tiene mucho de inconsciente al engendrar los hijos y no amarlos, echándolos á la inclusa del anónimo apenas conformados. Bellísimos hijos, muchas veces, entregados á la infecundidad cerebral, que paga los gastos del hermoso puerperio y el placer antipático de titularse padre, aunque postizo. Es un obrero de pre-

ñeces artificiales, las cuales permiten á la esterilidad, proporcionarse los lujos de una rumbosa maternidad simulada. Muchos de ellos pasan noches enteras en vilo, cincelando verdaderos cofres de orfebrería, forjados en el silencio, tal vez entre un largo dolor y un fugaz goce, que luego entregan á la desvergüenza de cualquier simulador, cuya firma se ve al pie, como el rastro de la pata del asno sobre la delicada tapicería de un templo. Hay indudablemente en estos padres, desnaturalizados á su manera y que abandonan así los hijos más bellos, algo de grandiosa resignación que levanta su carácter. Muchos, no tienen conciencia de su grandeza, ó porque la ignoran realmente ó porque el gozo de las apremiantes necesidades satisfechas, la mata con el hambre. Siente el aplauso y la gloria de su propia obra cernirse sobre la frente ajena y sonríen despreciativamente ó con augusta resignación se sienten amados en el cuerpo de otro. La historia de Cyrano se reproduce al infinito en la vida social y política, es-

pecialmente de estos pueblos. La antigua estirpe del caudillo político ha hecho toda la gestión de su poderosa influencia, con este instrumento cuya presencia todavía obscurece el juicio definitivo de la historia, con su acción perturbadora. Cada caudillo tenía detrás, con nombres más ó menos pintorescos, un *disimulador* que le fabricaba constituciones y teorías, rellenando la escueta figura de muchos de ellos, con el aserrín de esta literatura que tanta sangre cuesta á la República. Con el nombre de Ministro general ó Secretario, Artigas tenía á Larrañaga, López á Cullen, Quiroga á don Justo Ortiz, etc., y sería curioso averiguar qué parte les toca á todos ellos en el inconsciente apostolado del *federalismo*, por el que combatieron con tanta barbarie como ignorancia de sus más elementales lineamientos.

Porque un bello talento rebosante de originalidad y con ese vigor maternal de buena ley, es en el consejo y en el procedimiento literario y político, toda una *trouvaille;* tanto más útil cuanto mayores sean

sus dotes de disimulo obligado ó la timidez que impone esa obscuridad, como el mejor medio de vida. Roto, por las necesidades de la vida, el pomo precioso que guardaba las ilusiones y las esperanzas de la ambición, ese perfume moral que trasciende, ha perdido su penetrante estímulo y el hombre se abandona, postrado por la fatiga, al anónimo cómodo y vegetativo que lo sostiene con cierta beata amplitud física.

En la numerosa legión están aquellos colaboradores accidental ó permanentemente desconocidos, que creen necesitar del disimulo y de la ocultación de sus aptitudes para no irritar la soberbia altivez del genio ó la voluntad á cuyo servicio se consagran; ó sinó para ensayar las fuerzas bajo su sombra, hacer el noviciado intelectual bajo tutela tan provechosa, probando y vigorizando las alas que después han de servirle para elevarse á las definitivas alturas.

Buffon era, sin duda, un sabio y gran escritor; pero muchas de las brillantes pági-

nas de su obra no son suyas, aunque su memoria siga usufructuando la gloria que sobre ella reflejan los modestos disimuladores que tenía detrás. Los primeros tomos de los *Pájaros* son de Guenau de Montbéliard y del modestísimo y genial Bexon; algunos de sus capítulos más célebres pertenecen casi en su totalidad al «humble chanoine de la Sainte Chapelle». El *pájaro-mosca,* la *fauvette* y sobre todo ese precioso Cisne «le bel article du signe» como decía el mismo Buffon, son de su cosecha así como el no menos admirable *albatros* que la lucidísima concisión del gran naturalista redujo á cinco líneas maravillosas de transparencia y vivacidad. (1)

Detrás del disimulador hay siempre una fuerza, detrás del simulador un vacío; de modo que en puridad de verdad ambos serían simuladores, al fin, porque producen la sensación de lo que en realidad no existe: el talento y las virtudes de la voluntad en uno, la pobreza mental y la torpe vacuidad en el otro.

(1) Flourence, *Les manuscrits de Buffon.*

En la historia del Río de la Plata el procedimiento de los grandes ambiciosos políticos ha sido el de los primeros. Y al hablar de la ambición y de la fuerza de voluntad, la figura que inmediatamente me viene á la memoria es la de D. Martín de Alzaga; aquella soberbia personificación del antiguo orgullo español, cuyo disimulo fué tal, que hasta ahora sabemos con exactitud cuál era el verdadero objetivo de su tenebrosa ambición. Y que la tuvo, colosal, no le cabrá ápice de duda á aquel que con la ayuda de las escasas luces que proporciona la historia, haya conocido la figura del interesante caudillo de 1806.

Detrás de ese comerciante con la grave apostura del prevoste, había sin duda alguna, un político tendencioso y pertinaz á la manera que lo concebía el rígido criterio de la España *filipina* y *termidoriana* de la época. En los secretos de sus gavetas impenetrables como su fisonomía, dícese, que se hallaban confundidos, los papeles comerciales, las cuentas de su es-

crupulosa contaduría, con proyectos y cartas íntimas, en que todo un plan de restauración, y tal vez de propia coronación, traían constantemente agitado aquel cráneo de tan fuertes ataduras musculares. Su aspecto fué siempre el mismo: de bronce insondable hasta por el color de su tez. Antojábasele á uno la imagen misma de la discreción y del disimulo: la mirada firme y penetrante parecía defenderse de equívocas escrutaciones, la frente siempre arrugada y opaca y bajo la calota circulando subterráneamente mil sueños de grandiosas visiones, amarrados, como los gigantes de piedra del poeta, á la vigorosa disciplina que imponía tanta disimulación.

Que algo grande buscaba para sí, ese *gallego* taciturno que desde el primer día que pisó el viejo edificio del Cabildo fué un ejemplo de misteriosa espectativa, nadie lo pone en duda. Lo difícil es decir que, pues ni el suplicio ni la remota esperanza del perdón, logró abrir á la curiosidad aquella alma que llevó consigo todo el bravío volcanismo de sus pasiones

y rencores sin exteriorizarlos jamás. Todavía cuando la ambición espera con éxito, me explico tan augusto silencio, pero cuando después de muchos años de prudente espectación desemboca en un patíbulo, y aun así y todo, persiste el disimulo sellando el labio para el natural estallido del despecho, es menester tener, en vez de voluntad, una hoja de sable del más puro acero, insensible á todos los agentes morales que mueven las cosas en el humano tráfago.

Lo curioso es que entre estos nuestros grandes disimuladores políticos hay ciertas analogías de procedimiento que asimila su aparición y desarrollo á una verdadera evolución mental; parecería que cada uno de ellos representára las distintas fases de un tipo peculiar de ambicioso que resultara de influencias locales y sociales esencialmente americanas. Porque desde Irala, que es el primero, hasta Urquiza que es el último, tienen todos hasta en el lenguaje empleado, una literatura que acusaría imitación ó herencia, si no

supiéramos que ni lo uno ni lo otro ha podido existir. Irala que es brutal y selvático, disimula sin embargo, exactamente como Alzaga que es un ejemplo de cultura y socialidad. Éstos como los otros tienen un sabor realmente criollo en su manera de disimular que los aleja completamente de otros tipos de disimuladores. Las renuncias del poder y de los honores que les brinda el servilismo ó el entusiasmo de sus secuaces, se parecen como dos gotas de agua y Rosas, que poca historia conocía, clasificaba á sus enemigos con vocablos y excesos verbales tomados al diccionario peculiarísimo que usaran aquellos para lapidar á los suyos.

No cabe en el orgullo de cada uno de ellos, la imitación que es signo de debilidad, ni es verosímil que se conocieran tanto, dado el prolijo estudio que revelaría en el procedimiento, la presencia de un mismo detalle perfeccionado. Eran demasiado ignorantes para conocerse, demasiado soberbios para imitarse. Tan bárbaros como fueron parecían representar un tipo

evolutivo de energía local que la lógica cultura de otros tiempos y otras causas, ha desteñido hasta borrarlo, casi del todo. Otros usos y otras costumbres en vez de perfeccionarlo han muerto su originalidad; caudillos vulgares de los dolorosos tiempos los han caricaturado, á fuerza de imitarlos torpemente, armando con mano zurda el aparato, con las piezas dispersas que en la tradición habían dejado aquellos grandes disimuladores.

Entre los ejemplares de ese orden ninguno lo ha hecho mejor que Rosas, eximio en todo lo que fué disimulo y disciplina de la voluntad.

Modesto, al parecer, indiferente á las vanidades del poder hasta sus más pueriles formas, había que invocar el nombre de la patria y los sacrificios que á ella se le deben para que aceptara, siquiera el puesto de Alcalde en el apartado lugar de su residencia. Entre tanto rumiaba discretamente sus planes de cuya existencia é importancia sólo parecieron apercibirse cuando ya estaba encima y todo el mundo

metido dentro del círculo de hierro. La calma seráfica conque los ocultaba, le imprimían aquel aspecto de paisano bonachón y hasta ingenuo de que hacía gala tratando de sugerir la sensación de una pesada inteligencia. Vestía como un modesto vecino, afectando pobreza y humildad franciscanas; con todo el mundo hablaba respetuosamente y sin torpeza, se excedía en las distancias entre él y sus interlocutores. Como las aptitudes dramáticas que poseía eran grandes, la comedia se desenvolvía, en tan sencillo escenario, sin dificultades y los espectadores satisfechos, no sospecharon jamás que su credulidad y buena fe pudieran ser alguna vez traicionadas.

Cuentan los contemporáneos que le observaron de cerca, que allá por los años de mil ochocientos veinte ó veinte y dos, concurría á la tertulia nocturna del doctor don Vicente López y Planes; reunión selecta donde los hombres dirigentes de la época daban rienda suelta á sus elucubraciones político-sociales. Sentado extratégi-

camente en el lugar más obscuro y próximo á la puerta, como si quisiera imitar la previsión del bagual matrero que come en el corral ajeno cerca de la salida, observaba todo el movimiento con una atención sugeridora; no abría sus labios sino para hacer tímidamente alguna sutilísima pregunta que siempre escapaba á la penetración superficial de todos; no opinaba jamás ni manifestaba por nada imprudentes curiosidades; pero visiblemente se interesaba en el conocimiento de los hombres y de sus defectos, de su psicología moral con especialidad. Cuando se le interrogaba, respondía sin trepidar: *¿qué puede saber de estas cosas, mi señor don Vicente, un pobre gaucho como yo?* Y escondía la verdadera sensación de la cosa, el concepto justo que le había sugerido el cambio de ideas y que se lo guardaba en lo más hondo.

Mientras su oído atento tomaba las impresiones de la discusión general parecía entretenerse con los niños, hablándoles de *petizos* maravillosos, de corderitos y potrillos

amansados por sus manos, para regalarlos á los niños obedientes. La conversación se animaba en aquellas dulces intimidades, y el grupo directorial que allí concurría, entregábase sin ambajes á la crítica de los hombres y de los sucesos sin sospechar, que la placa fotográfica tan celosa, de la feliz memoria, recolectaba cuidadosamente toda la filosofía práctica que dejaba caer su verba luminosa.

Luego iba á otras reuniones, no sin anunciarse, golpeando tímidamente las puertas y pidiendo permiso con el consabido estribillo de uso corriente: *Ave María Purísima*, que daba tan viva la sensación de sumisa obediencia á que él parecía vivir tan gratamente sujeto en el místico hogar paterno.

La gente era entonces ingenua y se pagaba de estas cómicas apariencias de modestia; el *palurdo* fué un papel grato á la disimulación de los grandes ambiciosos, que se insinuaban con tanto éxito en la despreciativa pedantería de los políticos librescos y con todo, ingenuos de la época. Agre-

gábase á esto un modo de hablar particular también: tranquilo y con una voz monótona cuando quería darle unción falaz. Sus palabras eran siempre escasas y ambiguas, y su sentido dudoso traslucía la tenaz tendencia de siempre: pasar por un buen paisano honrado é inocentón, sobre todo en el momento en que tan sordamente trabajaba su exaltación. Ese estilo hacía más vivo el contraste entre tales apariencias y la punzante ironía con que repentinamente flajelaba con sangrientos trazos los defectos físicos de las mujeres de su antipatía ó las debilidades ocultas de sus cortesanos. Alguien, por entonces, llegó á decir que Rosas «era un gaucho candoroso y domesticable», lo que daba una idea del profundo convencimiento que había llevado á los espíritus con la comedia del santo horror á las cosas del poder.

Por este medio tan fácil para insinuarse sin inspirar sospechas, nunca perdió el contacto con su medio social, cuidando así de sugerir en todos los grupos importantes, esa impresión de bonhomia y sencillez,

la inocuidad de pensamientos y ambiciones con que disimulaba la verdadera índole y las fuerzas vigorosas de su carácter. Con el sentimiento de la propia belleza física y de sus efectos sugestivos, llegaba, en las terribles suertes de disimulo, hasta dejarse el rostro descuidado, la patilla abandonada, el pelo hirsuto, deformando así aquel admirable trozo de mármol pentélico que después habría de resurgir más hermoso sobre sus hombros apolinos.

Uno de sus instrumentos usuales de disimulo era la combinación del *impasible* y del *falso sensible*. Usándola con el habitual sentido de la oportunidad, sugería alternativamente aquellas dos personalidades ó modos de ser de la sensibilidad. Con la primera, operaba el aislamiento preservativo que lo sustraía á todo contacto, á toda agresión de la curiosidad, que cautelosamente quería insinuarse, para conocer su verdadero estado mental en presencia de hechos producidos. Pero las defensas eran impenetrables; todas las miradas y escrutaciones indiscretas se estrellaban contra

la helada serenidad de su rostro de hermosa esfinge. Impasibilidad de esfinge, en efecto, porque parecía distraído el cerebro de sus naturales influjos fisionómicos. Había adquirido un dominio tal sobre los nervios, que no parecía existir agente capaz de suscitar por sorpresa uno de aquellos súbitos movimientos reflejos de defensa, que son atributos elementales de la animalidad. Y, sin embargo, otro era el movimiento, otra la animación, cuando el *falso sensible* era llamado á actuar.

Encendíase el rostro, con la animada ebullición de la vitalidad, como si el alma, bajando por el nervio palpitante de neurilidad, despertara bruscamente al músculo dormido en sus actitudes de inercia; cálidos rayos de luz brotaban de los ojos de celestial satanismo y otro Rosas entraba á actuar; la vida, precipitándose de pronto en la mortecina nutrición, animaba con mágica espontaneidad aquello que era antes un cadáver ó una piedra impenetrable á los influjos de la emoción. Así, con esa alternatividad sen-

sitiva, combinando ambas personalidades, fué que hizo su juego de disimulador hasta que las exigencias del poder reclamaron la creación de otros diafragmas tras los cuales ocultaba los secretos procedimientos.

La fuerza moral de Urquiza, después de Caseros, está también en el discreto y genial empleo de las mismas artes de inhibición pasional; en esa vigorosa disimulación del antiguo caudillo á la vieja usanza rosina.

De la lucha de la moderna con la vieja estructura, es que nace el libertador y el organizador de la nación. Las dos parecen equilibrarse bajo el imperio de la voluntad, prestando la vieja á la nueva personalidad que resulta, el calor y la te nacidad bravía del vencedor de *Vences* y *Pago Largo*. Circulando en nuevos cauces pareció dar vigores inusitados á la voluntad que impuso la relativa templanza de sus determinaciones posteriores, la convencida tolerancia por los hechos consumados que en tan críticas y solemnes cir-

cunstancias, fué la más fecunda inspiración de su instinto político.

En la conservación de esta disciplina moral está su gran peculiaridad psicológica, porque dominada la bestia, por tan férrea inhibición, el gran pensamiento de la nacionalidad pudo libremente tomar su sereno vuelo. Si Urquiza hubiera continuado siendo el bárbaro de *India Muerta* con aquellas expansiones ruidosas y sangrientas que la crónica atribuye á su temibilidad, hubiera concitado las pasiones de todos en vez de calmarlas, desencadenado contra el pensamiento que lo inspiraba, todos los violentos enconos ya sometidos y que antes habían llenado de sangre y de pólvora el territorio entero de la República. Para ver y sentir estas cosas se necesitaba tener en la mente, lo que él tuvo: algo más que la vulgar aptitud visual del común de los hombres. Es pues en esa transformación moral que él ocultó cuidadosamente y que trabajaba su espíritu mucho tiempo antes del tratado de Alcaraz, que está su indudable grandeza.

Lo que hay de admirable es el domador de su propia fiera. La templanza del nuevo tipo de hombre principia por desarmar el peligroso poder de Oribe que tenía á su frente. En vez de ahogarlo en un río de sangre, como tal vez le aconsejara el antiguo caudillo, le concede casi amablemente, diríamos así, una capitulación honrosa. Va más lejos todavía: le reconoce sus servicios como prestados á la nación Oriental del Uruguay y declara que la resistencia á la intervención anglo-francesa fué con la idea de defender su independencia y por fin, que eran legales todos los actos gubernativos y judiciales ejercidos en el territorio que habían ocupado sus armas (1). Deshecho aquel nido de escorpiones que á no ser el hábil procedimiento usado pudo haber sido un gran peligro para el tranquilo desenvolvimiento de sus planes, repasó el Uruguay dirigiéndose rectamente á Buenos Aires, que era su gran objetivo final. La lógica evolución del pensamiento

(1) Zinny, *Historia de los Gobernadores*, tomo 2°, pág. 493.

de la organización nacional, hace tan fecunda aquella ecuánime tolerancia que toma proporciones transcendentales y fija el carácter de su transformación psicológica, cuando después llega hasta entregar la dirección de su espíritu y las riendas del gobierno al talento, á la ilustración y al patriotismo de sus enemigos de la víspera; cuando su segunda persona en el gobierno del país es el antiguo Jefe de Estado Mayor del General Lavalle y los espíritus de su predilección y consejo, los secretarios del implacable unitario: Pedernera, del Carril, Gutiérrez, Alberdi, Vicente Fidel López, etc., etc.

¿Por qué usa la divisa colorada al pisar las calles de Buenos Aires?

Porque para la ciudad rosina, ese símbolo de sangre y de locos entusiasmos, es el símbolo de tolerancia en el sombrero del vencedor; porque esa masa considerable de habitantes que ha entregado al vencido su dinero y su sangre durante veinte años, temía represalias y soñaba con venganzas. Fué la misa de Enrique IV que conquistó á

París; aunque en este caso á medias según revelaron después los sucesos. Tranquilizados, por el momento, de tan sencilla manera, esa misma tolerancia los incorpora á la labor de la organización sin desconfianzas ni cavilaciones. Después de Cepeda y disponiendo de un ejército poderoso frente á Buenos Aires desarmado, el poder de su voluntad es tan grande que sus ímpetus bravíos del primitivo caudillo, tan bien disimulados, permanecen quietos y sometidos, como antes habían permanecido, en presencia de la revolución del 11 de Septiembre y de las correrías de sus tenientes, que sitían varias veces á Buenos Aires. Frente á todos estos hechos de provocación, ¡cuántas veces la antigua fiera no habrá rugido dentro de la jaula, irritados los sentidos por la proximidad de la víctima, tan fácil era la presa en el momento en que el poder de su prestigio parecía incontrastable! Bajo las sombras del poncho, la mano tomaría aptitudes y crispaciones de garra, como significando que la otra alma, aun conservaba sus antiguos ím-

petus de rebelión. Pero el ejercicio continuo de la voluntad tenía creado hábitos de servidumbre para el instinto rebelde, y forjado con facultades inhibitorias tan grandes un instrumento de disciplina que acabó por domesticarlo. Su disimulo cubría bajo el silencioso aspecto de una inerte indiferencia, el delirio de las antiguas furias bramando á su oído himnos de venganza.

Estos tipo-ejemplos de energía nativa necesitan, sin duda alguna, para ser eficaces, tener así el alma amasada con todos esos gérmenes de animalidad; y constituyen un bello ejemplar del *disimulador de la energía*.

Para completar sus formas definitivas, el carácter precisa movilizar y combinar tan diversas fuerzas, pero no destruirlas, porque son limo poderoso de rica vida cuando encauzado el furioso torrente dentro del manso río, convierte los arenales estériles en verdes praderas. En ese misterioso laboratorio más que en la retorta del antiguo alquimista, el vil detritus suele cambiarse en preciosa piedra,

por la acción vivificante de la luz que un gran pensamiento fulmina. La más humilde franja del *espectro* muestra al espíritu todo el prodigio de transformaciones que la naturaleza opera en los cuerpos de más opaca contextura. Son estas organizaciones desbordantes de brutalidad y de violencia, las que suelen poseer el instrumento adecuado para la realización de uno de estos grandes pensamientos. Que alguna vez lo empleen en la esteril y sensual barbarie de un despotismo sangriento ó que lo dediquen á la fecundación de una idea, la fuerza es la misma: luz, electricidad ó movimiento, todo es cuestión de transformaciones. Ha tiempo que se nos repite que la fuerza que parte fulgurante la cúpula de un templo es la misma que alumbra la tranquila meditación del sabio y que calma la inclemencia de su helado ambiente. Basta un momento propicio para que se abra el seno y entre la luz á convertir los insectos rastreros en aladas luciérnagas. La realización de una idea, como la que llevó á cabo Urquiza, está

constituída por la sucesión de una serie de actos transcendentales que pueden no corresponder á una vida minuciosamente irreprochable. Los que como él la llevan á su fin, tienen sin duda, mayor utilidad social y política que los que se entregan al culto de la pureza individual y de la rectitud completa de la conducta dentro de una vida noble, sí, pero colectivamente estéril.

La característica psicológica y moral de aquellos hombres es la aptitud para combinar en el conjunto de una gran obra todos esos elementos vigorosos de vida y de acción antes dispersos y disimulados en la inútil perpetración de una delincuencia vulgar. Cuando viene el momento la inspiración y la voluntad los reune como la lente poderosa los rayos difusos en un solo foco, y el haz de luz brota copioso y deslumbrante iluminando inesperadamente la profunda obscuridad. Estos espíritus son esencialmente sintéticos; en la obra moral miran el conjunto y van derecho á él despreciando los detalles. No

examinan sino el tiempo justo y necesario para tomar una decisión cuyos detalles no ven ni comprenderían y á cuyo conjunto sólo son sensibles, porque el análisis retiene la espontaneidad del impulso en la difusa preocupación de las pequeñeces.

De mi sé decir que me producen un sentimiento mayor de belleza y de grandiosidad, de extraña y peculiar belleza, si se quiere, que esos debonarios dulces y amables á la manera de Belgrano y del mismo Washington, de virtudes tan amables pero monótonas. Tienen éstos un sabor agradable, de dulce casero, pero común. Uno los quiere y los adora con aquel tierno respeto con que ama á las tías viejas y venerables que han hecho tan grata la infancia feliz. Pero son de una simplicidad tan exangüe con sus aperogrulladas máximas morales pasadas á Ollendorff y á Silabario, y del corte infantil de: *haz bien y no mires á quien* que veíamos fijada en los muros de la escuela, que uno se siente tentado de invertirlas diciendo:

haz todo el mal que quieras si como Pedro el Grande has de hacer, al fin, la Rusia moderna ó como Urquiza la nacionalidad Argentina.

Es indudable que la emoción superior se siente más vivamente tocada, al contacto de aquella grandeza medio demoníaca ó demoníaca del todo, que mana sangre por los poros, que despide rayos por los ojos y que sugiere á la sensibilidad una sensación de contraste y de desproporcionada magnitud hasta en el sentido material de extensión y de volumen. Ese sentimiento de la belleza no está en relación con la moralidad de un hecho. La sensación de magnificencia, la noción de esta belleza exótica, viene más facilmente al espíritu viendo una enorme y devastadora tormenta en medio de la llanura desolada, que en presencia de un médico que tiene salvados cientos de niños ó de un frasco de quinina que cura las fiebres y alivia los dolores de las neuralgias.

Voltear á Rosas y disimular la tentación de sustituirle es grande y bella obra, tan

grande y bella cuanto más brama y delira la ambición en el pecho; es el más hermoso ejemplo de voluntad que puede realizar el carácter.

CAPÍTULO IV

LOS AUXILIARES DE LA SIMULACIÓN

No es tan sencillo como parece á primera vista, este arte de simular los talentos y las virtudes. Sus apariencias dan, en efecto, cierta sensación de sencillez, pero la verdad es, que apenas uno ahonda el análisis se encuentra con que multitud de factores inesperados lo complican.

La simulación, que es un derivado social del arte dramático: la comedia á domicilio y en la plaza pública, no pasa, en la mayoría de los casos, de un entremés bien vivido, en el cual el simulador es sólo protaganista ó *estrella* de una compañía, que opera en la penumbra, bien prove-

chosa por cierto, cuando fines políticos y económicos determinan su acción. Y no hay que repetirlo, porque bastante sabido lo tenemos: en los tiempos modernos, en que la penetrante filosofía de Brooks Adams, de Thorold Rogers y de Loria lo han puesto de manifiesto en páginas, tal vez, inmortales, el factor financiero, vale decir, las necesidades animales de la alimentación, constituye el determinante trascendental de las acciones humanas, individuales y colectivas. En tal caso, pasa lo contrario de lo que sucede con respecto á la ambición pura y desinteresada de la gran personalidad, que á los efectos de su expansión política, crea un grupo de auxiliares de los que usa y abusa, según la amplitud de sus necesidades y el grado de resignación de las partes. En aquel suele resultar usufructuado el simulador, á la vez que es usufructuario, porque naturalmente él no trabaja *de balde* y el provecho final, que es grande y abundante, se reparte con cierta equidad leonina, tocándole á las veces, acciones preferidas en dinero y posi-

ciones que suelen montar á sumas colosales.

Á menudo *los auxiliares* son numerosos en sus abigarradas variedades; pero eso sí, siempre eficaces cuando se tienen presente las leyes invariables de la adaptación funcional. Bueno es decir que entre el disimulador resignado de que habla el Capítulo III, que entrega gustoso todas sus fuerzas morales, y su vida tal vez, á la expansión de otra personalidad y estos auxiliares existe una distancia que no se salva fácilmente, porque hay visible antagonismo de estructura. Aquél, sólo busca el reposo moderado pero sin ambiciones trascendentales; éste, más que otra cosa, es un espíritu aventurero de empresario político, un cateador de la fortuna fácil, de *la plata* á rodos, pero sin dejar de ser al mismo tiempo que un colaborador, un comanditario.

Nada daría una idea más exacta de lo que son, como el conocimiento de los que en el delito y el vicio desempeñan igual ó parecido trabajo; agentes industriales que

la multiforme delincuencia busca para la consecución de sus fines. Representan por su función y papel social tan ignorado como singular, algo así como la envoltura de revestimiento, la *atmósfera vital,* según Veyga, que los ha estudiado con profunda visión. Cuando rodean al delito y al vicio aseguran su mutua existencia por los elementos de actividad que aportan, protegidos como están por los intereses recíprocos que los vinculan entre sí y los defienden contra las fuerzas hostiles cuya tendencia es su eliminación.

En la vida humana estos elementos tienen cada uno su aplicación prevista en cada delito, su papel en cada manifestación del vicio proteiforme; todos poseen los suyos que se mezclan los unos á los otros prestándose mutuo y eficaz apoyo y formando como un vasto tejido esparcido en el conjunto de la masa social. Explotando y estimulando el alcoholismo se encuentra al *despachante de bebidas,* que forma todo un grupo complejo y que comprende, desde el *pulpero* hasta el *director de café*

concierto, y el *destilador de licores*, que como la vieja bruja de aldea prepara el tóxigo que ha de atormentar después la mente frágil é invitar al crimen con sus estimulaciones violentas y desorganizadoras.

Encubriendo y favoreciendo el robo, se ve al *entregador*, especie de intermediario estudioso y prudente, todo un creador que en el secreto de su cobacha, prepara los robos, confecciona el dispositivo y los vende al profesional, sin tomar otra parte que la que le corresponde por su invento, muchas veces genial; al *bolichero* de cierto orden que compra y negocia los objetos provenientes del robo, encubre y desorienta la pesquisa, busca al testigo; y si posible es, saca de apuros al empleado de escaso sueldo, al novio y la cortesana, como al ladrón sin trabajo. Detrás y en pintoresca procesión, al *encubridor* la *proxeneta*, de trajes singulares y ambiciosos, á la *adivina* y á la *directora de casino*, cuyas funciones fecundas de auxiliar, llenarían muchas páginas si me pusiera á describirlas, siquiera brevemente. Sujetos todos ellos que cedien-

do á la provocación del vicio y del delito se convierten en protectores suyos y luego en explotadores, aunque prestan su ayuda con una relativa complicidad, no la dan sino en vista de un interés personal limitado por el peligro, y sin entrar como ejecutores ni cómplices directos. Extraen el provecho y se retiran prudentemente una vez que sienten pasos. Como vulgarmente decimos *sacan la brasa por mano ajena*. En realidad, no son ni criminales ni viciosos; no se puede decir que el pulpero y el licorista sean ebrios, aunque á las veces por necesidades del oficio tengan que beber con sospechosa frecuencia y hacerse «falsos beodos» como instrumento de estímulo á la clientela predispuesta y verbosa que necesita asociarse, con no importa quien, para beber; tal como pasa con muchos otros auxiliares de la delincuencia y del vicio, que lo rozan sin caer en él, más por negocio que por verdadera repugnancia y moralidad.

Como los *auxiliares de la simulación* todos representan una estructura peculiar de la sociedad moderna. Incluída en el grupo

de la de los industriales del género exótico y necesariamente de cierta condición moral que les permite articularse con el delito y explotarlo, haciendo uso de aptitudes creadas por las apremiantes necesidades de la vida y la relativa escasez de medios para satisfacerla. Forma aberrante del trabajo, como la del mendigo ó la adivina, sin instintos criminales, con todo, pero con una disponibilidad que sólo ellos poseen para practicarlo con aquella falta de escrúpulos que asegura el éxito de su actividad industriosa. Por eso y con cierta sinceridad, llaman *trabajar* al ejercicio de este oficio de tan subterránea y nociva existencia. [1]

Un simulador, es á menudo protagonista simplemente. Su ambiente é instrumentos humanos, volveré á decirlo, fórmanlo una legión de colaboradores que, como en el vicio y la delincuencia, concurren á su éxito, pero que con frecuencia lo toman como medio de vida y á la vez instrumento de

---

(1) Veyga, *Archivos de psiquiátria*, Mayo y Junio de 1904.

otros intereses. Individuos á quienes las circunstancias ó la poca suerte no ha dado medios, capacidad social, ponderación política para ejercer la simulación y se resignan al papel de auxiliar. Agentes inanimados, algunos de ellos, de que hecha mano el simulador para constituir su arsenal de los dispositivos que han de hacer la gestión de su negocio. Agentes inanimados, pero con cierta vida tan trascendental como la que nos salta á los sentidos á cada momento: la *prensa* y sus derivados, *el periódico ilustrado, la caricatura, el retrato* y *la fotografía* con sus recursos vivientes y andariegos del cinematógrafo; en el cual la solemnidad y las actitudes silenciosas permiten pasear, sin peligros, la gran personalidad por la retina absorbente del populacho. Como es sabido, nada hay más eficaz, que el periodista amigo ó asalariado, y como auxiliar, sólo es comparable á la locomotora en cuanto se devora el tiempo y el espacio en la brevedad vertiginosa de su marcha; y su lámpara de proyecciones lo agiganta todo al

pasar por el objetivo que transforma el insecto en megaterio. El *sugeridor de la treta,* el *amigo vivaracho,* el *empresario de los grandes negocios,* la *familia* y la *propia mujer* y hasta el caballo que triunfa en la veloz carrera y el toro gordinflón y la vaca fecunda premiada y aplaudida en el torneo pastoril, son todos, del mismo modo *auxiliares* que concurren, cada uno con su grano de oro, á la singular exposición de la hechiza personalidad. La sensación de la riqueza, sugerida por el sagaz artificio y que es crédito para el comerciante en actividad, tiene sus fautores y auxiliares en la fortuna *de aire,* con la cual, por medio de un sencillo sueldo se despliegan cuadros y colores que sugieren aquella gordura pecuniaria que da tanta consideración social y hasta afectos verdaderos.

La publicidad es, en nuestra sociedad, *auditiva* y *visual* por excelencia, el medio más eficaz de engaño y sugestión. No hay espíritu que resista esta diaria presentación de una misma imagen á los sentidos; tiene que experimentar un vivo trabajo de asi-

milación involuntaria que sugiere ideas y sentimientos de que no es posible defenderse, sea cualquiera la fuerza de reacción del cerebro. El periódico que llama todos los días, *distinguido* á un individuo mediocre, elocuente ó talentoso á un indigente, acaba por crear en el cerebro de sus lectores, una vaga idea de distinción y de fuerza; su espíritu se deja inocular formas y esquemas que luego van fijándose y prosperando hasta adquirir el bulto y la vida.

La forma popular de sugestión que encierra el *«chocolate Perau es el mejor de los chocolates»* aparece como un resumen de ese procedimiento espeditivo, cuyo similar, entre nosotros, fué el conocido grito de *¡mueran los salvajes asquerosos unitarios!* repetido durante quince años en todos los tonos y colores de que pudo hechar mano el sectarismo bravío con genial intuición de instinto psicológico. La idea de valor moral se adquiere así por la correlativa de número y de volumen material y el sentimiento del mérito, nace en la conciencia

dócil del lector educado y sometido, por la asimilación de sustantivos calificativos y de superlativos, que como en la imaginación de los locos, llevan á la mente la sensación de los hechos y de las cosas sin necesidad que existan. Beben en copas de festines de comedia y trinchan el ave de cartón, experimentando, sin embargo, la impresión beata del licor estimulante y la temperatura de la reciente cocción. No hay duda que se necesita cierto vigor de voluntad que es lástima se gaste, en la pueril gestión, para seguir el itinerario desde el ignorado desván hasta la relativa notoriedad social ó política que al fin y á la postre constituye un mérito. Es un trabajo de hormiga, sin cuya constancia no podría llenar aquel programa de pequeños números, en que distribuye sus horas; desde la colocación de su tarjeta en el funeral ó en el entierro, para figurar «entre lo más distinguido que tiene la sociedad», la lista de abonados á la aristocrática temporada, hasta «el raro ejemplo de piedad digno de imitarse» del regalo de algún traje viejo den-

tro de abultado envase, á una sociedad de caridad; ó la imagen barata para algún templo en construcción, que al pasar por las columnas del periódico amigo transforma en millonario y filántropo al feliz donante á quien sólo la estrecha economía puede apenas permitirle comer. Es el pequeño ladrillo hueco cuya acumulación paciente levanta después lujosos edificios. Y luego ¡quién resiste á la imperiosa tiranía de la notoriedad *cari-caretesca* que sorprende á todo el mundo, que quiere dejarse sorprender, en las más variadas actitudes y momentos! Tomando el boleto, bajando del tren, subiendo la escalera de su casa, cortando el pan ó limpiándose los botines, ella encuentra medio de llevar la amable popularidad, á todos, los que por cualquier hecho pueril ó grave, quieran entrar por aquella puerta piadosa abierta, como las del templo del Señor, á todas las clases sociales y mentales.

El lector antiguo que ha pintado Jacques Mesnil, perteneció á una élite de buenos críticos populares. Era un hombre relati-

vamente instruído, serio, paciente, que leía menos que nosotros pero que pensaba más; el grave y tranquilo lector de otros tiempos que meditaba recostado en sus grandes infolios cuando era profesional, bajo la dulce luz de los interiores holandeses, ha desaparecido como otros tipos sociales, arrastrados por la corriente del periodismo moderno.

El lector capaz de leer una obra científica ó literaria de fondo, huye de las hojas impresas que encierran una enorme pérdida de tiempo y un instrumento nocivo de juicio en las cosas de la vida diaria. Juzga con sus propios sentidos, independientes de hipnotismos y abandona la muleta que ayuda á arrastrar penosamente el pensamiento del vulgo. El diario reduce de un modo extrordinario el radio de acción del espíritu, por eso es que triunfa á menudo. En la vida mental parece una pequeña máquina, diestramente montada que suple al cerebro en sus más nobles funciones. El lector que forma la masa de subscripción muéstrase por lo general,

poco exigente, impresionista, admirador del artificio sensacional del título; es también y sobre todo *un visual* que sólo pide la emoción fugaz, el sentimiento del día, sintetizado en el título rumboso que opera anticipadamente la sugestión en una danza de letras de molde. Sazonado con puntos de admiración y bastardillas elzevirianas, cuyos ojos brillan como las órbitas de la culebra, verifica captaciones irresistibles. No hay quien resista, entre la gente que cree á pie juntillo, en el apostolado de la prensa, aquel grito de alarma que fustiga al débil espíritu del buen burgués con sus serpentinas tipográficas.

En su vida de propaganda es pues á pura sugestión que opera la prensa. La obra de sugerir representaciones mentales con las que seguramente triunfa, le es relativamente fácil dada la docilidad de la ignorancia. Si las sensaciones del hambre y de la sed, los sentimientos generales de bienestar, nacen más fácilmente bajo la influencia de una simple representación mental, con mayor razón nacerán otros más subjetivos.

La sugestibilidad se hace extrema cuando nuestra convicción debe establecerse en dominios que nos son desconocidos, extraños. La ignorancia, dice Dubois, la facilita porque cualquiera que sea nuestra cultura no podemos escapar á ese defecto; siendo fragmentaria nuestra inteligencia, siempre ignoramos alguna cosa. La sugestibilidad humana es tan grande que interviene en todos los actos de la vida, «colora de los más variados tintes nuestras sensaciones, extravía el juicio y crea las continuas ilusiones contra las cuales tanto trabajo nos cuesta defendernos, aun disponiendo de todas las fuerzas de la razón».

Y téngase esto presente: es un error creer que sólo en el sueño hipnótico se sugiere. Todo eso ya ha desaparecido. Por las vías tortuosas de la insinuación, aquel famoso *suggestor* de Krause, lo demostró ampliamente en sus curiosas excursiones á través de la Suiza y de la Alemania. El lector nuestro sobre todo, de procedencia espiritual tan débil y cretinoídea se halla siempre y con respecto al diario, en las condiciones de

aquel tímido paisano sujeto de una experiencia, que en presencia de Dubois y sus ayudantes, perdía todo su aplomo. Sus afirmaciones tomábalas como evangélicas, tan lejos estaba de creer que pudieran sugerirle extravagancias. Dijéronle que estaba paralítico y su brazo sano y robusto cayó inerte. No podía sino admitir lo que *aquellos sabios* le decían. El error era absurdo, pero inevitable en las condiciones psicológicas de la experiencia. La credulidad fué en este caso, como en el nuestro, el fruto de una ignorancia y de una emotividad inferior. En la hipnosis periodística la disposición del espíritu es para creerlo todo; hace retroceder al lector espantado ante un león imaginario, muestra la mancha de sangre palpitante, el estigma de la vergüenza donde no hay sino aire ó espacio vacío, llantos y carcajadas que mezclan el dolor al ridículo donde sólo reina el silencio. Primoroso instrumento aquel que sin necesitar de la hipnosis obtiene tan pasiva obediencia. Ella, como los sugeridores ambulantes demuestra claramente la pasividad del ser humano frente

á la heterosugestión de la prensa, y la facilidad con que la representación mental se transforma en sensación y en acto [1].

La multitud tiene pervertido el instinto de la maternidad. No le gustan las concepciones comunes y dentro de las leyes corrientes de la embriología. Sobre los sencillos lineamientos de un óvulo normal, traza sus arabescos de líneas para que resulte un artificio á su paladar. Posee los inconscientes caprichos de ciertas aves nidificadoras que les agrada construir y transformar siempre, por una extraña tendencia de su organización, más que por necesidades de la vida. Las personalidades de acero, los *hombres de bronce* bismarkiano no se dejan deformar por el dedo de esa extraña escultora, que modela y transforma á su manera, la cera dócil de las medianías pedestres ó poco conocidas, que convierte en mármol estatuario la blanda pulpa adiposa de un *oscurísimo* abogado; hace un intelectual de un indigente que no ha pronunciado un

(1) Véase Dubois, *Les psychonévroses*, 1904.

discurso, confeccionado un panfleto, ó escrito una carta; de un analfabeto solemne y silencioso, esponja voraz de sueldos y prebendas, un hombre necesario, un *savant*, como si realmente fuera una personalidad mental, cincelada por el trabajo y la meditación en el bronce sonoro del talento. En la trastienda de un diario encuentra calor más propicio, que en el recogimiento de un claustro universitario. La prensa política es la grotesca brocha con que trabaja sus desfiguraciones teatrales. Con la máscara trágica de un asesino, hace la fisonomía de un mártir; de las uñas de un ratero, saca la pluma de un periodista y con tres golpes de *esponja* convierte el dulce rostro de un invertido sexual en la cara adusta de un batallador genial.

Como dije antes, en el poderoso auxiliar de la prensa entran otros, un poco más discretos, pero no menos eficaces, y que son vehículos para infiltrar lo que se quiere en la imaginación popular, siempre de boca abierta é inocentona.

Singularmente en los tiempos moder-

nos, el retrato y las *vidas ilustradas* del género burlesco-solemne, han ganado terreno de un modo extraordinario. La *aleluya*, que en nuestra infancia hacía las delicias de todos los estudiantes con las hazañosas historietas del Catalán Zerrallonga y de Juan Palomo, ha crecido hasta desconocerla debido al concurso de la fotografía y del grabado sobre todos los metales que se presten á la suave mordedura del buril comercial amable. Hasta los sabrosos orejones los ha explotado la estatuaria popular. El dulce de guayaba, el cabello, y el vidrio transparente de la botella nacional, permiten trasmitir á la posteridad la rígida efigie del político simulador, fijada de un *jet* en la pasta blanda ó dura, según la substancia empleada, de una estatuita de vidriera, las líneas suaves del retrato en pelo ó la abrillantada actitud en un envase de licores y alcoholaturas sospechosas.

Tiene más de la enfermedad que de otra cosa esta tendencia del exhibicionismo que constituye otro auxiliar eficaz

de la alucinación. Un sentimiento desaforado de la propia mendicidad cerebral se abre paso por entre la nube de tarjetas, platinotipias y carbones que nos saltan á la vista en todas las formas de publicidad conocidas: solos en melancólicas actitudes y como imagen de la reflexión en el momento psicológico de la fecundación de ideas; en grupos ubicados en el mismo foco del objetivo, á caballo ó á pie, en su casa ó en el comité político, la imagen huera del solicitante de notoriedad, se impone á los ojos, buscando penetrar en la imaginación popular. Pero los años pasan ¡qué digo los años! los meses, apenas cumplidos borran como si fueran siglos la incómoda silueta perseguidora de la visión, que acaba por huir de ese *incubo,* al fin intolerable. Apenas si el bibliófilo y el coleccionista de estampas del porvenir recogerá el ejemplar, que la falaz celebridad de un día se ha encargado de borrar.

El aviso convertido por la sagacidad mercantil en verdadera obra de arte, y

que aprovecha para difundir sus productos, tómanlo como vehículo, el entusiasmo electoral y la admiración fugaz del interesado amigo. El comercio de la reproducción hace su fortuna, el correo aumenta la circulación, pero obtenido este provecho pasajero, todo ha pasado y queda sólo el retrato sin nombre fijando una época del arte, una faz de la evolución de la litografía, el grabado ó la pintura.

Tal así, la grave efigie del burgomaestre Jacob Meyer que vive todavía por la admirable virtud reanimadora del pincel de Hans Holbein, más que por sus méritos desconocidos. De la misma manera el viejo Haring simple *huissier-priseur* que á no haberse colocado delante del cabellete de Rembrandt y mezcládose su nombre al de este grande maestro, hoy estaría completamente olvidado. Pero bajo la mirada de semejante artífice, su cabeza toma, como dice Charles Blanc, un carácter tan elevado y venerable que se le tomaría por la de uno de aquellos profundos pensadores ó ilustres teólogos que á nombre del protestantismo

sostuvieran las grandes controversias giosas del siglo XVIII.

Será para el porvenir del simulador derno el destino ingrato que le qued de modelo de taller para el artista t toso que lo solicite con cierta cómica vedad sugerente de altísima admiració *Desolate Boedelkamer* del inmortal a de la Ronda de Noche, sin ese retrato ravilloso no hubiera pasado del hun escenario en que vendía las pinturas muebles y estampas de la Cámara d Insolventes. Rascando nerviosament plancha de cobre con la primera *p* que le vino á la mano, paseando sobre sus *hachures* soberbias el corr líquido; ya deslizando el acero sobr medias tintas ó aclarando las som que obscurecen la blancura de los tr y la palidez de las carnes, Rembrand dado vida imperecedera á ese Thoma Jacobz que apenas fué un alcalde medi La energía de las sombras vigorosam *sabrée* pero tranquilas que envuelve figura de Janus Lutma el famoso orib

Gromingue (Joannes Lutma Aurifex natus Gromingue), ¿no ha mantenido su nombre por cuatro siglos y con extraño respeto en el recuerdo del mundo entero? Fantaseando con el buril y aun al través del desorden pintoresco de sus *hachures* el grabador saca de la fisonomía más dura y estéril la expresión de bonomia ó de inteligencia que necesite; de ese haz de tallas cortas, temblorosas y desiguales, brota la vida con una personalidad que no sospecha la superficial observación. La tranquilidad y el silencio de aquellas sombras que envuelven el retrato del *inmortal* orfebre, los misterios y profundidad armoniosa de sus tintas, dan una idea de lo que podría entonces y en tales manos el gran arte y de lo que hoy podrá como auxiliar, esa otra falsificación suya tan vivificaante á su manera: la fotografía, las ilustraciones, etc., etc.

Pero aun el divino arte pierde muchas de sus fuerzas para animar la personalidad, cuando ésta es gris y hueca en demasía. Los nombres van desapareciendo de las plan-

chas, cualquiera que haya sido la intensidad de la mordedura, y sólo queda la referencia despreciativa que aisla el genio del artista, de la torpe vanidad del modelo; sólo resta como guía de catálogo el detalle característico: *Portrait d'un inconnu; Le soldat au regard vide; Jeune homme à toque de velours; Homme assis et réfléchissant; Inconnu portant sabre et bâton;* como llevan debajo los divinos retratos de anónimos que pintó Hans Holbein y Rembrandt.

No insistiré mucho sobre la clase de *auxiliar* que constituye la Iglesia para los fines de simulación y de lucha por la vida. Con su ayuda pueden disimularse muchas cosas malas y simularse muchas buenas. El exhibicionismo religioso, una comunión en los días de mayor concurrencia, dan al abogado más pleitos y al médico más enfermos que todo el saber de Justiniano y el instinto clínico genial de Hipócrates y de Celso. La adiposa testamentaría codiciada por el trabajo honesto, pero incrédulo é indiferente, se la lleva el

malicioso simulador con sólo emplear ese auxiliar aparatoso. Tal vez, al sincero creyente que en el silencio del hogar y en las horas solitarias, que las primeras luces del día alumbran apenas, levanta á Dios su espíritu con verdadera unción cristiana, le falte el pan y el trabajo, pero lo que es á él le sobrará solamente con frecuentar la congregación poderosa y adinerada, pasearse contrito á la cola de la procesión ó proclamar con gesticulaciones y dramáticas actitudes la falsa religiosidad que simula con fines económicos.

El criterio vulgarote de la muchedumbre, harapos ó bien vestida, es siempre el mismo. ¿Cómo puede ser malo un hombre que vive en tan estrecha conjunción espiritual con Dios y con su Iglesia? Y el simulador se desliza en las familias; si es médico, á recoger con fruición el íntimo secreto que le ofrece el dolor oculto, la úlcera moral vergonzante, que la forzosa discreción del pudor esconde á la curiosidad perversa á quien él la entrega *sotto-voce;* si abogado, el honor y la paz de la familia en la dramá-

tica gestión de una filiación natural que oculta un adulterio. ¡Cuán desagradable estructura! Cubierta con la sotana del buen cura y levantando el crucifijo protector penetra en el alma ingenua de la credulidad de buena ley, para hacer más fácilmente su cosecha; como el fraile Aldao levantaba la hostia consagrada en el supremo conflicto que lo entregaba al patíbulo, y el inolvidable Facundo aquel lábaro negro con que simulaba defender la *santa religión* que á nadie se le había ocurrido atacar.

Bella es, por cierto, la viril franqueza del que practica su religión á la luz del día; tan bella como fea la excesiva ostentación y el artificio con que el otro verifica sus falsos actos de contricción inundado en lágrimas arrancadas con destreza á la pobre glándula comprimida. Del suculento patrimonio de las *ánimas benditas* que poseen fortunas enormes en campos y heredades, él descuenta su parte *plus cuam perfecta* en esa forma de gastos y honorarios de la tutelar custodia; la sagrada acequía de la limosna que en hilos

cristalinos debe ir al hogar indigente á estimular el esfuerzo y á calmar el dolor de una miseria irreparable, él también sabe, por una imperceptible desviación del nivel, cambiar hacia la propia píscina en forma de ocultas filtraciones que una administración personal disimula. Y para concluir: una singular fraseología completa la sensación de su temperamento marsupial. Al golpe le conoceis: el nombre de Dios cuelga de sus labios como el barbote de cristal de cuarzo en la boca del indio guaraní; la santa Virgen le acompaña en todo, «cuando Dios disponga», «si Dios quiere», «será lo que Dios diga». Y si está delante de gente cuando bostece, ha de hacer la señal de la cruz para que el diablo no caiga adentro.

Del propio modo que el anterior, puede ser, y es á menudo, un *auxiliar* de trascendencia la esposa entusiasta y ambiciosa así como la familia misma del simulador,

En esta América tan inclinada al fetiquismo político, sin duda proveniente de la sangre de indio y de mestizo, en cuya influencia moral toma origen, la familia del

hombre grande, del *divino hombre*, realiza hasta cierto punto una faz poco estudiada todavía de la patología mental: la *familia delirante*. [1]

El caudillo afortunado, de antigua y moderna estirpe, dueño del poder y fuera de él dueño de la influencia y del prestigio que le ha dado su ejercicio, experimenta al fin de los años, curiosas y peculiares transformaciones mentales, cuyo estudio ha sugerido á Jacobi su hermoso libro. Un misterioso sentimiento de divina superioridad comienza á ganar el alma, apenas tenga ligera predisposición morbosa el candidato; por lo menos la creencia en una misteriosa predestinación que explica la superhombría adjudicada, bien gratuitamente, á las veces. La costumbre de vivir en la altura trastornado por los fluídos embriagadores de la adulación, crean en el espíritu y en la vida hábitos y tendencias que parecen justificar las sensaciones de *hors nature* que

---

[1] *La Familia Delirante*, por J. M. Ramos Mejía (en vías de publicación).

experimentan. En ese estado, el cerebro va marchando lenta é insensiblemente, de matiz en matiz hasta ese límite fronterizo y crepuscular en que es tan difícil discernir el día de la noche. El observador recibe entonces la vaga impresión de un suave delirio, discreto, pero bastante visible que escapa al sentimiento de la familia, incorporada por raros filtros de contagios á esa realidad convencional que va á constituirla, en auxiliar y cómplice cariñosa del estravío.

La familia sugestionada y vivamente predispuesta por la universalidad del diapasón sensitivo que probables tendencias hereditarias determinan, se va acostumbrando á ese despliegue megalomaniaco, verbal ó de actitudes de la grandiosa personalidad y el concepto casi divino se impone con ligereza. El cariño respetuoso hace lo demás y hete aquí constituído uno de los auxiliares más poderosos, tal vez, con que cuenta, lo mismo el simple simulador, que el hombre de algún valer, cuando multiplica por la simulación el pequeño núcleo

real de una grandeza relativa. Si recorreis la historia de América, vais á encontrar justísima la observación, particularmente en los caudillos, cuya sangre indígena derramada un poco generosamente por el mestizaje, enardecía el misticismo contemplativo de la raza que la vertiente española exaltaba, á su vez, con la brutalidad de sus ímpetus y la virulencia del fanatismo característico. En América las dos razas asociaron sus místicas *valencias* para dar nacimiento á este mestizo moral del tiranuelo divino que todavía se insinúa en nuestros hombres públicos. La Italia también mística del siglo XIV, produjo algo parecido, pero menos peculiar. El campeón lo encontrareis en aquel Agnello de Pisa, que tenía la costumbre de salir á caballo con el cetro de oro en la mano y se mostraba luego en la ventana de palacio como objeto de la admiración del pueblo, apoyado en tapices y almohadones de brocato de oro.

Su peculiaridad actual se halla en ese sabor de caricatura que trasciende de la cómica solemnidad, dentro del ambiente

de una sociedad como esta, irrespetuosa y libertina, que ya no admite los santones sino forrados en oro. Para la familia que ha perdido en el trance las facultades críticas enfrenadoras de las explosiones del fetiquismo indígena, el culto mantiene todo su esplendor ridículo. Dentro de ella el *divino hombre,* no es padre, abuelo ó tío, es sencillamente divinidad. La casa es una iglesia, el lecho el tabernáculo. La hora de la mesa en que todo el cariño y las amables expansiones del alma, comprimidas por el trabajo del día, brotan en las risas alegres y en las luminosas espiritualidades de los niños, alegrando la vida y desarrugando las frentes, es allí, tan solemnes como las demás horas y revisten caracteres de misa ó de *te deum*. Se reparte el pan y la comida como la hostia y circulan los platos como el voluminoso misal transportado de un lado á otro por el grave monaguillo que ayuda al sacrificio. Nadie habla si él no dirige la palabra, la risa está proscrita, la objeción es sacrílega.

Más que muchas otras, la circunstancia de tener un físico apropiado para la simulación de la superioridad celeste, facilita la colaboración del precioso auxiliar, que encuentra del todo abierto el camino de la complicidad. Por otra parte es frecuente que el nivel mental de la familia de que naturalmente forman parte los íntimos y allegados, si bien escasos, no por eso menos fanáticos y practicantes asíduos, concurre con su optución de espíritu al armazón del extraño culto. Se explican así los estragos del sugerente fanatismo sobre tan pobre terreno, porque el desproporcionado volumen del grande hombre, aplasta toda vegetación familiar y el singular delirio que se organiza, embarga las facultades entumidas en la actitud forzada de la admiración. La atrofia por falta de uso, se impone cuando, por acaso, realmente existen virtuales, los talentos y aptitudes de algún orden.

Todos esos fetiches de nuestra vieja historia patria no han tenido sucesión intelectual. Parecería que las fuerzas, por cierto bien misteriosas todavía, que engendran

semejantes organismos mentales necesitaran de todo su vigor para la elaboración de su peculiar personalidad moral; ó que durante el período de acción lo consumieran sin dejar la parte de originalidad y de vida que en los casos ordinarios de la herencia le toca á la sucesión. La exuberancia es personal, y obra del medio su exteriorización y movimiento. Él, es el que estimula las virtualidades del talento y de la voluntad, el que combina según sus necesidades, probablemente, las distintas aptitudes, luces y sombras, de las que resulta el tipo. La posteridad, actuando en otro medio y bajo atmósfera social distinta, carece de los estimulantes para desenvolver el caudal hereditario que permanece latente, por inaplicabilidad. El hijo de un gran teólogo nacido en una época de tolerancia y sin luchas religiosas, no pasará de un clérigo modesto y devoto ó de un sacristán escrupuloso. ¿Qué camino tomarán todas esas fuerzas acumuladas en la intelectualidad de nuestros oradores cuando las épocas de juicio, que no están lejos,

hagan inútiles é inaplicables sus oropeles y artificios verbales? Siguiendo una misma ley la sucesión, ¿no será de rematadores y de mendigos memoristas?

Algo de eso ha de haber, sin duda, en la esterilidad de estas descendencias de grandes hombres que reducen su papel al de simples auxiliares de la simulación. El fetiquismo en esa forma parece una enfermedad de la fecundación; no hay *hombre divino* que dé hijo superior, y el castigo de su despotismo egoista está en la debilidad y pobreza de sus aparatos de procreación, mejor dicho de trasmisión, cuyo integral desarrollo es el más grande beneficio con que la naturaleza dota á la animalidad, flor de la vida universal.

De la mayoría de aquellos auxiliares modernos que he mencionado antes, carecieron los antiguos caudillos simuladores. En cambio algunos de ellos, hicieron uso, de otros que los suplían con ventaja. Hubo un tipo de *caudillo financiero;* no por su competencia en finanzas como se comprenderá sino por el uso que de éstas ha-

cía con fines de estabilidad y de tolerancia por parte de sus gobernados. Caudillo que ha dejado descendencia numerosa en distintos puntos de América y que ha manejado de preferencia el dinero con los mismos propósitos del abolengo.

Sería candoroso olvidar que en su psicología el mejor de los auxiliares fué su viveza política y aquella posesión completa de la sociología *sui generis* de la aldea y de la geografía electoral, por medio de la cual el moderno tipo conoce á fondo la vida moral de los feudos; esa visión penetrante de campesino que con sólo la luz de las estrellas se orienta en el campo abierto de la llanura y se insinúa en el horizonte difuso sin perderse. Con el agudo olfato del instinto adivina las *aguadas* ocultas, los pastizales suculentos; los itinerarios seguros, por un simple empirismo sagaz, pero sin conocer ápice de geometría ni maliciar triangulaciones ni astronomías, de las cuales, va sin decir, no existen en su espíritu agreste ni sospechas de su existencia. Naturalmente, esa no es

la visión política trascendental con que el pensador y el político maneja las cosas ú orilla las enormes dificultades del gobierno, ó el *modus operandi* del viejo Sarmiento; pero es una escuela local que nace espontáneamente en el ambiente indígena y que les sirvió más que el genio y la ilustración.

Su éxito no radica en aptitudes geniales, ni mucho menos, sino en haber reflejado por analogía de estructura, ciertos intereses de su feudo cuyo relevamiento moral, como dije antes, hicieron pacientemente para conocer á fondo el móvil imperceptible de las pequeñas pasiones del terruño. Ponedlo, en ese medio peculiarísimo al mismo Burke con la enormidad del talento político que le atribuye Broughan, el grave autor de *Sketches of Statesmen* y le vereis fracasar lamentablemente á pesar de que tan grande era la fuerza y la exuberancia de su cerebro, que llevaba por todas partes sus frutos y revestía de suprema dignidad los sujetos más humildes.

Pero todo eso sin el ariete de la co-

rrupción, que según los tiempos y naturales evoluciones ha ido cambiando de procedimientos, nunca hubiera sido tan eficaz su gestión proficua. Sus artes tuvieron que ser de oro en vez de acero para poder triunfar.

Yo que soy tan aficionado al neologismo y al terminacho expresivo, les llamaría á estas tiranías exangües y pálidas que se valen de estos medios rampantes de contaminación moral: tiranías *plutóxicas*. Vale decir, que se mantienen arriba envenenando el alma con el dinero y la dádiva. Que no erigen patíbulos, ni usan del puñal, como alguien ha dicho, pero que por medios letales de filtros que enloquecen los sentidos brindando la abundancia material, se apoderan de la voluntad. Distribuyendo la inercia y el narcótico allí donde hay una resistencia, aseguran un gobierno cómodo, cuyo bienestar físico hace suculento el reposo de aquella siesta que apetecía tanto el tiranuelo soñoliento de provincia. Son los creadores de una moral peculiar, que practican, al principio concientes de su malignidad pero que aca-

ban usándola, al fin, sinceramente como un sistema ético aceptable. Las servidumbres vergonzosas que fundan, tienen siempre de oro el grillete que las sujeta á la tierra. En eso consiste la novedad. Creen más en las virtudes de la animalidad que en la humana luz del espíritu; sólo buscan en él el secreto atavismo simiesco que oculto en algún pliegue del alma, ha de responder retozante é impulsivo al primer llamado de la tentación. La pequeña grieta que deja desnuda la debilidad del carácter y por donde han de filtrar la dádiva resblandeciente, la descubren al golpe, casi sin equivocarse. Son diestros fuera de toda ponderación para manejar este auxiliar; para encontrar la forma de dar el dinero sin herir el amor propio, para adaptar la dádiva á la jerarquía y al volumen de la necesidad, para tantear, en fin, la presión de la urgencia en el momento preciso en que la miseria comenzaba á reblandecer los caracteres y á doblar la acerada fibra de la virtud.

La inseguridad de la propiedad y de la

fortuna en este pueblo esencialmente comercial, por más que la lira romántica haya cantado su ideal desprendimiento, dió al caudillo el arma de la extorsión como un instrumento poderoso para conquistar la tolerancia política y social de su tiranía. El *instinto de conservación económica*, es buen consejero y pocas veces se engaña en la orientación que marca á la conducta. Esta singularidad de construcción social, ha hecho de semejante auxiliar un agente poderoso de dominio. Los hombres ricos tienen mucho que guardar y por ende mucho que tolerar. La pobreza es belicosa; de ese concepto surge lógicamente el propósito del *caudillo de tipo financiero:* enriquecerla, trocar las armas por el papel moneda, el puñal por el descuento fácil y generoso.

Sin embargo, aunque en el empleo de este auxiliar se ha progresado haciendo más sutil el procedimiento, en el de la divinización se ha retrocedido más bien. En el Río de la Plata el *hombre divino* no ha resistido al contacto disolvente de idealismos,

que lleva en su seno el progreso económico. Más que aquí en el resto de la América, ese caudillo fué una forma común de feudalismo político.

Entre nosotros, la milagrosa imagen cuyo santuario se veía siempre lleno de los exvotos del antiguo peregrino, ha comenzado á desteñir; cismas disolventes surgen en la feligresía y la atmósfera herética de la ciudad fenicia parece haberle quitado un tanto las facultades que le atribuyó, en otro tiempo, la ilusión de la milagrería provinciana, envuelta en las brumas que la distancia aumenta y prestigia. Las beatas de esta iglesia, un poco libertinas, y para hacerlo mejor, la han retocado, quitándole la aureola que al vino añejo le da el envase sucio; dorádole el báculo y salpicado de pedrería equívoca el modesto manto de la iglesia patriarcal. Desde entonces los devotos de tierra adentro, y aún de aquí mismo, han comenzado á desconfiar del éxito de la promesa y algunos bastante irreverentes para acercarse demasiado, alcanzan á ver á través del humo del incienso la

hueca pierna de caña y los retoques excesivos de la santería porteña. Pero así y todo ¡extraña persistencia de la superstición! todavía se mantiene sobre el viejo altar desvencijado distribuyendo bendiciones en el vacío de la nave solitaria. La clientela íntima incorporada, como dije, á la familia delirante, atribúyele uno que otro milagro, arregla y limpia con unción las piernas y los brazos de plata ó las muletas de los paralizados políticos mejorados, que siguen llegando de la remota cuanto ingenua aldea mediterránea.

Por otra parte es natural este descenso de la devoción. Escapada de su cuerpo el alma provinciana, tan poco sensible al transformismo metropolitano con todos sus egoismos de abundancia, ha sentido frío al fetiche é irritable contra las justas exigencias de la empobrecida provincia. Es que por una torcida interpretación de las cosas se ha estado atribuyendo al santo lo que pertenece á la naturaleza; lo propio que sucede con ciertos hombres de estado que equivocan la acción de la vitalidad evolutiva

de un país con la influencia inocua de su acción.

No olvido que al principio del capítulo, mencioné, como auxiliar, al *sugeridor de la treta.* Me recuerda al demonio de la tentación, porque con su destreza para encontrar el procedimiento torcido, tienta las malas disposiciones del simulador, cuya insignificancia mental no halla el medio de burlar la ley cuando, por acaso, el feudo la tiene y algún respeto mortecino existe por ella. En los alrededores y como quien dice en la sacristía de la iglesia, pernocta este agente, incorporado al personal de auxiliares. Tiene al dedillo la topografía de todos los caminos obscuros de la política y de la ley; es el teólogo tortuoso de la picardía sutil, el prestidigitador de los matices para establecer la transición insensible entre el rojo del abuso y el blanco del uso recto de la ley.

Barajando una y otra cosa sabe dar con la sensación falaz que esconde la irritante transgresión. Le basta percutir suavemente el presupuesto, para encontrar la imputa-

ción de la gruesa suma corruptora, la leyenda que disimula la violenta extorsión rentística que ha de conquistar el favor del recalcitrante adversario, ó el agujero oculto en el muro del empréstito, para meter la mano en nombre de «la salvación del país» ó de alguna otra cosa sonora que le sugiera ese otro auxiliar del literatoide, que confecciona la salsa aérea del mensage. Es un gran personaje sin duda alguna; psicólogo hábil y esperto conocedor de los *lados flacos* del simulador, sabe elegir la oportunidad de su providencial auxilio para cobrar generosamente el suculento honorario.

CAPITULO V

LA FAUNA DE LA MISERIA

OTROS MODOS DE EXPANSIÓN

Constituye otros géneros menores de lucha y de expansión. Pequeñas personalidades aprovechadoras de los desperdicios y revestidas de cierta humildad especulativa que las defiende. El silencio de su ambiente les permite circular con provecho fuera de la zona peligrosa del fuego y hasta del horizonte visual de la ley y de la crítica, la que logran atravesar simulando y disimulando según las circunstancias y el momento. Los más chicos pasan por el lado de la Policía y de la justicia sin ser sentidos, sin despertar siquiera levemente la sensibilidad de sus antenas escrutadoras, porque saben filtrarse á través de la

ley, respetando la hurdimbre. Como escapa el agua por los *ósculos* de la esponja, así se escurren ellos por entre los estorbos que oponen las preocupaciones y los sentimientos sociales.

Poseen, sin embargo, las condiciones del carácter, pero en una proporción mucho menor, por supuesto, que las organizaciones mentales á quienes Ribot y Silvio Venturi llamaron «los característicos». Sólo las tienen en cierto grado, pero nunca las que le permiten á aquellos cambiar la faz del mundo con una idea, violar ó corromper una institución social para abrir la picada en la montaña ó en la espesa floresta.

No tienen del genio, nada absolutamente, porque vuelan demasiado bajo y su actividad está orientada hacia el otro extremo de la serie: en la delincuencia pequeña, subterránea, ejecutada en dosis infinitesimales, pero no por eso menos letal; delincuencia de doble cara porque es viveza ó delito, según el punto de vista ó la filosofía con que se estudie. De aquél, poseen

la constancia y la paciencia, como él y en reducidas dimensiones, ciertas virtudes de tanteo y adivinación instintiva con una eficacia que hasta cierto punto los asimila. Para la prosecución de sus fines, la práctica constante y el uso de mil condiciones nativas, les ha permitido desarrollar con gran lujo y provecho todas las facultades de simulación y de disimulo que les facilita el oportuno cambio de personalidad como de vestido, revistiendo alternativamente y según sus necesidades, la del *sincero,* la del *mentiroso,* la del *filántropo,* el *servil* ó el *apático,* el *entusiasta* ó el *sensible.*

Forman el numeroso ejército de los trabajadores en el silencio y en la sombra, como ya dije; que emplean la pólvora sin humo, la linterna sorda, el lenguaje sin voz; y como en ciertos raros neuropatas, su idiosincrasia está en la ausencia de la fatiga aun después del excesivo trabajo que á otras naturalezas realmente fuertes, muy pronto abatiría. Intrusos por deslizamiento, mariposas de vaciadero, pa-

seantes trasnochadores en busca de presas extraviadas, explotadores de las víctimas del taller repleto de carne humana disponible. Para decirlo de una vez: insectos que nacen de todo género de putrefacción ó descomposición moral; que viven de la miseria y del vicio, pero que viven, sin elegir el sabor del alimento, sino el resultado final de la asimilación, en suma: de la vida elemental generosa.

Aquellos extraños tipos de nacionalidades dudosas, que un bello espíritu ha descripto con pluma incisiva; válacos, griegos, levantinos, americanos del norte, alemanes y hasta argentinos; «rubios ú obscuros, elegantemente vestidos con prendedores hirientes, bigotes zínganos» cuando trabajan arriba; sucios y desmarañados cuando discurren por abajo. Conocidos de muchos «sin que ninguno sepa á punto fijo quiénes son, amigos confianzudos, en ciertos casos, de los más señalados Emilianos y Margaritas y que levantan á su paso vagas interrogaciones: ¿De qué vive éste? ¿Cómo gasta, cómo derrocha?» «Viven casi siempre de

los calaveras que le prestan, de las mujeres que les dan», de las mujeres feas que hacen la ortopedia de sus deformidades con el abundante dinero de sus padres, que suplen con oro los dientes que faltan, achican las narices deformes, reducen los diámetros del cráneo y la desproporción de las manos con las piedras preciosas; como los devotos, la fealdad *hideuse* de las imágenes en los antiguos cultos indígenas todavía en actividad sugestiva en el apartado pueblillo de provincia. Moscas de establo, aunque de blancas antenas y de *estilos* plumosos algunas veces, van buscando en la obscuridad del húmedo desván la carne comerciable, la inminente pobreza que abre los brazos y le ofrece el calor de los pechos, para depositar sus larvas.

Hasta en esas formas de expansión subterránea y modesta se siente, en esta sociedad en inquieto vértigo nutritivo, palpitar exhuberante la acción y la vida.

Las capas de arriba, piensan que allí domina el reposo; el reposo, sí, pero ese

reposo aparente de lo que no tiene formas sensibles á sus medios imperfectos de percepción. El reposo de lo inanimado según el sentido vulgar, es también movimiento y vida que se traduce en la barra de hierro y en la piedra, por aquella misteriosa capacidad á las reacciones peculiares, como en el músculo humano y hasta en la hoja de la *Dismodium girans*, extraña planta de la India, que sube y baja las hojas simétricas, entendiéndose, al parecer, con las otras en una rara telegrafía.

Como dije en otra parte, microscópicos por sus formas y volumen personal, pero inmensos, no sólo por su número, cuanto por el procedimiento de trabajo asociado y constante.

Entra por mucho en la eficacia de sus virtudes destructivas, la distribución casi geométrica de la labor, la manera disciplinada con que en oportunidad llega cada uno á disponer de su parte de botín. Cuando la miseria principia la descomposición de la fibra, las *escouades*, como llamaba Linneo á las legiones de los «trabaja-

dores de la muerte», se van sucediendo, y la terrible fauna penetra en la casa. Desde la aparición de la primera, atraída por la tenue partícula que le hiere el olfato, hasta la entrada de la última, suerte de *tenebrios obscurams,* que no deja en la alcoba trapo sucio negociable, el trabajo de despojo y disección no cesa un momento. Tienen la admirable organización de las abejas; son como á modo de hormigas humanas cuando realizan así con pequeñísimos mordiscos y sin incomodarse mutuamente, la obra enorme de descarnarlo todo.

El que descuenta dinero en las altas y bajas formas que la usura afecta en Buenos Aires, el que roba en matrimonio la rica y fea heredera, no incomoda á las otras humildes familias de la fauna; á la del que compra la alhaja del fallido, los muebles del pobre empleado, las tapicerías y los cuadros, las ropas de los enfermos, la lencería del pestoso y del tifoideo. El roedor del hueso, deja para la otra el músculo y los tendones que no tolera su estómago. Todos, los de arriba como los de abajo, esperan con pruden-

te resignación su turno sin alterar jamás aquel don de espera que el instinto mantiene vigilante. Como las vértebras en la espina dorsal de una serpiente, tienen cada uno de ellos una vida propia, y sin embargo se prestan el concurso del paralelo esfuerzo moviéndose sin errar el camino, hacia el mismo fin.

Merodean así á los alrededores del hospital y del cementerio; viven de la debilidad física ó moral del caído, de las imprevisiones del que ha muerto sin «arreglar sus cosas», según la frase consagrada. La debilidad, la enfermedad y la muerte, son para ellos medios de trabajo, tierras labrantías de pan llevar, porque el dolor y la necesidad tienen siempre jugos sabrosos.

¡Qué sensibilidad de olfato para percibir la presa y salirle al camino con el ofrecimiento alevoso! Como todos los *trabajadores de la muerte,* sienten de lejos la perfumada emanación del necesitado y empiezan á revolotear alrededor de las *naturales aberturas* por donde han de entrar á roer la entraña. Cual si poseyeran

aquella «facultad misteriosa» mencionada por Romanes, y á la que atribuye las aptitudes de orientación de las aves migratorias, van sin equivocarse á dar con la miseria. Cierto magnetismo moral de cuyas corrientes poseen el sentido, les servirá de brújula indicándoles la dirección que han de tomar para dar con la veta; un á modo de polo magnético excita su instinto topográfico.

Si la locura, desprende fluídos que llevan al espíritu su sensación, bien puede también tenerlos, para aquellas esquisitas sensibilidades, ese estado moral angustioso producido por la pobreza ó su inminencia. Para los que viven de ella debe poseer formas intangibles de exteriorización, otros medios que la ropa araposa ó descuidada. Existe indudablemente, una visión sin ojos, un sentido sin aparatos que penetra en lo más íntimo del ser y lo escruta todo. Algo de tacto, otro poco de sensibilidad auditiva ¡qué sé yo que oculto instrumento! para sorprender en los matices de la voz estados recónditos del al-

ma. Mucho de peculiares refinamientos de un olfato desconocido y al mismo tiempo educado.

Porque en efecto, la miseria tiene su olor y podría decirse que en ella, «les parfums, les couleurs et les sons se répondent», repitiendo aquel verso del sutil Baudelaire. Hablando en términos de fisiología: el estado moral por ella producido ha de traducirse, sin duda alguna en conocidas modificaciones de las secreciones. La abundancia debe ser perfumada porque el espíritu libre de tribulaciones, elimina mejor sus desperdicios y sus órganos glandulares segregan más correctamente los licores orgánicos de la vida. Un ropavejero condenado por el Juez Dr. Veyga á un año de prisión pretendía conocer por el olfato el estado de necesidad ó de miseria del propietario que ofrecía á la venta sus ropas y pertrechos; y el precio se hacía resueltamente de acuerdo con el exquisito sondaje que le revelaba los grados de resistencia de la vergonzante miseria. Y cuenta más el proceso: que aquel singular instinto de cuervo acertaba mate-

máticamente en la mayoría de los casos; bastábale *flairer* con cierta voluptuosa sutileza el objeto ofrecido, echando una rápida mirada complementaria á la cara del vendedor, para lanzar con certero aplomo el precio de la desnudez de la familia en peligro. En los manicomios el olor *á loco* trasciende de sus puertas y enrejados y la tristeza del melancólico se traduce en emanaciones particulares que hieren sujestivamente el sentido. Las palpas labiales de la fauna, educadas en la constante percepción de estos signos de la decadencia, van derecho al licor capitoso, como el coleóptero prudente que espía la muerte dentro de las yerbas del cementerio para empezar su viaje subterráneo, cuando muy abajo comienza la descomposición.

Por la época en que se presenta cada una de las *familias* se puede descubrir á cual de los estados corresponde su actuación, como en medicina legal la presentación de tal ó cual clase de insecto indica la época de la muerte, mejor dicho, *la edad* del cadáver.

La terrible pululación es tan grande que sólo puede ser comparada á la de la fauna humana. Su actividad permitió á Linnée decir sin mucha hipérbole que «tres moscas se comen un cadáver tan rápidamente como lo puede hacer un león». ¡Y cuánta aplicación tienen á nuestro asunto, estas descripciones de Linnée y de Bordas! La humana fauna absorbe la vida con increíble rapidez y su poder comburente para secar todas sus funciones es tan grande que todo fluído desaparece en una suerte de diabólica prestidigitación.

Cuando se apagan las alegres músicas y enmudecen los juglares, entran todos ellos á desplegar con perseverante artificio la sagaz industria de su empleo: el *prestamista usurero*, el *médico gitano*, toda una rara dinastía de rufianes aventureros con disfraces simuladores, para quienes la desvergüenza se hace caballería como se dice en el *Burlador de Sevilla;* el *ropavejero* y el obligado final de la epopeya: el *ave negra* que espía en la chimenea de la vecindad la consumación de la obra para

echarse sobre la testamentaría y extraerle la pepita de oro sólo por él descubierta.

Lo que pasa en otros lugares de la naturaleza, con ciertos bichos, ocurre aquí con estos, siguiendo un proceso igual de funcionamiento.

La muerte moral de la miseria, tiene su fauna como la del cuerpo la suya. Aquí y allí hay una «fauna cadavérica» como les llamára Morin á los que viven de los despojos de la descomposición.

En efecto, la proximidad de la muerte de un ser humano, ¿no determina la voraz actividad de los insectos que persiguen al moribundo? Ciertas emanaciones les indica la inminencia de un acontecimiento que les va á procurar en abundancia alimentos, para ellos y su progenie; y un encarnizado como lúgubre combate, una discreta y hasta prudente agresividad les da la completa posesión del cuerpo en vías de disgregarse.

Y notad, como se parecen, en uno y otro caso, las dos procesiones que concurren al festín.

Tan pronto como la muerte ha sobrevenido y aun antes que los primeros períodos de la putrefacción haya producido gases, cuyo olor pueda hacerla perceptible á nuestros sentidos, otros insectos diferentes á los primeros se presentan y una vez que el olor pútrido se hace más sensible, la tercera *escouade* de trabajadores entra en escena á reclamar su parte. Todos se distribuyen con la disciplina y el orden de los coros de la antigua tragedia y los protagonistas tienen hasta las máscaras horribles cuya visión, según Esquilo, hacía abortar á las mujeres griegas. De manera que cuando el entierro llega, ya tienen mucho trabajo adelantado: *On enferme de nombreux loups dans la bergerie* decía Orfila. Al aire libre y apenas el olor se difunde por el aire tibio de un día de verano, nuevos grupos compuestos de moscas de un verde metálico brillante, de mediano y movible cuerpo, aparecen seguidas de insectos más grandes de un gris negruzco, rayada la piel como los tigres, manchados y bellos, que vuelan suavemente.

Y pensar que la fauna humana tiene todavía en su contra rasgos de inferioridad que la colocan aun más abajo!

Siquiera algunos insectos que viven de la muerte y de sus ricas miserias, suelen hacer higiene y aplicar útilmente sus antenas. ¡Pero nosotros, ni eso! Los silfos y necróforos hacen desaparecer en breve tiempo los cuerpos en descomposición, de los ratones y los topos; y es curioso verlos, al crepúsculo, ir llegando en largas y apresuradas comparsas, cavar la tierra y haciendo mil movimientos, al parecer pertenecientes á una extraña liturgia, enterrar los muertos, no sin haber depositado antes la larva golosa que termina la labor comenzada, royendo hasta los huesos del indefenso cuerpo. Y cuentan que sólo en el coraje y en el número en que funcionan, se parecen á la humana legión. No se arredran ni ante aquel esqueleto colo-
sal del buey viejo que según Baud
patas para arriba y en la actitud
de sus piernas abiertas, uno e
los campos brindando el pl

nuda tropa que se apresura á devorarlo.

El escuadrón humano ¿es en lo que al hombre se refiere, acaso menos diligente? La animalidad es igual en los sustanciales elementos de sus bases, aquí y allí; el que vive de la miseria y de la pobreza toma las facultades preensoras de sus instintos, al pequeño insecto necrófilo que las ejercita con sus palpas maxilares y con su deligencia nutritiva genial. El uno busca la carne en descomposición para depositar sus huevos y como son eminentemente parásitos, ambos, se arrojan sobre el hombre y sobre las bestias para chuparle las sustancias y los fluídos de su cuerpo; el sudor á los enfermos, la sanies á sus heridas. En las mismas circunstancias brotan todos. Los olores acres y volátiles que como hacía notar hace un momente, probablemente se desprenden de los cuerpos en hambrunas vergonzantes, los atraen y van sin apresuramientos, porque son prudentes, tras el estrepitoso derrumbe.

Como los otros bichos se echan sobre la carne que comienza á pasarse y como ellos

se reparten los restos de la humedad cadavérica en la cual aun parece palpitar la última vibración de la vida, hasta que no queda sino el tejido desecado para la Silfa obscura, el ligamento, los tendones como cuerdas de contrabajo, el último girón de tegumento momificado, para el paciente roedor que mientras come, no tiene noción del tiempo ni de la fatiga. Nada desperdicia su metódico apetito. Todos los momentos y todos los objetos son parte en el festín; roen lo mismo el tejido apergaminado de un largo pleito, los ligamentos y los tendones de una fortuna momificada en el manoseo de hipotecas y retroventas, como el sepulcro de la familia, la alhaja hereditaria, el sueldo y la pensión que mata el hambre de los niños. Mas abajo cada uno de ellos, sabe dar valor hasta al cabello, porque todo es artículo de comercio: la cuchara como el crucifijo, el revólver que no da fuego, como el candado descompuesto y el anillo nupcial. La sierra no deja aserrín y la ventosa de s tarsos robustos hace pronto el vacío. I

casa entera, desde la sala hasta la cocina, desaparece entre las manos como las masas carnosas entre los dientes de los otros escuadrones. Como por obra de sortilegio enormes cuadros, pesados y voluminosos muebles, delicadas orfebrerías, cristales y tapicerías, salen apresuradamente, sin que haya noticia de que un vaso, el vidrio frágil de una oleografía, se haya roto entre aquellas gruesas antenas tan delicadas para la prehensión rapaz.

Tienen el instinto del lucro como las aves el de emigración; su personalidad moral específica está definida en ese rasgo predominante que ha conformado en el sistema nervioso, un pliegue imborrable que fija su índole económica. El lucro en todos sus dolorosos extremos, es tan normal en el alma como el desarrollo de una corola en la planta, del ala en el insecto. El tipo tiene una evolución conocida cuyo principio se alcanza hasta en las puerilidades de la niñez. En la primera edad el ejercicio de las *bolitas* como el de otros juegos inocentes, será una viva trampa; la heren-

cia de antepasados roedores se le viene á los dedos y explota en las pulpas determinando coordinaciones que dan siempre el mismo movimiento de escamoteo. El espíritu usurario parece congénito en algunos ejemplares humanos. La protuberancia del lucro en la forma de placer zoológico como ellos lo practican, va creciendo como un lunar en ciertas caras, á cuyas fisonomías da carácter conformándolas dentro de un tipo peculiar. Conjuntamente con el espesor de la mandíbula parece crecer en el cerebro aquel manojo de fibras tendinosas, diré así, que ha de manejar la masticación discreta y apretadora para llegar á reunir en sus haces expansivos todas las demás fibras que exterioriza, en otros, ideas y sentimientos y que en él someten la mente á esta sola función adquisitiva. En cierta época temprana, sentirá despertársele los deseos rapaces: es la pubertad del alma de usurero. Su personalidad se siente ya completa para entregarse con su parco
tismo á las funciones de reproducci
virtud de las cuales el óbolo de un c

producirá la maravillosa progenie de muchos millones.

Como el pájaro emigrante experimenta la necesidad de cambiar de clima, cuando recuerdos tropicales que no conocía, le asaltan y lo obligan á huir por determinados caminos, y vuela por ellos cual si toda la vida no hubiera hecho otra cosa; así el negocio leonino, yo diría más bien el *negocio argentino*, la obsesión de la fortuna, el calor de la extorsión, nacen en el espíritu, como en la humedad de los desvanes, los silfos, desesperados por comer.

Esta estructura, tan común y singular que entre los *trabajadores de la pobreza* es frecuente, no la busqueis, sólo en la del vulgar prestamista al cinco por ciento mensual, con sus modestas restricciones defensivas de la hipoteca y la retroventa, prendidas á los bienes, como el *acarus* á la piel. Esa alma plegadiza y vagabunda para la cómoda gestión de su expansión personal, tiene el don de la ubicuidad en el espíritu de los demás; posee el raro sentido de las reencarnaciones de

oportunidad y lo mismo la vais á sentir en el gerente de Banco, una de sus más solemnes metempsícosis actuales, como en el comprador de muebles á la familia arruinada. Simple cuestión de indumentaria y de posición social. Ambos pertenecen á la interesante familia del *Vientre de presa*. El primero posee un despositivo más grave y hace sus cosas por medio de interpósitas personas valiéndose, por ejemplo, de las extremidades multiunguladas del ave negra ó del colmillo seguro del viejo abogado; el otro más sensible á los peligros de las delegaciones, no oculta sus antenas y va derecho á las cosas, acumulando, si es necesario, las diversas personalidades del changador y del carrero.

Curiosos caprichos de la organización mental: en este insecto humano, el espíritu del lucro es un instinto, y un instinto tan poderoso que hasta logra, lo que no pueden obtener otros sentimientos elevados del alma, es decir, sobreponerse á las disgregaciones de la misma locura; tan fuerte y dominante es en el corazón de

la bestia humana. He conocido á un judío llamado Moisés T..., cuya historia se conserva en el antiguo Hospicio y que afectado de una manía, incoherente y aun perdido en su delirio polimorfo, conservaba, sin embargo, ese claro sentimiento de la usura, sus aptitudes rapaces siempre vigilantes aplicadas al menudo comercio que practicaba. Extraviado en las místicas alucinaciones damnatorias de su locura religiosa, entonaba salmos y cánticos; no comía por orar y las cosas y los hombres, habían perdido sus formas y calidades usuales. Pero cuando yo entraba en su celda con una alhaja de valor en la mano simulando una imperiosa situación que me obligaba á venderla, el rapaz instinto se sobreponía, la figura de Moisés se iluminaba con extraños destellos de salud, y en la misma entonación del salmo que acababa de interrumpir, casi mecánicamente, fijaba con exactitud el valor de la prenda, clasificaba los kilates ó las aguas y luego tomaba de nuevo el hilo del extravagante delirio.

Sin abusar del socorrido recurso del caso

clínico, tan de uso médico, citaré, sólo, dos ó tres, evocando aquí entre los más privilegiados por su peculiar sabor, la personalidad del *usurero prestamista* de dinero; insecto parsimonioso pero seguro en sus silenciosas disquisiciones por el campo de la necesidad ó de la pobreza y gran comilón de las materias grasas que la antigua abundancia deja filtrar cuando comienza su fermentación final. ¡Con qué fruición voluptuosa aspira, aquel olfato sutil, el olor de la miseria, vosotros le conocéis, cualquiera que sea vuestro bienestar actual y si alguna vez habéis tenido que recurrir á él! Alas sin puntas, diría el entomólogo social; como para volar sin ser sentido, valvas discretas, élitros de muchos artículos... toda una preparación zoológica que le permite disimular sus deslizamientos.

Una rara asociación de rasgos, lo consagra como ejemplar interesante de la fauna en el que las más opuestas tendencias, unidas en una diabólica y graciosa alianza, le dan una fisonomía que pocos tienen en la larga familia.

Para mejor éxito de sus trabajos, una discreta combinación de los tipos y apetitos de mayor fuerza adquisitiva, le confieren trascendencia grandiosa en la expansión social, duplicando su personalidad; resultante bizarra de una asociación del *hombre de tipo económico* y del *invertido sexual*. Raro parecerá el consorcio, pero es así, sin embargo. Las necesidades de expansión, han juntado en él esta suma previsora de los dos egoismos de nutrición más violentos é insaciables. Ambos son esencialmente conservadores, pero según Guedes, el sexual estudiado por él en toda la serie animal, es una expresión exagerada de las facultades del óbulo fecundado, tan avaro de todos los elementos nutritivos; la base sustentativa de su expansión es por eso la avaricia.

Las energías adquisitivas y conservadoras del usurero, sólo son comparables en su tranquila intensidad y en lo clandestino del placer, á la lujuria del invertido, esencialmente vergonzante y reparadora. Tiene aquél la estrategia del animal en celo, sus exaltaciones de posesión; y la peculiaridad

dominante esencialmente multiplicadora y reproductiva. Notad que el usurero es á menudo un perseguidor amoroso furtivo, cualquiera que sea su edad; y en las estafas y aventuras en que frecuentemente se ve complicado, actúa casi siempre la mujer, siendo el agente *amorce* una pasión barata ó torcida en el que el fuerte interés sacado es excesivo con relación al capital explotado.

Otras veces se hace notar por una aversión sensible á la mujer, que se atribuye á rastrera economía ó al sentimiento previsor del peligro que encierra el contacto femenil, pero en realidad responde á derivaciones sensuales de orden exótico ó perverso.

El hábito de cuidar al acreedor, de rondar el inmueble empeñado, de ir cautelosamente detrás de los hombres necesitados, inquiriendo su estado de alma, les da ciertos aspectos de amantes misteriosos. El afán de disimular su verdadera profesión por medio de *toilettes*, á las veces muy cuidados y chillones, con abundancia de alhajas en rehenes, es conocido; su lenguaje

amable y untuoso, en el que el diminutivo insinuante campea gritando ocultaciones inequívocas: *el titulito, la casita, el escritito,* que son las mieles nauseabundas de sus procedimientos de seducción, acaban de caracterizar su verdadera índole moral enrolándolos en la larga protervia de los invertidos.

Metalurgistas mágicos, todos ellos, su arte tranquilo y prudente busca convertir en oro lo que se pone en contacto con sus aparatos de prehensión, hornos hacia adonde afluye todo; pasiones y sentimientos, buenos y malos, el honor, el pudor y la vida, á sufrir la liquidación por el fuego transformador de esos metales preciosos, en un solo sentimiento vigoroso y absorbente: el del lucro.

Se había dicho que el crédito, dando un carácter democrático á la producción, reemplazaba el capital inicial por la actividad personal. Pero las grandes familias de «princes marchants» no han desaparecido, con todo; sólo se han transformado demostrando la verdad de aquella super-

vivencia de antiguas instituciones que han dado tema á Vandervelde para el sugestivo libro que todos admiramos.

El alma del usurero clásico, anterior al crédito y aventurando sus capitales sobre negocios más ó menos fantásticos, se ha educado, adaptándose al moderno procedimiento expeditivo, pero no ha desaparecido. La especie ha sufrido reducciones de volumen, afinádose el garfio grosero del genovés «trecentista», y convertido el estileto, de suyo sutil, en el aguijón invisible que entra por el ojo de la llave á tantear la capacidad económica. El gigantesco megaterio de la fortuna veneciana y colonial se ha transformado en el insecto alado y zumbón, voltijero y hasta bello en la diversidad de colores de sus alas y de sus dorsos de esmeralda, para constituir la fauna que prospera bajo diversos nombres en nuestra organización social fenicia. Es una alma errante á través de los tiempos que viene buscando su reencarnación definitiva por medio de perfeccionamientos que completan su adaptabilidad. El *hombre*

de tipo económico actual, es un heredero de sus aptitudes é inclinaciones modificadas, un hijo bien vestido y acicalado, pero siempre con el *aire de familia,* y aquel rasgo mandibular que caracteriza algunas razas agresivas y comilonas. Ambos demuestran la misma «fórmula dentaria», diremos así.

Y ya que digo, fórmula dentaria, se me ocurre que sería curioso averiguar, si así como ciertas anomalías del físico tienen relación estrecha con las de la organización mental, la de los dientes la posee con determinadas tendencias del sentimiento. Si á las anomalías de disposición, como la reunión anormal de los molares simulando el diente compuesto del herbívoro, corresponden en el hombre á tendencias de caballo ó sentimientos de buey; si la oreja de Darwin, la *epificis* de Morel responde á modalidades anómalas del alma ¿por qué las disposiciones viciosas de los maxilares, la separación de los dientes por aumento de mandíbulas, que es normal, cuando se encuentra en el hombre, no ha de corresponder con algún reflejo del es-

píritu del gorila ó del feroz chimpancé, oculto en algún pliegue del alma humana?

La obsesión del negocio en todas las cosas, la preocupación de la cifra y de la ecuación, como procedimiento para resolver todo problema moral, ¿no es un perfeccionamiento adaptativo de la antigua usura, que entonces lucía sus desnudeces musculosas con más desvergüenza, aunque con mayor viril franqueza, porque carecía del ingenio agudo del *drapier* moderno lleno de recursos para disimularlo? El instinto del lucro, es pues, en esta sociedad como en todas, y más que en todas tal vez, de una fuerza colosal. Y para algunos filósofos, resulta ser un carácter de superioridad, por su tendencia persistente al perfeccionamiento de las facultades activas del espíritu. Su encarnación normal es el *hombre de tipo económico,* el *tipo capitalista.*

En el medio social actual ese morigerado atavismo de las facultades rapaces de nuestro abolengo inferior, posee el secreto estímulo de los abonos fuertes, que dan

hambrunas á la tierra; imprime actividad á la mente fomentando el progreso, porque pone alas á los músculos, triplica la motilidad de los hombres que en éxodos colosales, vacían en menos de medio siglo, setenta millones de almas sobre una reducida región del mundo. Dícese que la grandeza de Roma estaba, en parte, en la disciplinada aplicación del agresivo apetito, en todos sus diversos grados de desarrollo; desde el vulgar usurero de nuestra fauna cuyo rostro inalterable y resignado azotaba Juvenal, hasta aquel soberbio especulador, aventurero económico que se abatía sobre el universo antes que los ejércitos.

Cuenta Cicerón que nuestros antepasados emprendían á menudo grandes guerras para vengar las injurias inferidas á uno de esos mercaderes y patrones de flotas comerciales.

Y esa misma rapacidad se insinúa hasta en la religión para mejor establecer su imperialismo sobre la frágil naturaleza humana. Asegura Brooks Adams que el monoteismo tiene más adeptos porque es más bara-

to que el politeísmo, en consecuencia las dos garandes religiones monoteístas sobrevivieron en el Cairo y en Constantinopla, dos de los grandes emporios comerciales de la Edad Media primitiva y mercantil, mientras que los cultos romanos, griego y egipcio, perecieron. En el mismo orden de ideas, el protestantismo es baratísimo comparado con el catolicismo, razón por la cual la Holanda y la Inglaterra se hicieron protestantes en el momento que lograron arrancar á la Italia y á la España el comercio oriental. Más todavía: el ateísmo es la más económica de todas las religiones, lo que explica según el mismo autor citado, por qué predomina aquel seco excepticismo, aquella fría indiferencia por todos los ideales que no dan plata, característico de las grandes ciudades comerciales como Buenos Aires y el Rosario.

El viejo abolengo usurero proyecta siempre su sombra y mezcla ligeramente sus turbias aguas en la del tipo *económico moderno*, dentro de la del tipo capitalista y en el comerciante de buena cepa que para

serlo debe tener algunos rasgos de aquél. Entre nosotros, la primera estructura difiere de la segunda porque esta tiene un espíritu de conservación más tenaz, de conservación y de inercia, que lo convierte en un simple acumulador de dinero. Tipos de buena estirpe española, suelen ser de una religiosidad sospechosa, dadivosos con el culto y la iglesia, pero míseros con la caridad y el patriotismo, que no tiene el poder defensivo que le suponen á la iglesia. Conciben á Dios como al gran *vigilante* de su fortuna; por eso le ofrecen tanto en legados y donaciones clandestinas, para que nadie tenga la verdadera sensación de su fortuna.

Los caracteres específicos de la especie se conserva en todos; lo que varía y los diferencia entre ellos es la acumulación de los no específicos que crean la variedad. Son razas de la misma especie. El carnero de *raza ancona,* no por tener las piernas tan cortas deja de pertenecer á la especie ovina. En ninguna parte, es más hijo de sus padres, el tipo del antiguo rico

como entre nosotros. Aquel comerciante colonial, viejo insecto que vivía de las proficuas miserias de la esclavitud y del contrabando, es eterno, lo vemos trasmigrar en modernas encarnaciones pero no se destiñen sus rasgos cuando han *mordido* tan bien en la plancha de su carácter. Es el tipo moral de la tiranía que explota la guerra ó las calamidades públicas y eleva devotamente sus preces por la vida y conservación en el poder, del *sereno* que les cuida y acrecenta la fortuna.

La circulación del dinero tiene en todos estos insectos, activos agentes de movimiento provechoso para la colectividad. Esta circulación hace con sus avatares las más diversas y curiosas personalidades; procede en sus operaciones inesperadas, como la materia en los suyos, (siempre la socorrida comparación) que por acomodos peculiares de sus componentes, engendra cuerpos y organismos cuyas propiedades y morfología difiere tanto, á pesar de ser constituídos por las mismas partículas.

La fortuna que engendra aquí la voluminosa personalidad de un gran especulador, no se pierde al disolverse, sino que va á formar la de una congregación piadosa, que no por serlo deja de tener como todo ser animal, sus vivos egoismos de nutrición; con el dinero de un filántropo quebrado, gestiona su expansión la personalidad, de tanto carácter, de un rufián trabajador, cuando ha espiado su caída; y de un empréstito oficial de cuya miel se alimentan las legiones afortunadas de favoritos, surgen, como la vida en los campos después de una lluvia copiosa, compañías ganaderas y agrícolas, negocios é intercambios que difunden la riqueza y la población en las regiones otrora estériles é inhabitadas. Lo malo no está, tanto, en que se lo lleven, en que la dilapiden, sino en que se la guarden. El dinero no se lo comen los ladrones de esta especie, lo distribuyen; y al arrojarlo á la circulación en provecho propio, llenan una función social, porque lo mueven arrebatándolo á la inercia improductiva del escondite, en que el avaro

adora el áureo fetiche. Lo que exige la dinámica social en el correcto estado de salud, es que circule, que ande en movimiento distribuyendo la vida, animando al comercio, galvanizando la pobreza trabajadora. En la represa hidrópica y tranquila, la fecundidad está virtual, en el voluminoso chorro desaforado que á veces destruye, la vida en su actuación más fecunda. La fortuna de un disipado desaparece entre las manos de doscientos artífices que se pagan así, en las formas que el lujo y la pródiga sensualidad pone á su disposición, su talento y su trabajo luminoso; con el producto de las extorsiones acumulativas que hace un prestamista codicioso, se forja la rehabilitación y la fortuna de la hija natural, virtuosa víctima inocente tal vez, que muerto el padre se distribuye en las pequeñas arcasde mil medianías laboriosas; y la plata con que el rufián enriquece al fabricante de sedas ó á la costurera proveedora de sus guarda ropas ¿no va luego, por anastómosis imprevistas al que construye objetos del culto,

al obispo ó á la monja para misas y funerales? Y ya engrosando los cauces voluminosos en todas sus multiplicadas formas, ya atravesando imperceptible en el hilo de oro de la limosna, ¿no circula siempre, no circula eternamente, desempeñando con su irrigación constante, sencillísimo pero trascendental papel en la economía del mundo?

La vida es un puro contraste. La sombra profunda hace más sensible y amable la luz; por la misteriosa asociación de la vida y de la muerte es que aquélla se mantiene más exhuberante, como que de ésta es que procede y se regenera siguiendo el eterno ciclo de la circulación de la materia. El comercio de ponzoñas y toxinas que verifica el hígado en sus secretos celulares, mantiene la integridad de la vida y la interesante función del pensamiento y de la sensibilidad moral, conserva su vital integridad por el correcto é indispensable funcionamiento de pequeños órganos putrecibles como el que más...

Detrás ó delante, según las circuntan-

cias, vienen otras aves también activas y comilonas de esta fauna singular.

No sería completo este estudio de entomología social si dejara de evocar aquí otro insecto que busca su expansión nutritiva explotando la pobreza y simulando talentos, cuando no los tiene, para triunfar más fácilmente en las luchas por la personalidad.

Al *médico-gitano* que es á quien me refería, lo conoceis al golpe. Para principiar por las alas, á fuer de buen zoologista, diré que su carruaje tiene á menudo los aspectos del pesado carro de los zíngaros, el vagabundo congénere suyo. Lleva en él los cascabeles de su miseria moral, como el cojo de su invalidez en el fatídico golpe de la pierna de palo; el ruído que los hierros del vehículo desvencijado producen al chocar unos contra otros, lo denuncian. Todo proclama su abandono y economía hebrea; el sonido aquél, anuncia á grito herido la barata oriundez de carretón de tambo, transformado por los extraños sortilegios de una modesta carrocería subur-

bial: avatar de jaula y carro fúnebre abandonado, revela en sus trastos las asociaciones sospechosas que animan el espíritu del ave de rapiña que va dentro. El caballo, viva imagen de la escasez resignada, pasea cariacontecido la ansiosa nostalgia del establo bien provisto y de un poco de sueño á cubierta del intemperismo y de la lluvia.

Ciertas aptitudes artísticas para el uso y acomodación de una terminología arrevezada pero, con todo, discreta, da la vaga sensación de la ilustración médica, de buena ley, para el espíritu popular admirativo y siempre crédulo. El uso de todas esas palabras trabajosas, de complicada pronunciación, evoca el sugestivo recuerdo de los *mascadores de fuego*, prodigiosos gimnastas de los músculos del rostro y de la lengua, tras los cuales el público siempre sospecha al *diablo* mismo. Su solemnidad, cuando necesita simularla como revestimiento de la sabiduría, es emocionante; siempre toma aptitudes de misa y no levanta los ojos al cielo ni los cierra con la unción del «sacrificante», porque mientras

toma el pulso, ausculta ó percute, está observando la calidad económica del cliente, por el valor de la casa, el lujo ó modestia de los muebles, la abundancia de la vajilla. Si tiene físico pontifical grandes rasgos de apóstol, el pobre creyente se entrega, fácil y respetuosamente á su explotación tenebrosa.

¡Y quien lo creyera al verle así operar! Tanta solemnidad se abate y desaparece como una decoración de teatro, cuando el cliente del pobre conventillo ó la humilde familia orillera, carente de otro medio de pago, entrega á la piadosa voracidad del *«sacerdote del sagrado fuego de la vida»* las pocas gallinas que cacareantes y resignadas van caminito de su casa, á alimentar el suculento puchero de Hipócrates! La cosa no será edificante pero es una gran verdad.

El rico gringo candoroso y sugestionable, á pesar de su viveza mercantil, suele ser, un á modo de invernada con abundantes pastizales, donde los honorarios como megaterios de frigorífico, crecen y engor-

dan hasta la obesidad, por las virtudes de algún catarro ó áureo sondaje que no toca fondo jamás. La taumaturgia profesional duplica las aptitudes del simulador porque, en efecto, al verlo desplegarlas como velas henchidas por el viento, uno mismo, siente detrás de aquel saber farragoso de su pedantería, la existencia de algún núcleo sólido que la necesidad hincha y magnifica fuera de toda medida.

Este es el tipo de la gitanería solemne.

Hay otros de la misma especie pero de distintas variedades; más alegre, franca-chote y campechano cuya cosecha está en el conventillo populoso. Y siega su trigo por el instrumento de las sociedades de mutuo socorro, que él mismo ha creado para sus esparcimientos económicos. Cosechan enfermos, como otros, rábanos y melones: con el mismo criterio moral del huertero. Es el presidente perpetuo y por supuesto el tesorero y secretario, bajo el nombre de su cochero ó amanuense. Y en las asambleas donde tanta pobre gente, con aquella inocente sinceridad con que

se deja seducir la ignorancia por el sugestivo simulador ¡sabio protector de los pobres! él se despacha en largos discursos, magnificando los sacrificios impuestos tan dolorosamente para reducir á cincuenta centavos, el recargo que en el año venidero ha sido preciso agregar por cuota mensual.

La lucha por la vida y por la personalidad, le ha sugerido la literatura tan peculiar, y ya bien conocida, del *aviso de caza,* en el que el ingenio, que la pasión del lucro aguza tanto, inventa verdaderas obras de arte de *chantage* y captación. Es menester haber sido enfermo alguna vez, para conocer las penetrantes seducciones que tiene el aviso artísticamente redactado; como es necesario haber experimentado alguna vez un dolor intenso, para saber como se hace el morfinómano. En las cortas líneas de una curación prometida con cierta discreta desvergüenza, hay más esperanzas y dulces consuelos para el espíritu, que acompaña con sus melancolías al cuerpo doliente y trasijado, que en to-

das las promesas de la religión. Es un *cuento del tío* que se repite diariamente y se repetirá mientras el dolor ande por el mundo repartiendo sus venenos y punzadas. Como aquellos profesores que enseñan el alemán en quince lecciones, ellos curan en veinte y cinco las enfermedades más graves. Nada hay de más *curable* para el médico gitano que las enfermedades incurables; como que para nada abunda tanto la lujosa terapéutica que para las que no tienen un solo medicamento. Algunos ofrecen honradamente devolver el dinero, si fracasan, otros sólo cobran el medicamento; y médicos de esos hay, que lo hacen gratis para difundir en la receta el copioso aviso en letras cuneiformes, desarrolladas en media página, como serpientes paradisíacas destinadas á operar la tentación. Los «baños de luz», «los rayos X», misteriosos agentes que permiten mirar dentro del cuerpo humano, como quien dice adivinar el secreto escondido en la víscera pecadora; «los baños hidro-oxi-electro-carbonatados», «la

depilación embellecedora» y la higiene de la cutis, que siempre queda peor que antes, el secreto de la hermosura, «los baños de Filandia», «las píldoras negras», las aromas enloquecedoras de catramina y ¡que sé yo! que otras cosas más de la tan fecunda farmacopea sugestiva de los charlatanes, cuando la audacia pone en sus manos un instrumento de rapacidad de tan incalculable provecho.

Al lado suyo hay un agente colaborador que completa el mecanismo, especie de antena suplementaria para dar mayor alcance á su tacto: el *piloto de enfermos* los lleva al consultorio por módica compensación; los guía en el mar proceloso en que los escollos del precio, forma de pago, adquisición del remedio, puede hacerlos naufragar. Recorre los conventillos, las casas pobres, los almacenes y sus trastiendas populosas, en sus horas psicológicas; y fingiéndose enfermo curado de grave dolencia, propaga la ciencia y baratura del consultorio preferido. Cada médico gitano tiene dos ó tres pilotos. Armados de cier-

ta elocuencia fácil y de formas populares, con términos pintorescos y una mímica muy demostrativa, pone al alcance del más ruín espíritu, los sortilegios de aquella santa mano; santa y sobre todo barata, circunstancia que hace notar bien el hábil timonel. Una pequeña compensación que no llega nunca á molestar el bolsillo pagano, llena las aspiraciones bien modestas de esa *lucilia* vagabunda en busca de su pequeña expansión alimenticia. Y no olvidemos, ya que de lucilias se trata, otro insecto zumbando también por esos barrios al rededor de cierto género de miseria productiva: la partera que vive de la punción y del aborto y jamás trampeada, porque como las deudas de juego, la suya es de igual modo sagrada. Con el instrumento atroz de la denuncia en su mano, se hace pagar lujosamente la obra salvadora de su delito.

El arte de curar, evoluciona indudablemente. Por lo que á nosotros respecta, se aleja cada día más de aquel bello sacerdocio que soñábamos cuando anhelantes de emoción, llegábamos á tomar la matrícula

de primer año en el viejo y querido caserón de la calle de Comercio. Tal vez, la vida se presentaba entonces más fácil y el problema económico no era, como ahora, el fantasma pavoroso de todas las imaginaciones. Simpático candor, el nuestro; revelaba la purísima índole de aquellos nobles sueños y la sincera consagración al sacrificio, libre de contaminaciones pecuniarias. Vivíamos alegres y confiábamos en el porvenir; sabíamos, es cierto, poca bacteriología, pero llevábamos en el alma amables ideales que tanto nos han confortado después y nos confortan hoy, en las *justas* profesionales de tan mal olor.

La lucha económica en la forma desapiadada como se presenta ahora, impone transformaciones de personalidad que exigen verdadero genio á los simuladores de la piedad y del talento. Existe en el gremio una plebe profesional de donde es oriundo el gitano, que á seguir aumentando en la dolorosa forma conocida, amenaza devorarnos á todos. Sin nombre ni tradición que cuidar y con el alma liviana de escrúpulos, fácilmente se le-

vanta en la fortuna y consideración popular blandiendo el hacha de piedra de sus hambrunas simiescas. Una de dos: ó hay que levantar su nivel moral derramando en el espíritu, aún dócil del novicio, más ideales y menos ciencia ó de otro modo, tantos ideales como ciencia, ó hay que apresurar francamente su transformación industrial definitiva, suprimiendo esta hibridación perversa que esconde tras el sacerdote el insecto voraz, perseguidor de la miseria y de la pobreza. Suprimiendo la vergüenza llegaremos hasta el buhonero profesional que ofrecerá el auxilio y la receta á la puerta de las casas con el grito peculiar de aquel incansable peregrino: *reumatismo, catarro, dispepsia* ¿precisa?...

A la puerta de los talleres, en los patios de las Intendencias, en el saloncito frío y vetusto del Montepío Municipal, como en los alrededores de las ropavejerías, en cuyas puertas, como cuerpos de ahorcados que bate el viento, despliegan sus piernas y brazos sucios, las ropas de los enfermos y de los muertos... grupos de pobres mu-

jeres ó aislados y vergonzantes personajes, esperan el turno, para entregar la querida prenda ó para recibir el corto salario con que la piadosa explotación del estado paga la enorme tarea improductiva.

En los talleres fiscales, turbas femeniles, compuestas de flacas y anémicas mujeres, muchas lindas y rosadas en cuya carne discretamente desnuda se siente el burbujeo de la sabia densa y nutritiva, se forman mercados é improvisadas ferias. Cada una de las distintas aves de la fauna va á negociar la satisfacción de muchas necesidades: la una, el placer barato en vil corretaje, el otro el buen negocio menudo en la compra de sueldos y salarios, y por fin, el especialista en alhajas de pobre, que es todo un tipo peculiarísimo. Hábil orfebre, éste último, que con tres golpes de tiza y una de cincel, hace de la sucia prenda de la costurera, un género de bujería con que la más encopetada adorna luego el blanco y pintado cuello aristocrático. Es un singular alquimista que hace oro de todos los metales, con senci-

llos procedimientos de simulación y explotando con genio los maravillosos recursos del embase; un mágico del ángulo, llamarémosle así, porque según la colocación y el género de ubicación que la pieza ha de tener en el cuerpo y el punto de insidencia de la luz, la más opaca prendería de humilde extracción, toma aspectos y proyecta luces deslumbradoras para la estúpida inocencia del comprador novel, que es legión.

El *comilón de sueldos* y libretas absorbe allí jugos suculentos también: diez ó veinte libretas de una misma costurera, las compra por cinco pesos si ha de ser al contado. Sólo en las Intendencias circulan tres mil quinientas que representan, una con otra, de dos á tres pesos diarios cada una: tal es la fórmula de la inicua explotación que la industria fiscal y privada exige al trabajo tuberculizante de esas pobres mujeres.

De cien de ellas, que enfermas concurren á los consultorios, setenta por lo menos son tuberculosas en diversos perío-

dos. De éstas, cincuenta viven, con ese jornal del hambre, abatidas ó en una miseria fisiológica visible, por falta de alimentación suficiente, que pone al organismo en inminencia bacilar. Para ganar dos pesos diarios tienen que entregar un ciento de blusas y pantalones de tropa, emplear á toda la familia, cuan larga fuere, y perder la salud y la vida tal vez. Un peso diario representa la confección urgente de un mínimum de cincuenta blusas y pantalones, el penosísimo trabajo de otros cientos de ojales y la colocación de setecientos cincuenta botones, reforzados como para que los use la torpeza de un soldado.

Todo esto fuera de los kilómetros de invisible costura, hechos á máquina, reumática ó en avanzada preñez la pobre obrera, que eso poco importa. Y á mala máquina, cojimanca y claudicante, porque desde que se compró no ha habido plata para composturas ó parciales reposiciones. Cuando la necesidad apura ahí está el piadoso comprador de libretas para calmar con sus *adelantos*, al chico que llora, dar

kerosene á la lámpara que parece con sueño á fuerza de carecer, y pagar otras urgencias, comprando por *módico* descuento la deuda. La «escrupulosis» previsora del empleado la detiene á la puerta de la Tesorería eternamente, mientras ella la gestiona, y la venta se impone como una liberación.

Se calcula que entre los diversos montepíos de la ciudad, existen *empeñadas* de quinientas á seiscientas máquinas de coser, por un valor, variable entre dos pesos y diez.

De éstas, sólo un 5 °/₀ son rescatadas dentro del término angustioso impuesto por el usurero, el resto queda á beneficio de la fauna que en las ventas posteriores gana un 800 °/₀ por cada una. De todos los objetos en venta, sólo un 10 °/₀ son robados, el 90 °/₀ restante es el resultado de la miseria cuyos utensilios domésticos, más necesarios, vuelca en las infernales fauces. Los objetos predominantes son: un 60 ó 70 °/₀ instrumentos de trabajo; en su mayoría, de oficiales carpinteros que parecen ser los más nó-

mades y necesitados, á juzgar por la frecuencia con que se encuentran allí sus herramientas; objetos de uso casero é indispensables, cucharas, cuchillos de mesa, cacerolas, calentadores, etc., etc.; lámparas en gran cantidad, al parecer fatigadas por la lucha contra la constante penumbra del cuarto y la continuidad del trabajo. Esos reverberos, son todos del mismo tipo universal, con su pequeña pantalla celeste, color de infierno para el pobre, consumida la mecha hasta las heces, turbio el tubo, pero muchas de ellas, todavía repleto el abdómen de kerosene, como si quisieran indicar que no falta á la noble pobreza, que así trabaja, cierta luz inagotable suministrada por ocultos reservorios.

Notad este dato: excepcionalmente una mamadera, cuya ausencia parecería revelar una compensación proporcionada por la vida á la miseria, indicando que la riqueza de buena estirpe biológica y moral de la lactancia materna, sólo pertenece á la mujer sana y radiante de fuerza, cualquiera que sea su pobreza. La cara colo-

radota y sonriente del mancebo de cinco meses, recibe sobre sus carrillos el riego del precioso licor de larga vida que le da su propia madre. Al desprenderse la bata sucia, sale de la hubre, como un bautismo de la fuerza vital para consagrarlo predilecto de una raza á la que no pertenecerán probablemente los que tienen oro en abundancia para alimentar el comercio de la lactancia artificial.

Vespra Crabo, la avispa de largo talle hinca, por otro lado, su aguijón formidable é inocula el deseo del doble placer: el de la perezosa abundancia que irrita los sentidos, y hace vibrar la carne, como una lira desaforada, y el alhago de la fortuna ó poco menos, con sólo entregar á la adinerada lujuria, un poco de ese calor y de esa luz que á los diez y seis años hace á la carne transparente, como si fuera una redoma de agua esterilizada. Aquella edad indecisa «en que la niña se deja presentir bajo las formas todavía frágiles de la infancia», es, económicamente, la más fecunda, razón por la cual cuenta con las preferencias del insecto que, como todos los

de su especie, posee mieles más dulces y el aguijón más penetrante: *bouton de fleur précieuse que la prochaine aurore verra lentement éclore à demie;* los senos en flor y los brazos frescos como dos arroyos, diría Anatole France describiendo la mística hermosura de Thais.

En esa edad la juventud tiene interesantes facetas; la tentación posee mil puertas abiertas por donde entrar. Cosas informes surgen en la mente cuando los sentidos comienzan á ensayar sus fuerzas; todo es impulso y calor y hasta el mismo vicio tiene cierto candor de inocencia, en esas curiosidades peligrosas que la obligan á marchar en la obscuridad de inestricables sensaciones. Sus megalomanías genésicas, se espanden en la iconografía copiosa que llena las paredes y en que se difunden vagas ambiciones sensuales, que aun carecen de garra para afirmarse, El niño es entonces grandioso; aspira á las mujeres grandes y voluminosas, porque quiere la cantidad, la proporción geométrica, más que lo ideal. El sentimiento estético aun torpe

y balbucente no exige la calidad; y el volumen desbordante de esos megaterios de gineseo, parece que diera á su espíritu cierta sensación de grandeza y de dominación desproporcionada con su edad, para alhagarle el amor propio.

En posesión de esa psicología empírica de ambos sexos, y asociando en el más débil las visiones deslumbradoras del lujo, con las curiosidades de los sentidos ávidos, es que ese género de *«perseguidores amorosos»* del tipo económico, se apodera de la carne más tentadora, de aquella carne cuyo aroma como la del pan caliente del horno limpio, tiene todos los perfumes de «las leñas del monte, para entregarla á las tentaciones de la fortuna y del placer venal.

Como la fauna trabaja en el misterio que es su instrumento más eficaz, todos esos dolores grandes y chicos, no tienen en la mayoría de los casos expresión sensible.

A veces sólo por grandes estallidos suben á la superficie, ya solos ya colectivamente. Discurren en el silencio, hablan una lengua extraña y misteriosa; poseen

un periodismo peculiar: la prensa de las paredes y de los muros bien blanqueados. Se expresan en una lengua caótica de palotes y geroglíficos. El amor, la protesta iracunda y hasta el delirio tienen, cada uno, su signo propio comprendido de todos, tal vez porque la analogía de situaciones hace común el procedimiento de percepción.

¿No habeis observado en las paredes mil signos extravagantes, pero obedeciendo algunas veces á cierto metódico plan? ¿frases y palabras con previsores encadenamientos, que sugieren la idea de una ortografía demoníaca; vocablos mezclados á los abigarrados desbordes plumitivos de los pilluelos, cuyas aventuras ilustradas por carbones gesticulantes escriben en las paredes? Con un poco de trabajo y curiosidad, vais á descubrir al misterioso personaje colectivo que habla allí, y á su modo, como si no quisiera que otros ojos que los suyos penetraran las emociones, de él sólo sentidas.

Son sus pasiones, sus odios, mil otros estados de alma obscuros, que se exterio-

rizan en tales signos y que hablan una jerga viva y animosa. Como él no tiene más periódicos que esos, toma tan pobres elementos de publicidad, para comunicarse con quien quiere y con quien debe. Lenguaje enérgico, á las veces, con frases rotas ó interrumpidas ex-abrupto, que da el sentimiento de lo disparatado, pero cuya traducción hay que ir á buscar en la cuadra siguiente para sentir la lógica continuidad de una frase completa; lenguaje sugestivo, libre y de un sabor agreste y pintoresco, estrafalario, eso sí, cuando es el agitado *fronterizo* el que con su mano nerviosa confía á los blancos reboques y á la seductora limpieza de las puertas, los secretos de sus angustias alucinatorias. Prensa gratuita y sin censura, donde no se paga el aviso ni la diatriba, políglota pero accesible, porque la maldición y el dolor que allí se imprimen tienen, como el nombre de Dios y el del Fuego, en casi todas las lenguas, igual ortografía. Tolerante confidente de todo el mundo sin pertenecer á nadie. Es geroglífica ó silábica,

sumamente simbólica, y de una osatura desgreñada como hecha de huesos de distintos esqueletos, porque no obedece á otro método y proceso que el de la necesidad de hacerse entender, empleando todos los recursos de una gráfica desatinada.

Se me antoja que muchos de sus signos han de ser conjuros, vocablos defensivos de delirantes discretos, ó amuletos, ya que no signos, de una ideografía sistemática; algo parecido á las palabras mágicas de que se servía la plebe romana para hacerse invulnerable, para detener los progresos de un incendio ó para excitar á la calma, la tempestad.

Conocí un sastre español, enfermo del Doctor Ingegnieros, que tenía escrita en la puerta de su taller una palabra que renovaba constantemente y cuyo sentido cabalístico y propiciatorio él se sabía: otro obrero se comunicaba con su amante por medio de signos peculiares de esta lengua; y era curioso ver como en ella se expresaba la pasión por medio de discretos desfiles de palotes y signos convencionales.

El pesquisa que sigue una presa, va conversando con el auxiliar que le acompaña á grandes distancias, por medio de tan singular simbolismo; la hetaira que sale á sus caserías, es también, por él, que en imperceptibles signos, se comunica con su implacable vigilante interrogando los muros para conocer los pequeños incidentes del itinerario. La jerga de los scruchantes tiene este recurso gráfico que ayuda poderosamente á su macabra elocuencia verbal. Un pájaro dibujado con groseros contornos, un sol, una mano con cinco rayos, un sediciente caballo, una flecha ó muchas rayas para arriba ó para abajo, todo eso, combinado entre sí, y mudo para nosotros, encierra sin duda alguna, particular riqueza de expresiones impenetrables á los que ignoramos esta ciencia popular sui-generis, en que tanta vida desconocida palpita á cada momento.

FIN

ÍNDICE









